Diario de la gentepájaro



WILFREDO MACHADO



Diario de la gentepájaro


Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Venezuela
AHORA ES DE TODOS

Diario de la gentepájaro



WILFREDO MACHADO



Centro Simón Bolívar, Torres del Silencio.
Torre Norte, piso 21, Oeste. Esquina Pajaritos.
Parroquia Catedral.
Caracas - Venezuela 1010
Teléfonos: (58-0212) 3772811 - 8084986

CORREOS ELECTRÓNICOS
elperroylaranaediciones@gmail.com
comunicaciones@elperroylaranaediciones.gob.ve
editorial@elperroylarana.gob.ve
PÁGINAS WEB
http://www.elperroylarana.gob.ve
http://www.ministeriodelacultura.gob.ve

CORRECCIÓN
Alejandro Moreno
Giordana García
DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN
Mónica Piscitelli
ILUSTRACIONES
Felipe Herrera

ISBN: 978-980-14-0050-9
lf: 40220088002703

Agradecimiento

Nobleza obliga. Una obra de ficción no sólo se escribe en el tiempo, sino con el tiempo, a veces a favor, otras en contra. Esta vez el saldo fue favorable y pude dedicar un esfuerzo sostenido a lo largo de casi un año, es un decir —sin hacer otra cosa que escribir y vivir, en ese estricto orden—, a la secreta elaboración que requiere todo texto. Nunca escogí a los animales como sujetos de mi imaginario; al contrario, creo más bien que ellos me escogieron a mí —muy a menudo, para mi gusto— para contar cosas que, en esencia, desconozco. Pero la literatura es esencia, movimiento sagrado que se toca en sus extremos. Durante el proceso inicial de escritura de esta obra gocé de los beneficios de un financiamiento del Centro Nacional del Libro, enmarcado dentro del Programa de Apoyo al Escritor que llevaba por nombre el del maestro Julio Garmendia. Este aporte me permitió darle forma, aunque toda forma sea parcial, a lo que sólo había sido hasta entonces un mero aprendizaje de líneas y vagas ilustraciones de pájaros que ahora se confrontan en la escritura: guión final de toda vida. Finalmente deseo expresar mi gratitud a todo el personal del Cenal, en particular, a la profesora Lourdes Fierro, quien fuera presidenta de la institución, y quien apoyó de manera generosa y solidaria la investigación de estos diarios.

El autor

A Patricia Aguirre,
la mujer pájaro

Agripianos
Tienen cabeza y larguísimo cuello
de pájaro, y más concretamente,
los hombres los tienen de grulla,
y las mujeres de cisne.
Massimo Izzi
Diccionario ilustrado de los monstruos

Mas onde se escondem os homens,
que contudo voam a vida inteira no escuro.
Lêdo Ivo
Finisterra

Pajarito que venís tan cansado
Ramón Palomares
Adiós a Escuque

Cuando subimos al pico de la primera colina de los llanos cercanos al río, vimos esa maravillosa cantidad de agua que corría por el Caroní y pudimos apreciar desde la montaña, cómo, a veinte millas más arriba, se dividía en tres brazos con diez o doce caídas, cada una más grande que la otra, altas como torres de iglesias y que se precipitaban con tal furia que la espuma de las aguas parecía lluvia y en algunas partes llegamos a tomarlas por humo que se levanta de una gran ciudad. Por mi parte debo decir, que, siendo como soy mal caminador, quería luego de haber visto esto regresar, pero mis compañeros deseaban tanto aproximarse al extraño espectáculo que poco a poco me fueron convenciendo y llevando, hasta que llegamos a otro valle donde pudimos apreciar mejor la escena. Nunca he visto un país más bello ni un paisaje más hermoso. Las montañas y las colinas se levantaban aquí y allá sobre los valles. El río serpenteaba en numerosos brazos; los llanos adyacentes de yerba hermosa y verde, sin bosques ni malezas; el suelo de arena dura, fácil para marchar a pie o a caballo; los venados atravesando los senderos a cada paso; los pájaros por la tarde cantando en cada rama con miles de diferentes sonidos y melodías; grullas y garzas blancas, rosadas y escarlatas empertigadas a la orilla del río; la caricia fresca de una suave brisa del este y cada piedra que recogimos prometiendo oro o plata según su estructura.

Walter Ralegh

Prefacio

Los *Pájaros difuntos* o *Diario de la gentepájaro* como fuera conocido durante el siglo XIX en algunos círculos de antropólogos europeos, siempre estuvo sometido desde el inicio al escarnio y al escepticismo. Muchos lo tildaron de ser las memorias de un loco *Memóires d'un fou*, como las escritas por un tal Flaubert, y así fue publicado en la edición francesa de 1890, que luego sería recogida por la policía y quemada casi en su totalidad. En su momento, la obra —que circuló luego en una edición clandestina y en el más estricto secreto— causó estupor en la comunidad científica de su tiempo. El *Diario* verdadero desapareció en la selva amazónica venezolana hacia 1850, aunque algunos pasajes recogidos de las historias del joven Irk, todavía circulan en los poblados más lejanos del Orinoco, ocultos en los cantos sagrados de los chamanes que recrean la leyenda fantástica de los pájaros. De este modo permanecen en el corazón de la gente de la selva como un antiguo tesoro que pocos alcanzan a ver o a escuchar. Las historias, diferentes de una comunidad a otra, de un territorio a otro, sufrían mutaciones que viajaban en el canto solitario del viento o en el brillo luminoso de ciertas hojas que tejían un tramado invisible de caminos hacia el mito primigenio de la gentepájaro. La selva contaba, cantaba, pero no todos estaban atentos al verdadero sentido del canto, ni al oscuro misterio que de allí se desprendía. Las páginas mostradas adelante son copias antiguas de copias, materia de sueños que alguien puso a circular siguiendo la antigua tradición de las cadenas; historias recogidas

en los mercados pobres de Ciudad Bolívar, Puerto Ayacucho, San Fernando, los viejos muelles a orillas del río donde se traficaba con guacamayas, monos, báquiros, plumas, pieles de caimanes y oro en abundancia, y donde las antiguas estatuillas de animales sagrados todavía se adoraban en las concavidades de los árboles; grutas oscuras donde no llegaba la luz, ni el ruido afelpado de las hojas cayendo desde el cielo. El *Diario* sólo narraba de forma fragmentaria, a veces irregular, algunos episodios inquietantes de la expedición de Wallace y Bates que desapareció en mitad de la nada arborescente, cercana al nacimiento del gran río. Nunca más se supo de ellos. La selva se los tragó con sus secretos. Algunas comunidades indígenas del Alto Orinoco conservan historias que se incorporaron más tarde a la traducción del *Diario*. Sabemos, por lo que nos contaban nuestros abuelos en las noches de luna junto al fuego, que fueron devorados por los pájaros en la profundidad de la selva para poder habitar dentro de sus corazones. Los Pájaros difuntos siempre fue, desde el principio, una cita a ciegas con lo desconocido, un encuentro inesperado con formas de vida que superaban el conocimiento científico de su época, las últimas palabras susurradas de los labios de un moribundo; alguien que nunca vería el día siguiente. Toda forma de vida extraña y singular nos recuerda nuestra propia incapacidad para comprender los mitos que se generan a partir de ella. Tal vez por esa razón me atreva, luego de tantos años perdidos en el estudio de las extrañas aves, a revelar este *Diario* que está más allá de mi capacidad de comprensión y de mi pobre imaginación, esperando que alguien —tal vez tú, avezado lector— logre develar el misterio que encierra su existencia. Algo que a mí me fue negado

desde el inicio. Ahora, en mitad de la noche que oscurece la piel de los lagartos tendidos entre las sombras, me asomo por última vez al camino de arena que baja hasta el río y trepa sobre los árboles de la orilla hacia la luna solitaria, para que pueda ver su rostro, esculpido en hueso, lanzando una feroz carcajada desde el cielo. El sueño de la caída es también el sueño de los seres alados, aunque nos arrastremos al fondo de un pozo insondable. Esa es la verdadera premisa del vuelo: elevarse siempre para caer allí, al fondo del abismo, en medio de lo desconocido, donde no existe la luz, ni el brillo de las estrellas parpadea como una linterna en el espacio, y donde el mundo pierde sus contornos hasta desvanecerse en una nada tolerable. En algún momento de esta larga y fatigosa noche es posible que el universo pueda llegar a sostenerse sobre una ínfima pluma.



Diario de la gentepájaro

Riberas del Orinoco

29 de julio de 1849

El cielo era el río y el río era el cielo. Las nubes arriba parecían desvanecerse frente al disco dorado de luz que se había quedado suspendido por un momento en el aire húmedo del mediodía: reflejadas en la superficie luminosa, ascendían en la cálida brisa —como vapor de agua— para formarse de nuevo: inmensas masas pedregosas y grises que iban, movidas por el viento, a derramarse estruendosamente en forma de tormenta en los parajes más recónditos de la selva. El eco lejano de los truenos golpeaba al viento con una voz ronca y poderosa, aterciopelada, profunda, mientras el movimiento sincopado de los remos se hundía en el cauce espumoso del río. Navegábamos por una catedral retorcida de árboles que asomaba sus copas alargadas y verdes sobre la superficie del agua. Encima de nosotros, los gritos alborotados de los monos llegaban como un ruido infernal, cercano, pero inalcanzable, y donde un remolino de espuma o el sospechoso aguaje de una ola, anunciaban el sigiloso ataque del caimán o el abrazo mortal de la anaconda. Nos internamos en el gran río en embarcaciones alargadas y frágiles que los indígenas llamaban curiaras y que eran capaces de navegar suspendidas entre las olas. Nuestros guías eran experimentados navegantes de las corrientes y sus remolinos. Conocían cada ensenada, cada isla, cada banco de arena donde se podía pernoctar sin ser molestados por los pasos

sigilosos del jaguar merodeando por el camino de hojas cortado por las hormigas. Avanzábamos en la corriente invisible, golpeados por una lluvia sostenida que nos hacía perder el rumbo; contemplando un horizonte nublado donde sólo había un paisaje de agua que se repetía en el cielo como un espejismo: cada hoja parecía otra hoja, cada ojo de agua un insecto, cada insecto un monstruo articulado capaz de volar y de posarse sobre los sueños, cada caballito del diablo, cada cerbatana invisible entre las hojas secas de un pirú en el sopor del mediodía, cada flor dormida en la orilla, cada golpe de pecho que se hundía en el agua en secuencias infinitas nos alejaba del mundo para siempre. Pero no queríamos llegar a ninguna parte. La errancia era una meta. Poco a poco la selva se adueñaba de nuestras vidas. Los días se repetían como verdes lagartos tendidos en cada playa de arena bajo el sol. Lográbamos robar sus huevos y los comíamos cocidos por la mañana con agua de lluvia. El río era un enorme letargo, una pesadilla húmeda, una forma de desesperanza. Al final de la tarde, seguíamos el rumbo de algunas estrellas perdidas en el cielo. La naturaleza cambiaba al ritmo lento y sosegado de la vida, para convertirse en signos secretos, sentidos ocultos del tiempo, algo en lo que debíamos pensar. Todas las noches, frente al fuego protector que elevaba sus llamas en la oscuridad, me daba a la tarea de llevar este *Diario* de viaje. Tomar nota de todo, clasificar y recopilar muestras e ilustraciones de las nuevas especies que encontrábamos casi a diario durante la expedición. El precio por demás fue alto: la vida de varios compañeros de aventuras que acabó hundiéndonos en

el infortunio. También debo confesar que el material que recogimos a lo largo de meses de trabajo se perdió en el naufragio, y que nunca pudimos recuperarlo. A veces, en la soledad de los días perdidos, pienso que nunca sucedió, que no pasó en realidad, que nunca el río nos arrastró y nos hundió en su seno, que nunca navegamos por sus secretos cauces y que ninguno de nosotros estuvo allí, sometidos al indescifrable vaivén de la naturaleza. Cruzamos entre árboles centenarios que hundían sus raíces en el cieno de la inundación. La luz apenas llegaba filtrada entre las hojas de las copas más altas. Bajo el agua prosperaban las pirañas. Hacía un calor infernal. La humedad era un pulpo pegajoso que nos abrazaba como una babosa. La primera curiara se había adelantado varios metros y había cruzado bajo la bóveda arbórea por un estrecho camino de troncos podridos que emergían del agua como los obeliscos sagrados de un antiguo tótem. Todo lo que se podía abarcar con la vista estaba cubierto de una vegetación acuática: grandes victorias de hojas redondeadas donde prosperaban diminutas mariposas coloridas, boras que extendían un manto verde sobre la superficie, a veces quebrada por el salto de un pez, musgos aterciopelados, gigantescos capullos flotantes por donde caminaban pequeñas aves zancudas, que habían prosperado allí desde los tiempos de las inundaciones más remotas. Aquellas que ya nadie recordaba, ni siquiera los más ancianos. Navegábamos en silencio, narcotizados por un paisaje irreal que se repetía por todas partes: en el aire, en el denso follaje, en las extrañas visiones que el agua construía, gota a gota, como un espejismo, como si

el mundo todo pudiera continuar más allá de la selva que se transformaba con cada estación lluviosa. En invierno el río se extendía por todas partes, avanzando lentamente entre la vegetación, cubriéndolo todo, cambiando el curso de la vida que permanecía latente entre el agua y el aire. Todo lo que en ella había se entregaba al río: los lirios sucumbían bajo el influjo del agua hasta que eran lirios acuáticos, los peces saltaban emergiendo de las profundidades, buscando su alimento entre las hojas. Los animales se mudaban a las zonas más altas. La selva se convertía en un paraje anegado, una visión desoladora del mundo oculta en la bruma del paisaje. Cuántos hombres se habrían ahogado en este río, cuántos flotarían ahora perdidos para siempre, ocultos entre el fango, arrastrados hacia el mar para ser devorados por los grandes peces. Nadie podría decirlo, sólo el río. Pero éste era un río silencioso, nunca revelaba sus secretos, sus trampas ocultas que podían tragarse a una embarcación al menor descuido del timonel. El río era como Dios: daba la vida, pero también podía quitarla. Sus designios estaban más allá de la decisión de los hombres. Los indígenas cuentan que lo que está escrito en el río sucederá tarde o temprano, y que no hay nada en el mundo capaz de evitarlo. Leen en el agua como si la corriente trajera frases de conversaciones perdidas, palabras cifradas de oscuros significados que nadie entendía. Pero para nosotros el río era un libro sagrado que permanecía oculto a nuestro conocimiento, una fuente donde descifrar los enigmas. Sólo podíamos seguir sus caminos perdidos, sus atajos velados, sus movimientos infinitos semejantes a los de la

eternidad, sus tortuosas veredas que nos guiaban en las noches por caminos luctuosos que abrían las estrellas en el cielo y que agonizaban al amanecer, reflejadas en el lomo oscuro del río. Las lluvias ligeras se repetían en un eterno ciclo de precipitaciones que desbordaba cualquier noción de mundo y todo sentido de realidad. Porque en la selva, eso lo aprendimos allí, en el húmedo verdor de sus hojas, la realidad no existe. Sólo la selva como una presencia suprema que arrastra y devora todo en silencio, una tragavenado desarticulando sus fauces rosadas, llenas de diminutos dientes puntiagudos, que se abrían hasta lo imposible para ir tragando despacio, poco a poco, nuestro cuerpo de animal descoyuntado, mientras sus poderosos músculos se contraían en un espasmo cada vez que tragaba, lenta y sincopada, luego de habernos asfixiado con sus poderosos anillos. La poderosa anaconda se daba su tiempo para alimentarse, casi como si saboreara a su presa. Luego daba un largo bostezo para alinear la quijada y expulsar el *anima* que se esparcía como polvo de estrellas sobre las hojas de la noche.

El canto del río

12 de agosto de 1849

El río se repetía en la corriente, repetía su canto de truenos en el horizonte, sepultado bajo el torrencial aguacero; su lengua de espuma arrastrando troncos cenicientos y cadáveres de animales somnolientos ahogados en la noche. Repetía su manto sucio de lodo desprendido de largas paredes de arcilla que se derrumbaban en la margen. Avanzaba y retrocedía junto a las vigorosas olas que formaban secretos remolinos. Todo descendía al infierno de la selva para subir de nuevo inmaculado, limpio, lavado por la lluvia. No había vida sin muerte, ni muerte sin cielo, ni cielo sin espacio, ni espacio sin forma, ni forma sin materia, ni materia sin cuerpo, pensaba, mientras contemplaba junto a los otros, resguardado bajo la fronda de los árboles, el paso incesante de la tormenta avanzando cada vez con mayor ímpetu. A veces, la estela luminosa de un rayo iluminaba durante unos segundos el rostro asustado del viejo Charles que temblaba como un mono blanco de piel escamosa, herido por el fogonazo del relámpago. Todos teníamos un temor casi ancestral a las tormentas, un miedo incontrolable a una fuerza que sabíamos superior a nosotros mismos. Nos abandonábamos a la suerte de un viento que arrancaba árboles de raíces y los levantaba como plumas sobre el aire. El río arrastraba grandes piedras que sonaban como truenos cada vez que chocaban entre sí. Estábamos tan narcotizados

por los efectos de la tormenta que ninguno percibió cuándo el agua comenzó a subir bajo nuestros pies. Tuvimos que caminar durante horas con el agua a la cintura. Más tarde subimos a los árboles más grandes para salvar nuestras vidas. Aguardamos toda la noche que el viento se calmara. Al amanecer los guías lograron rescatar las curiaras que habían desaparecido río abajo, atascadas en unas carameras. Cuando la tormenta finalmente se disipó en una lenta bruma, regresaron deslizándose ágilmente sobre las aguas, esquivando la densa vegetación que yacía sumergida. Algunos de los hombres habían comenzado a dar signos inequívocos de fatiga, aferrados a las ramas más altas de los árboles, mecidos y secados por la brisa de la tormenta como ropa sucia que ha venido a dar aquí no siempre por obra y gracia de la buena fortuna que todos procuran. Todavía temblábamos ateridos de frío. Descendimos de los árboles mojados como los primeros monos del paraíso. Tuvimos que ayudar a bajar al viejo Charles, quien se había quedado enredado entre las lianas gruesas de una rama, hasta depositarlo como si fuera un niño sobre la embarcación. Cuando el último de los hombres subió a la curiara, la selva comenzaba a despertarse con los gritos de extrañas criaturas que ululaban con las primeras luces del día. Los guías comenzaron a remar buscando entre las aguas las señales precisas que nos conducirían en dirección al gran río. La corriente sigilosa marcaba un camino secreto hacia la espuma, cada vez que los remos se hundían, quebrando el lomo oscuro y profundo como un golpe hondo y repetido —una y otra vez— contra el infortunio. Navegamos durante días

perdidos en lagunas de sueños, antiguas ensenadas de lodo que esparcían sus olores a lo largo y ancho de la ribera y que podían sentirse desde muy lejos. Cruzamos un extenso lago de aguas tranquilas que hervía de peces bajo el calor del día. Al atardecer llegamos a una ensenada. Colgamos las hamacas de los árboles cercanos y nos dispusimos a pasar otra noche en la selva. Los gritos de los monos y el rugido de alguna fiera en la oscuridad, saltando entre los árboles, nos alertaban sobre el peligro inminente al que estábamos sometidos. La mañana siguiente nos despertó una bandada de grandes guacamayas coloridas cruzando sobre nuestras cabezas con una maldición de plumas y gritos. Sus cantos eran como ecos de antiguas canciones olvidadas de amores perdidos en los pantanos. Uno de los guías trajo carne de mono para el desayuno. Era un mono flaco y desgarbado que el hombre limpió con un gran cuchillo de caza y puso a asar al fuego. El olor de la carne era insoportable. Pero todos estábamos cansados y hambrientos. Ni siquiera Bates rechazó la oferta de probar por vez primera la carne del mico, aunque luego fuera a vomitar a la orilla del río.

—Sabe horrible —decía. Siento que estoy devorando a mi prójimo, finalizó mientras daba una nueva arcada. Cuando regresaba, todavía mareado por el efecto de la carne, se detuvo a observar con extrañeza sobre la arena amarillenta las huellas de lo que parecían ser grandes pájaros saltando y acercándose a beber en las aguas tranquilas de aquel río, espejo dormido. Había desistido desde un principio de la carne de mono y prefería las aves que los guías traían cada

tarde, luego de sus incursiones de caza en la floresta. Podían rastrearlas durante horas, siguiéndolas de árbol en árbol, de rama en rama, de hoja en hoja hasta acertar con un dardo envenenado de sus cerbatanas entre las alas. Algunas de ellas, reconocidas por su brillante plumaje, tenían un sabor semejante al del faisán, pero otras eran tan extrañas y de un gusto tan desagradable que hubiéramos preferido embalsamarlas para llevarlas a casa con nosotros hasta nuestro destino final. Pero en la selva no había un destino final, sino un eterno retorno de la naturaleza que hiere de lejos y causa estragos entre los seres que se aventuran a vivir en ella. Salvo los guías indígenas y un robusto caboclo que el viejo Charles había contratado en Samariapo, a orillas de un camino, ninguno de nosotros había estado nunca en el gran río. Nadie imaginaba sus dimensiones, ni el color de sus aguas que viraba del ocre arcilloso al oscuro brillo de las esmeraldas. Cuando navegábamos entre las grandes olas que bajaban con fuerza hacia el oriente, no lográbamos divisar ninguna de las orillas. Luego vimos grandes bandadas de cigüeñas y loros cruzando sobre el paisaje que parecía vibrar con todas sus fuerzas repetido en el agua. Por un momento nos quedamos extasiados contemplando como la luz anaranjada del sol iba convirtiéndose en una inmensa bola de fuego que se hundía con lentitud en el horizonte. Su luz hería dulcemente todas las formas de vida que respiraban al ritmo lento y sincopado de las aguas. Pero a veces el río era otro río, desconocido; cruzando invisible bajo los troncos envejecidos de las palmeras que hundían sus raíces en las orillas lodosas de la ribera.

Avanzábamos por un camino que nos abría la propia selva virgen, un camino lleno de señales y marcas que aprendíamos a reconocer guiándonos con el tacto, la mirada blanca y húmeda de los ciegos que se mueren por la noche sin ningún porvenir.

II

El río venía de lugares tan lejanos que ninguno de los hombres que lo navegaba podía imaginarlo. En sus inicios había sido un delgado hilo de agua descendiendo por las laderas accidentadas de Sierra Parima, danzando entre las grandes piedras cortadas por el viento, mezclándose a una antigua vegetación de flores dormidas, tomando fuerza de los pequeños afluentes que venían a su encuentro. Había cruzado cadenas montañosas, paisajes abigarrados de verdor donde la naturaleza era un enigma floreciente, paredes de arenisca rosada donde la corriente se hacía más fuerte hasta desembocar en profundas gargantas de piedra y precipitarse con un ruido ensordecedor sobre la selva. Tomaba fuerza en los remansos de rocas pulidas para continuar su viaje incansable hacia el mar, donde llegaba caudaloso, lleno de viejas heridas, imágenes de pizarras dibujadas en el lecho arenoso que había atesorado a lo largo de su extenso recorrido. Se abría paso en silencio cruzando selvas y llanuras aluvionales, abrazando a los árboles con violencia en su recorrido, barriendo a los más débiles que desaparecían en el detritus

del fondo. Aquel río arrastraba toneladas de fango y de nutrientes que se esparcían en un delta lleno de islas y grandes pastizales que alcanzaban el mar. Uno podía sentir el olor del agua dulce, incluso, a varios kilómetros de la costa; sentir la leve fragilidad que acompañaba y hería a todos los seres que lo habitaban. Cruzábamos frente a casas que hundían sus columnas desnudas en las orillas lodosas. Cada vez que llegábamos a una aldea los indígenas huían de nuestra presencia para ocultarse en la selva. Los pobladores nos veían como gente extraña, peligrosa, fantasmas expuestos a la luz. Nunca habían visto a un extranjero. No como nosotros. El viejo Charles, uno de los jefes de la expedición, era albino, y en aquellos parajes nunca se había visto a un hombre tan pálido, casi rosado, que semejaba a una rata blanca despellejada viva. Pasábamos la noche en alguna comunidad perdida en la inmensidad de la selva, sentados frente a una hoguera, montando guardia. El canto de algún pájaro en la oscuridad, o el leve movimiento del viento en la hojarasca nos ponían en alerta. Teníamos la extraña sensación de ser observados desde la espesura. Nadie sabía desde dónde volaba el dardo silencioso de una cerbatana que iba a clavarse en las patas traseras de un perro que huía llorando lastimosamente en mitad de la noche. Al amanecer recogíamos algunas provisiones que pagábamos dejando cuchillos y utensilios de pesca a la entrada de las chozas. Ya en el río, mientras nos alejábamos en la corriente los veíamos regresar a la aldea y gritarnos desde la orilla en una lengua extraña jamás oída por ninguno de nosotros, mientras nos amenazaban con

sus armas, como si trataran de ahuyentar al mismo demonio, pero no se atrevían a seguirnos. En el fondo tenían tanto miedo como nosotros, miedo de que pudiéramos regresar a la aldea y arrasarlo todo matando a las mujeres y a los niños. Le temían a nuestra magia invisible que podía infectarlos de llagas y pústulas sangrientas. Nos dejaban marchar en paz, nos dejaban adentrarnos cada vez más en una selva desconocida que abría sus secretos a quienes eran incapaces de ver. Navegamos de nuevo por un afluente tranquilo. Arriba, la bóveda de árboles que ascendía en busca de la luz impedía que la misma claridad se filtrara hasta el suelo. En ocasiones, había que subir a los árboles más altos para ver los primeros rayos de luz asomarse desde la línea verde del horizonte. Permanecíamos atentos a los ruidos de la selva que llegaban de todas partes como sombras invisibles y errantes, obligándonos a permanecer despiertos —en estado de alerta— durante toda la noche. Pues nadie sabía desde dónde vendría el próximo ataque o la próxima presa. No había mucho que hacer sino aguardar a esa hora en que las sombras se adueñaban de todas las cosas. Encendíamos grandes hogueras que iluminaban los árboles alrededor. Abríamos un claro y mirábamos el cielo nocturno cubierto de estrellas, tratando de reconocer alguna constelación perdida en la inmensidad del espacio. Bates cazaba luciérnagas con una red en la oscuridad. En la noche su cuerpo semejaba una lámpara.

III

A medida que avanzábamos por el río, veíamos como sus márgenes se ensanchaban cada vez que otro afluente, venido desde lejanos territorios, derramaba con fuerza su carga de vida y muerte sobre las aguas: los colores de tierra, su arcilla milagrosa, los grandes árboles cargados de pájaros que flotaban sobre llanuras sumergidas y se perdían en la inmensidad del mundo, sin otra fortuna que la de avanzar en una presurosa carrera hacia su muerte en el mar. El río era muchos ríos. Ya habíamos perdido la cuenta de los días navegando corriente arriba. Cercanos a los primeros raudales decidimos abandonar las curiaras y adentrarnos en la inmensidad de la selva. Caminamos días enteros entre piedras y barro, bajo la fronda de árboles, con un tiempo inclemente que nos calaba hasta los huesos. La lluvia no nos permitía ver más allá de dos metros. Éramos sombras a la deriva. Nos entregábamos al agua con la indiferencia de marsopas que van a estar mojadas toda la vida. Mejor acostumbrarse de una vez. En estos parajes, una buena manta valía más que todo el oro del mundo. Había que acostumbrarse a la humedad diaria. La comida se convertía en una masa oleosa que acompañábamos de pescado crudo que poníamos a secar en los pocos días que aparecía el sol. Uno sentía que le crecían hongos entre los dedos y que afloraban en esa hora perdida de las calamidades y las inundaciones. Llovía a un ritmo trasnochado y díscolo. La lluvia se quedaba suspendida arriba en el dosel durante algunos segundos, antes de derramarse sobre la capa

vegetal que regeneraba el suelo, la vida, el tejido de las arañas, las moscas tan necesarias que colocaban sus huevos, una fibra vegetal, una pluma de ángel o de loro en mitad de la nada, las huellas del jaguar en el barro blando y tibio. La selva se tornaba una burbuja oscura y sólo el canto de los sapos sobre los otros ruidos, llamando a las hembras en los estanques, cantando hasta el amanecer, permanecía sobre todas las cosas. Entonces regresaba la calma y se podía dormir en paz, mirando de vez en cuando hacia la copa de los árboles donde los monos dormían entre las ramas; una nube cenicienta más allá, un fragmento del cielo a la deriva, hasta que, finalmente, caíamos vencidos por el sueño, sin percibir siquiera que la selva se había adueñado de nuestras vidas, sumando las fallas y los aciertos, ocupándose de restañar las heridas que nos infligíamos cada noche como penitentes. Algunos días la pesadilla eran los mosquitos. Llegaban en oleadas desde el río y se ensañaban sobre nosotros con una voracidad de animales sedientos de sangre. Dormíamos lo que se podía entre picaduras de insectos desconocidos: pulgas blancas que se escondían entre las ropas húmedas y que ponían sus delicados huevos en nosotros. En ocasiones el escozor era tan insoportable que había que rasgar la piel con un afilado cuchillo para extraer las larvas de los gusanos que maduraban en la carne sensible. Había que verlos salir y abrirse paso a través de la piel blanda y tumefacta como si estuvieran en su propia casa; había que verlos brotar como flores blancas de cementerio a través de los poros abiertos. El viejo Charles parecía ser el más atormentado por la plaga de insectos. Su cuerpo se

había convertido en una sola herida que cicatrizaba con dificultad. Pero aún le quedaba algo de humor. Un día, cuando el ataque de los mosquitos era más feroz, escribió un cartel que hizo colocar todos los días en el campamento: "Hogar, sangriento hogar".

—El cuerpo es el templo del alma... pero la sangre es nuestra —decía, mientras se rascaba con esmero las heridas como un perro enfermo.

El cartel en la selva elaboraba una ironía a todas luces negra. Más adelante, cuando cruzábamos las pequeñas ensenadas, las sanguijuelas nos recibían con la secreta pasión de los enamorados que aguardaban toda una vida de privaciones para ser saciada en cuestión de segundos, al igual que dioses celebrando el ciclo de la abundancia. Charles fumaba en las noches un tabaco pestilente para espantar a la nube de zancudos que llegaba para alimentarse —sin ninguna invitación formal— desde las sombras cercanas al gran río.

El jardín del diablo

23 de agosto de 1849

Caminar en la selva era caminar entre las sombras. La luz del sol apenas podía percibirse entre los gajos más altos de los palos de rosa que ascendían al cielo a lo largo de una vida de competencias por llegar a la cima, donde los aguardaban un sol radiante y un remolino de nubes deshilachadas y grises. Subían abriéndose paso a lo largo de amplias galerías, entre el denso follaje de enredaderas y epífitas, entrelazadas al mortal abrazo de trepadoras que iban lentamente extrayendo el néctar de goma arábiga, la savia, la vida secreta que se apagaba en su interior hasta dejarlos vacíos por dentro, gigantes sin sentido, corazones huecos como cáscaras secas a la deriva, y que se precipitaban a tierra con las primeras tormentas dentro del eterno ciclo de las cosas que no perecen. De pronto en la inmensidad de una selva que no permitía a la luz llegar hasta los estratos más bajos de vegetación, surgían extensas llanuras de hierba rala y amarillenta que morían al nacer y eran arrastradas hasta los túmulos siniestros de grandes hormigueros que lucían como mausoleos solitarios bañados por la luna. A ninguno de los guías le gustaba cruzar por allí. Al contrario, preferían dar un largo rodeo que salir al descampado para alcanzar de nuevo el torbellino de selva del otro lado. Algunos murmuraban entre dientes que si uno observaba con cuidado podía verse el rabo puntiagudo del diablo escondido entre la maleza, arrastrando hojas secas

a su paso con un ritmo siniestro y oscuro haciendo crujir a los minúsculos insectos que estallaban con un ruido sordo en el aire tibio y húmedo. A veces el calor era tan intenso que la lluvia se evaporaba en el aire antes de tocar el suelo y llegaba convertida en una densa nube de vapor. Sólo escuchábamos el aleteo incesante y frenético de grandes pájaros sobre nuestras cabezas, pero no alcanzábamos a verlos. Sentíamos sus pesados cuerpos balanceándose entre las nubes, entre las ramas más altas. Pájaros invisibles nos seguían a todas partes como sombras alargadas y ciegas. Cruzábamos los jardines del diablo con el debido respeto que se le debe guardar a los muertos. Los hombres se persignaban y murmuraban antiguas oraciones contra el demonio vigilante en la hojarasca. Bates tomaba nota de todo lo que veía a su paso: la sombra dormida del jaguar entre los altos yagrumos, el hilo secreto de miles de arañas que tejían una gran mortaja de seda, las huellas de enormes tapires que cruzaban al descampado bajo la luna; extensos corredores de vegetación que surgían de la nada y convertían a la selva en un espejismo. El rabo del diablo era una lanza de piedra que podía ser arrojada desde la noche más oscura hacia la carne más débil de los hombres. Durante varios días permanecimos allí, como a la espera de una señal que viniera desde los cielos, pero la gracia del cielo nos había abandonado una vez más. Nuestros sueños eran interrumpidos por el canto intempestivo de miles de grillos y ranas que competían en la oscuridad saltando desde las sombras hacia las altas hogueras donde se quemaban en un breve chisporroteo —que avivaba las llamas por unos segundos— dejando

un olor de alas quemadas y cuerpo carbonizado que permanecía en el aire hasta el amanecer. Cada mañana la selva lucía diferente, como si el diablo nos mudara en la noche de lugar: hoy un río, mañana una sabana, luego un bosque profundo de flores exóticas. Despertábamos asombrados preguntándonos dónde apareceríamos al siguiente día, en qué lugar estuvimos ayer, cómo llegamos a estos parajes. Durante varios días ninguno se atrevió a dormir por el temor de ser arrastrado a otro mundo, a otra selva, a otro jardín donde el diablo jugaría eternamente mientras el ruido de sus pezuñas sobre la hierba se confundiría con el viento y su afilada cola de animal antediluviano nos clavaría tarde o temprano contra los oscuros troncos de los matapalos. Cuando —más tarde— regresamos al río ninguno de nosotros quería hablar sobre lo que habíamos vivido en esos últimos días. Todos, sin excepción, preferíamos el olvido. Algunos querían regresar a sus poblados, ver a sus mujeres, abrazar a sus hijos, honrar la memoria de sus muertos. Mientras nos alejábamos lentamente con un firme impulso de las pértigas, vimos con asombro cómo la cola del diablo se movía en un largo y tortuoso adiós despidiéndose desde el más allá y desapareciendo entre las sombras del follaje como una gran serpiente de anillos concéntricos. Todos nos persignamos en silencio y remamos hacia el centro del río donde la corriente era más fuerte. Detrás sólo quedaba la oscuridad que iba tragándose el paisaje con un largo y afilado mordisco. El diablo cantaba como un pájaro herido desde la profundidad de la noche, pero su canto era un lamento en mitad de la nada, el bostezo de una sirena ciega.

II

Toda la noche estuvimos buscando el camino que nos conduciría hacia el gran río. Los guías hundían las manos en el agua tratando de reconocer las corrientes, ahora tranquilas, ahora agitadas, que se deslizaban en silencio hacia lugares lejanos e inexistentes. El río era invisible para los que navegábamos sus aguas en la oscuridad. Bates encendió una lámpara tratando de ayudar a los guías, pero en unos segundos el aire nocturno se llenó de diminutos insectos: moscas plateadas y brillantes que aleteaban enloquecidas por el resplandor, mariposas violetas y grises que llegaban atraídas por la luz y que Bates, el "Matador de insectos", así lo llamamos durante la travesía, se empeñaba en atrapar con una fina red. Sobre la superficie del agua podíamos ver los ojos luminosos de decenas de caimanes sobresaliendo y deslizándose entre las embarcaciones a la espera de una presa. El viejo Charles empuñó el fusil y le disparó a los más cercanos que desaparecieron rápidamente en un torbellino de espuma y lodo. Poco a poco el río regresaba a su calma de tinta dormida. Sobre el cielo se veía a lo lejos una tormenta que se dirigía hacia el sur. Una suave brisa soplaba desde la orilla trayendo el olor de una vegetación poderosa que nunca dormía. Más adelante, detrás de la sombra de los grandes árboles que se erguía como una oscura columna en el paisaje, surgió una luna llena que iluminó la noche. Todos nos quedamos en silencio contemplando su resplandor. Era bueno tener algo de luz. El agua estaba llena de peces que saltaban dejando una estela luminosa de

escamas. Detrás de nosotros, los ronquidos del viejo Charles asustaban a los monos que dormían plácidamente entre las ramas más altas de las ceibas. Todo en la selva era espectral, todo venía desde la oscuridad de las cosas: un animal alado cruzaba frente a los ojos y desaparecía en un instante, algo saltaba más allá de la vista. Una sombra se ocultaba en otra sombra, un brillo en otro brillo, un pico en una pluma, un ala en un ojo, un chillido de mono atrapado interrumpía el sueño. Los ojos brillantes del animal se apagaban mientras era devorado por el jaguar en la oscuridad.

El viento estremecía las hojas a cada zarpazo.

Maroa

07 de septiembre de 1849

Alcanzamos el poblado de Maroa avanzada la noche. Los guías adelante llevaban antorchas encendidas empapadas en una savia aceitosa y pestilente que alumbraban el camino anegado de agua donde nos hundíamos hasta las rodillas a cada paso. Nunca vimos la aldea hasta que estuvimos en ella. Cuando llegamos, hacía apenas una hora, había dejado de llover y el cielo era de una pureza fantasmal. Casi podía tocarse la noche con las manos. La oscuridad comenzó a llenarse del brillo de miles de luciérnagas que volaron entre las sombras de los grandes árboles como una luminosa danza de estrellas. El poblado era una calle de tierra arcillosa con casas toscas de palma y madera que se alineaban a lo largo del río. Cruzamos la calle en silencio hasta que el guía Baniva se acercó a una de las casas y luego de una breve conversación en su lengua nos consiguió alojamiento para esa noche en una churuata abandonada cerca de una laguna de sapos roncadores. Vimos la luz de una tea desprenderse desde las sombras y desaparecer en el interior de una vivienda comunal donde dormían varias familias indígenas que estaban allí de paso. Algunos de los hombres hablaban entre sueños contando historias que no alcanzábamos a entender. Colgamos los chinchorros lejos del shabono y dormimos hasta el amanecer con un sueño liviano de animales cansados, pero siempre alertas al menor ruido. En la mañana, los niños de la comunidad rodeaban asombrados

el mosquitero del viejo Charles de donde asomaba una mano alargada, femenina, llena de huesos y uñas rosadas, que colgaba del tejido oscuro del moriche. La risa tímida de los niños y algún perro flaco que se acercó a olisquear entre los dedos, junto al humo de los cacharros que contenían un fermento envejecido de yuca, lo despertaron malhumorado. Todos los niños huyeron gritando como pájaros asustados cuando el viejo Charles se puso de pie y se desperezó maldiciendo entre dientes, desnudo. Su piel era casi transparente y estaba llena de cardenales que lucían como flores de sangre. Tomamos un desayuno de casabe y pescado que trajeron las mujeres de la aldea. Luego el sol comenzó a calentar el aire perfumado de hierbas. Recorrimos el poblado buscando información sobre lo que podía encontrarse río arriba, pero no había un alma a esa hora. Los hombres habían salido temprano a cazar a la selva y las mujeres se habían marchado a trabajar en los conucos. Estuvimos un largo tiempo aguardando, hasta que aparecieron. El viejo Charles trató de comprar alguna información ofreciendo algunas monedas que no poseían mayor valor, porque aquí el dinero no servía para nada. La comunidad prefería el trueque: pescado ahumado para una semana por un machete, gallinas y plátanos por un par de cuchillos, la piel de un cunaguaro por varios anzuelos. Al final de la búsqueda sólo conseguimos a un grupo de niños que jugaban sobre un montículo de tierra roja construido por las hormigas y a varios ancianos acostados en sus chinchorros de moriche, fumando las hojas de tabaco que habían cultivado las mujeres. Los más viejos señalaron que remontando el río durante siete días y

siete noches se llegaba a una selva tan densamente poblada de animales y con una vegetación tan profusa que ningún hombre en su sano juicio se aventuraría a cruzar por allí, a riesgo de no salir con vida. Uno de los ancianos, el más viejo de los chamanes, se quedó por un momento mirando el cielo y luego comenzó a hablar con parsimonia y a mover los brazos en el aire como si volara, representando el vuelo de un gran pájaro esa mañana de septiembre. Levantaba una nube de polvo golpeando el piso de tierra con los pies desnudos. Al principio no entendíamos nada, pero, poco a poco, el movimiento rítmico y pausado nos atrapó y comenzamos lentamente a seguir el hilo de una historia que el anciano construía con su cuerpo. A ratos pronunciaba palabras extrañas que sonaban como largas letanías de cantos sagrados y a las que todos escuchábamos conmovidos, porque para estos hombres la expresión corporal era una forma de comunicación mucho más antigua y elevada que el lenguaje humano. Fue así como conocimos las antiguas leyendas de los pájaros y las partidas de cazadores que se extraviaban bajo la cúpula de los grandes árboles y que nunca más aparecían. Los viejos culpaban a una raza de enormes pájaros que habitaba en la selva profunda, y que sólo aparecía para raptar a los hombres que se aventuraban por las sendas que construían los tímidos pasos de las dantas. Una pluma de colibrí seguida de una garra de ave —más grande y fuerte que una mano humana— precedía el ataque.

—El tiempo no existe en el interior de la selva —dijo el chamán después de una larga pausa. Un día puede ser un año, un siglo un segundo. A quién le importa. Los

animales viven al margen del tiempo. Los hombres deberían aprender a hacer lo mismo.

—También es el hogar de la gentepájaro —dijo, haciendo una reverencia frente al amuleto en forma de garra, que había extraído de la choza elevándolo en el aire limpio de la mañana como una ofrenda a los dioses de la abundancia que vivían en las profundidades del río. Durante el largo tiempo que gesticuló frente a nosotros, vimos como las imágenes coloridas de los pájaros emergían de un brillante pozo. Habíamos quedado atrapados por la sabia capacidad del viejo chamán para guiarnos por el sendero de las alucinaciones. A veces lo seguíamos como una bandada de aves siniestras. Él trataba de orientarnos con su canto, pero ya no podíamos escucharlo porque volábamos muy alto y la selva desaparecía bajo nuestros pies, cada vez más pequeña. Ascendíamos tanto que las alas se incendiaban y caíamos aparatosamente al laberinto de árboles, de donde nunca nos habíamos marchado. Era bueno saber que la madre tierra estaba de nuevo allí, suave y blanda, dura o áspera, sosteniendo nuestros cuerpos heridos frente a la luz del sol que se quebraba en el cauce tranquilo del agua.

La mañana siguiente nos despertaron los gritos de alerta de las mujeres que pescaban temprano en la laguna. Todos los que corrimos a su encuentro alcanzamos a ver —en la brumosa claridad de esas primeras horas— la silueta recortada de un animal cubierto de plumas verdes que se perdía con una de las curiaras en un recodo del río. Tratamos de seguirlo, pero ya había tomado demasiada ventaja. La

extraña visión de esa criatura alejándose en la mañana, oculta en la niebla, nos hizo pensar en toda la clase de peligros que tendríamos que afrontar cuando penetráramos en ese territorio desconocido que se abría más allá como un horizonte sombrío para nuestra singular aventura.

II

No parecía una garra hecha para animar el vuelo de una gran ave, sino para correr entre los árboles y trepar a las copas más altas de los tacamajacas, desde donde podía divisar mejor las posibilidades de una presa en el follaje. Los tres dedos frontales terminaban rematados en afiladas y puntiagudas uñas con las que combinaba un pulgar de navajas. Habría podido atrapar a un venado adulto, rompiéndole el espinazo de una sacudida con las fuertes garras con que la había provisto la naturaleza. Las uñas eran afiladas como láminas de acero. El anciano siguió describiendo en el aire limpio de la mañana lo que la memoria del niño recordaba. Hacía mucho tiempo, tanto que no sabía, había navegado con su padre y un grupo de cazadores por uno de los afluentes del Alto Orinoco; luego habían cruzado otro brazo menor, y otro más, hasta desembocar en un lago tranquilo cubierto de verdes y brillantes victorias que refractaban la escasa luz del cielo. Durante días se internaron en una selva desconocida que crecía a cada paso en el sopor de las altas temperaturas y el ritmo acompasado de los hombres que hundían

sus pies en la densa maleza. La selva era un lugar oscuro. La respiración de todos se hacía una, y sólo escuchábamos en la callada extensión de la naturaleza el profundo canto de un pájaro que se quejaba con el llanto de un hombre. Eso nos inquietó durante todo el camino. Marchaba detrás de mi padre siguiendo sus huellas en el barro. El primero de los hombres encendió unas ramas para guiar al resto. Pero eso sólo duró unos minutos, la humedad se encargó de ir apagando lentamente la llama. Además no había ningún camino que seguir. Por donde quiera que avanzábamos la selva nos cerraba el paso. El guía se adelantó algunos metros para encontrar una ruta entre la densa maleza de lianas y enredaderas que trepaban abrazadas a los enormes troncos cubiertos de musgo, y ya no lo vimos más. Unos minutos después, escuchamos sus gritos desgarrados desde lo profundo de la selva llenando el aire. Sus alaridos venían de todas partes, sólo que ya no eran sonidos humanos, sino graznidos de aves, conversaciones de guacamayas, cantos de tucanes de picos amarillos, silbidos de búhos de grandes ojos que se confundían con un canto infernal mientras cazaban entre las sombras estremeciendo el aire. Sobre nuestras cabezas una lluvia de hojas caía desde el cielo haciendo espirales. La selva se llenó con un ruido ensordecedor de pájaros alimentándose. Cuando llegamos al sitio sólo encontramos los restos ensangrentados del guía, colgados como a veinte metros del suelo, goteando una sangre espesa que caía sobre las raíces cubiertas de grandes hormigas. Los hombres, asustados, tomamos con fuerza las armas esperando la acometida desde la floresta. La selva nos

había preparado a lo largo de una vida para la subsistencia a como diera lugar. Hundimos los pies en el barro blando y susurramos entre dientes los antiguos cantos de guerra que habíamos aprendido desde la infancia con los viejos de la aldea. Durante varios minutos sólo escuchamos el movimiento desordenado de las ramas arriba y la suave caída de hojas que descendía como una cascada siniestra sobre nuestros rostros atemorizados. Permanecimos en silencio escuchando el sonido agitado de nuestras respiraciones. Yo apretaba con fuerza la mano de mi padre en medio de las penumbras para salvarme del mundo. La frágil pluma de un colibrí que flotó por un momento sobre nuestras cabezas fue la señal inequívoca de la batalla que estábamos a punto de emprender contra lo desconocido. Fue entonces cuando comprendí que una frágil y hermosa pluma podía significar la muerte, el desastre, la sangre derramada. Arriba, el movimiento de las hojas era cada vez mayor. Mi cuerpo temblaba sobre el barro frío, mis pies se hundían en un abismo sin fin. Yo asía la mano de un hombre en la oscuridad y podía sentir el miedo latiendo como una mariposa debajo de mi lengua. Yo apretaba los dientes hasta hacerla sangrar, hasta convertir sus delicadas alas en un polvo muy fino. Después del primer ataque que llegó fulminante como un rayo en medio del grupo de cazadores, todo fue una gran confusión. En la oscuridad, con los ojos cerrados de miedo y lágrimas, yo continuaba sosteniendo con todas mis fuerzas la mano húmeda y viscosa de un hombre muerto.

III

Llegaban en oleadas de todas partes desde la oscuridad del follaje. Cada vez se movían más cerca; saltando ágilmente entre las ramas y cruzando entre los hombres con las garras erguidas para herir a quien estuviera en su camino. Nadie lograba verlos hasta que era demasiado tarde y la garra rasgaba un brazo, cortaba un tendón o decapitaba a un hombre que quedaba tendido sobre la hierba. Tal era la fuerza de estas aves atacándonos sin misericordia. Todo fue tan rápido que nunca llegamos a ver a ninguna de ellas. Sólo sentíamos su penetrante olor antes del ataque. Uno de los hombres alcanzó a cortar de un tajo, con un cuchillo, una de las garras que trataba de estrangularlo durante la lucha. Las demás se unieron a ella saltando hacia las copas de los árboles, desapareciendo entre las ramas más altas. Podíamos escuchar sus cantos estridentes y salvajes después de la lucha y cómo se animaban entre ellas devorando a los caídos para enfrentar con valor un nuevo ataque. "Estas gentes se comen el corazón de los hombres después de la batalla". El grupo de cazadores se había convertido en presa, replegándose temeroso y huyendo en desbandada hacia su propia perdición. Cada uno corría en dirección contraria. Solos, se convertían en presas fáciles de las grandes aves que saltaban sobre ellos sin la menor compasión. Después todo fue un reguero de plumas ensangrentadas sobre la hojarasca. La muerte ocurría en segundos. La muerte era tan sólo un parpadeo de la noche. Un pequeño grupo de hombres permaneció en guardia oculto

entre las raíces de un gigantesco ficus que exhalaba un aroma a carne podrida. Las sentíamos saltar por todas partes, cada vez más cerca. Un minuto antes del próximo ataque, uno de los jóvenes cazadores de la aldea me ocultó entre la oquedad de las raíces que se esparcían como un río secreto.

—Espera aquí, y no te muevas —me dijo, y ya no lo vi nunca más. Luego oí los gritos que herían el aire en el fragor del combate; sentí las alas batiendo sobre mi cabeza mientras los hombres iban cayendo uno a uno en manojos sangrientos. Uno de aquellos gritos debió ser el del joven salvador, pero cómo reconocerlo, como reconocer la voz de un muerto, de alguien que se despide para siempre. "Espera aquí y no te muevas", "espera aquí y no respires", "espera aquí para siempre". Después escuché el canto satisfecho de las aves alimentándose con los despojos de su botín, el ruido de huesos rotos para sorber el néctar blanquecino de la médula, hasta que todo fue silencio. Las aves estuvieron rondando toda la noche, buscando entre la hierba los últimos restos de carne humana. Una de ellas se acercó tanto a mi improvisado escondite que pude verla entre las raíces. Su mano mutilada se hundía en el barro blando de la noche. Durante días permanecí oculto dentro del árbol hasta que el hambre y el cansancio me obligaron a salir. Las enredaderas cercanas estaban manchadas de una sangre oscura que la humedad no dejaba secar y que brillaba roja y pura como un corazón en la oscuridad. La garra de una de aquellas bestias estaba clavada en las raíces de un alto saquisaqui. La arranqué como una señal de buen augurio y huí de aquel lugar para siempre.

Caminé extraviado durante un tiempo que me pareció eterno, viviendo de algunas hojas y moluscos comestibles de río que pescaba como había aprendido con los ancianos de la comunidad. Comía grandes insectos alados que tostaba sobre pequeños fuegos que me esmeraba en ocultar para que el humo y el resplandor de las llamas no me delataran en la clara noche. Cazaba arañas que salían de sus escondrijos nocturnos y las devoraba en silencio, prestando atención a todo lo que se movía alrededor. Cuando desperté, varios días después, los hombres de la aldea habían encontrado mi rastro río arriba, en una ensenada, atascado entre el mangle y la marisma, lleno de cortaduras y delirando lleno de miedo, sumergido en las altas temperaturas de la fiebre. Eso fue lo que el anciano nos contó. Luego tomó el tabaco entre sus dedos, aspiró las brasas dentro de su boca —como fuman los nigromantes que interrogan a los dioses— y sus mejillas se iluminaron. Contempló el humo que ascendía entre las cuerdas tejidas del chinchorro hacia el aire perfumado de la mañana que se anunciaba en mitad de la casa en penumbras, en mitad del cielo en penumbras, en mitad de la selva todavía en penumbras. Todos quedamos en silencio luego de la historia. El viejo nos había llevado en un singular viaje a través de un tiempo sagrado sin siquiera movernos de allí. Cuando regresamos, todavía aturdidos por la historia, el chamán dormía plácidamente sin percatarse de la conmoción que había causado a su alrededor. El olor del tabaco todavía flotaba en la brisa de la mañana junto al humo que ascendía haciendo remolinos entre las hilos ennegrecidos. El viejo había cerrado

los ojos para dormir de nuevo, dejándonos en la incertidumbre. Cuánto habíamos entendido realmente de toda aquella historia. Parecía que nada. En la tarde nos dedicamos a vagar en el poblado y a bañarnos en las aguas tranquilas y verdes que se movían en silencio hacia el sur. Todos nos asombramos de ver al viejo Charles con un traje de baño tan antiguo como la historia del mundo, mientras daba pequeños saltos en la arena hasta hundir toda su magra humanidad de caballo blanco en las profundidades del río, de donde emergía aterido y lleno de vida como un dios acuático de alguna mitología perdida.

IV

El río era el cielo y el cielo era el río. Habíamos embarcado esa mañana en uno de los últimos puntos marcados en la cartografía de Humboldt, cercanos a uno de los afluentes principales del Río Negro en dirección a Brazo Casiquiare. El pueblo, la casa comunal, los gritos de los monos en la espesura, los juegos de los niños que cazaban lagartijas en el patio bajo el sol, el ladrido de un perro echado bajo la sombra del shabono, el zumbido de las moscas revoloteando sobre las pieles de los animales a medio curtir secándose a la intemperie, las frías cenizas de la última refección se borraban —como por arte de magia— tragados por el agua oleaginosa del río que engullía toda la vida sin cesar cuando nos alejábamos en la corriente. Perdíamos la noción y el

sentido del tiempo en el agua. Ya no sabíamos si lo que acontecía ahora había pasado hacía algún tiempo, o si era algo por suceder. Repetíamos las mismas frases una y otra vez como si nunca hubieran sido dichas, comíamos las mismas frutas amarillentas y ácidas que nos llenaban la boca con semillas de media luna una y otra vez, pescábamos los mismos peces con los mismos anzuelos, los veíamos retorcerse una y otra vez sobre la misma arena húmeda, contábamos las mismas historias frente al mismo fuego que habíamos encendido la misma noche. Mirábamos la misma luna que aparecía detrás de los mismos árboles que eran una sombra oscura sin la luna. Veíamos pasar el río con un antiguo brillo de diamantes y espadas, de armaduras y lanzas. Pero al mismo tiempo sentíamos que nada se movía, que la esencia del movimiento era irreal: la repetición, que todo estaba allí para quedarse, la paz, la tranquilidad de un padre dormido por los siglos de los siglos, aguardando a que despertáramos y fuéramos de nuevo río: cauce, arroyo, movimiento perpetuo, morada de los dioses que vivían en las profundidades. El viejo Charles se había interesado en cambiar la garra por una hermosa navaja de la Real Armada Suiza y un catalejo, pero el viejo chamán se negó.

—No más espejitos —dijo en su lengua. Pero no era al viejo Charles a quien se podía convencer con argumentos históricos y no cejó, durante toda la mañana, en su empeño por conseguir la garra, mientras trataba de enseñarles a los niños los rudimentos del telescopio. Cuando nos marchábamos, los jóvenes cazadores nos miraban desconcertados,

desde la orilla lodosa, disputándose la visión de nuestra partida a través de la lente. Debíamos de parecer gigantes que abandonaban la ilusión del paraíso perdido, pero no había ángeles, ni demonios, sino grandes y pacíficos manatíes guiándonos río arriba, hacia profundas ensenadas donde la selva se hacía más densa y verde. El viejo Charles les había enseñado el minucioso diseño de las alas de la mariposa dragón que la hacían lucir como un monstruo alado en las primeras horas del amanecer, las poderosas mandíbulas de la hormiga león que elaboraban secretamente sus trampas de arena desde la oscuridad de pequeñas galerías subterráneas; una vez que el animal era atrapado su suerte estaba echada. El vuelo inmóvil de las libélulas bajo la vibración serena de la luz que apenas comenzaba a posarse sobre todas las cosas, el diseño singular y único de las palmeras perforadas por insectos que abrían ojos luminosos en la espesura, brillantes y sombríos, colas de lagartos, diseños de mariposas negras, peces de colores que disparaban agua, siempre diferentes unos de otros. A ratos, una tormenta ocasional se desataba sobre el paisaje, obligándonos a buscar refugio en los bancos de arena que el río depositaba a lo largo de su recorrido. Nos quedábamos durante horas contemplando la monotonía de la lluvia sobre las olas cremosas de fango y algunas nubes oscuras que avanzaban con lentitud desde las llanuras occidentales. Ya para entonces el viejo Charles dormía insensible bajo la nube de mosquitos, ávidos de sangre, que aleteaba con fiereza sobre nuestras cabezas. Los demás no teníamos mejor suerte. Uno de los guías, un caboclo de San Juan de Manapiare, comenzó

a mascar una pasta negra de tabaco que llamaba chimó y a untarse el rostro y los brazos con la oscura saliva que escupía sobre sus manos. A todos nos pareció un poco asqueroso y salvaje el método, pero cualquier cosa que funcionara como repelente contra esa tortura alada era bienvenida en esta hora aciaga que tanto temíamos como a la hora de la muerte, todos los días, puntual, inexorable. El río viajaba con nosotros en silencio, pero ahora éramos los mensajeros de la muerte en la corriente negra del Estigia. Mas, ¿quién conducía la nave? ¿Quién tragaba el óbolo para pagarle al oscuro barquero? La embarcación se deslizaba por un lago tranquilo de aceite entre el espumoso oleaje que levantaba el viento.

Río Guainía

16 de septiembre de 1849

Descansamos en una playa de arena muy blanca después de una larga jornada de navegación por el Guainía, que viajaba sereno y lleno de vida hacia las selvas inextricables del sur. Los hombres estaban agotados y ahora dormían bajo una legión de palmeras que se abría como un paraguas verde bajo el sol. Los guías habían salido a cazar a un bosque cercano. Era esa hora justa en que las cosas se detienen. Una banda de monos aulladores cantaba desde algún lugar lejano y perdido de la selva. Difícil precisar su origen. Era un canto largo, de tonos graves, que al hacer caja de resonancia en los abultados carrillos, extendía la onda sonora a varios kilómetros de distancia. A veces eran llamados de amenaza frente a otra tropa de araguatos que cruzaba su territorio arbóreo. También alcanzamos a escuchar el canto solitario de algún pájaro desde la impenetrable maleza, pero no logramos verlo. Todos los que allí descansaban se miraban en silencio, nerviosos, y ya no lograban dormir más. Cómo dormir con ese maldito ruido, gritaban asustados. Cómo irse a la cama sin saber si uno sería devorado durante el sueño y cuando, al fin, despiertas, ya no estás. Te has ido para siempre del mundo, o reposas en el estrecho vientre de un pájaro. La noche anterior, el viejo Charles, luego de encender un cigarro y de darle una buena aspirada, perfumando el aire húmedo con el olor del tabaco, había contado frente

a todos, reunidos junto al fuego, la historia de la gentepájaro. Era buen actor el maldito viejo albino. Se levantaba de la arena y se movía entre las llamas de la hoguera como un ave fénix renaciendo de sus cenizas. Luego huía hacia las sombras para seguir contándonos la historia desde la oscuridad, arropándonos a todos con su voz. Entonces permanecía en silencio hasta que el canto solitario de algún pájaro le daba un nuevo impulso para acometer la historia. Se balanceaba entre los hombres con los movimientos de una gran serpiente. Al final, todos aplaudieron animados por la historia y el viejo hizo algunas reverencias frente al fuego y desapareció dentro de la tienda, para luego aparecer con una gran máscara de lechuza, hendiendo el aire húmedo de la noche con la garra manchada de sangre que, finalmente, había robado en la aldea. El viejo Charles, ornitólogo aficionado, también había sido un alumno consumado del London Theater en su juventud, pero jamás imaginó que actuaría en mitad de la selva tropical, junto a un río bañado por la luna, para el grupo de hombres que ahora lo observaba en silencio, midiendo el sentido oculto de cada una de sus palabras. Todos soñamos con la garra cortando nuestros cuellos esa noche.

II

En las primeras horas de la mañana, mientras el resto todavía dormía, cuatro hombres de la expedición habían robado una de las curiaras y huido hacia el norte, región

peligrosa, donde el río tenía muchos afluentes y era fácil desaparecer en la inmensidad de la selva. Días después, encontramos los restos de la embarcación, que había naufragado, en una ensenada de grandes piedras grises. Había rastros de caimanes sobre el fango de la ribera, restos de plumas flotaban por un momento en el aire, para deslizarse entre la espuma y la corriente hacia el fondo oscuro y verdoso del agua. Podían verse las huellas de grandes aves impresas en la arena, los jirones de una camisa ensangrentada colgando de una rama como una bandera movida por el viento entre las hojas. El suelo estaba cubierto de hormigas saubas que limpiaban los restos del macabro festín. Aunque éramos hombres curtidos en la aventura y el peligro, ninguno de nosotros quiso bajar a tierra a mirar de cerca. Preferimos quedarnos en la embarcación, a una distancia prudente de la orilla.

—Las hormigas sólo dejarán un esqueleto muy limpio, que el sol y la humedad corroerán en días —dijo Charles. Cuando regresemos, si acaso esto sucede, nada de lo que vimos existirá. Todo habrá cambiado para siempre. Los escarabajos habrán hecho su parte y amasado grandes bolas de estiércol en galerías subterráneas, los pecaríes habrán devorado las frutas podridas caídas desde el cielo y que germinarán más tarde en el suelo de la selva, el jaguar habrá soñado con la mujer que cabalga el tapir, el perro de agua habrá capturado a los peces más veloces del río durante el sueño, la selva habrá renovado la vida alrededor y borrado toda huella o vestigio humano, como si nunca hubiéramos estado allí.

Decidimos abandonar el lugar remando hacia el centro del río. Nadie pronunció una palabra durante horas. Navegamos por un bosque inundado de enormes matapalos que crecía a ambos lados del río y que en oportunidades se unía en lo alto para formar una bóveda cerrada de tonos verdes que impedía el paso de la luz. En esos momentos de intensa oscuridad el viejo Charles parecía aguijonear nuestros miedos con su humor inglés.

—Parece que los pájaros les han comido la lengua —decía, riendo. Pero a nadie parecía hacerle gracia sus palabras.

Más adelante, el río se abrió en dos brazos que se precipitaban por una profunda garganta de piedra hacia una caída de cientos de metros, haciendo un ruido ensordecedor que podía escucharse desde muy lejos. Era un espectáculo impresionante: el agua espumosa se detenía por un momento en oscuros remolinos al borde del abismo y desde allí caía como una espesa niebla sobre un nuevo río, más grande y peligroso; imposible cruzar por allí. Decidimos acampar en las inmediaciones de las cataratas, aunque el poderoso sonido del torrente mantuviera aletargada nuestras conciencias. Pasamos la noche despiertos sintiendo el rugido del agua como una catedral blanca que se metía muy adentro. El infierno era el ruido. Un feroz canto llamándonos desde las profundidades del abismo para devorarnos en la caída de agua. Cualquiera podía dejarse enamorar por la potencia de su rugido, su gélido abrazo de niebla. Bates, el matador de insectos, como lo llamábamos desde el inicio del viaje, salió

del campamento y observó con detenimiento el cielo todavía cubierto de estrellas. Era difícil verlas en la selva. La gente estaba muy sujeta a la supervivencia como para perder el tiempo con los astros. Las constelaciones desaparecían en esa hora imprecisa en que la noche cede paso a las primeras luces del día. Sirio, el gran Can, las Pléyades: insectos luminosos dormidos en el lecho del gran río. Había salido antes del amanecer a caminar con su red de cazar mariposas. Se había hecho con una buena colección de diminutos escarabajos arborícolas, cuyas frágiles alas se ocultaban bajo una resistente coraza negra y amarilla. Los atravesaba con un delgado alfiler y los secaba en papel de seda, para luego enviarlos a un Museo de Ciencias Naturales en Londres. Se había alejado del campamento y ahora caminaba por un estrecho sendero de helechos, que crecía como hongos sujeto a las laderas rocosas, cuando comenzó a oírlo. En un principio el rugido de las cataratas no le permitió distinguir el canto solitario que se abría paso en mitad del torrente. Bates se detuvo a escucharlo. Era la sinfonía más hermosa que había oído en toda su vida. Trató de seguir el origen del canto que se alejaba en la espesura. Una sombra alada cruzó frente a sus ojos, ocultándose entre los árboles, pero no logró distinguir nada. Se acercó con cuidado hasta los arbustos, pero el animal había desaparecido. Luego comenzó a escuchar de nuevo el canto a escasos metros de distancia. Esta vez se arrastró con lentitud sobre el suelo blando de la selva, sin hacer el menor ruido. Podía oír su corazón contra la tierra. Escuchó el canto como un quejido triste muy cerca. Apartó con sigilo un matorral y

allí estaba, en la oscuridad de una gran rama petrificada, el pájaro más extraño del mundo, devorando a un mono araña que acababa de matar. Tenía algo de humano en el gusto por la carne, el sabor espeso de la sangre después de la cacería. Su pico era un arma increíble que podía atravesar los huesos más duros de la presa. Tenía una estatura aproximada a la de un adulto, pero más fornido, desde las garras hasta las plumas rojas de la cabeza que agitaba sin hacer ruido como una cresta sangrante. Bates estaba sorprendido con el descubrimiento. Retrocedió, de la misma forma, con el mayor cuidado, alejándose del árbol. Cuando se incorporó del suelo observó la pluma de un colibrí que se balanceaba en el aire frente a sus ojos, y ya no tuvo ninguna duda de su destino. Una fuerte garra lo izó por una de las piernas. El mundo se puso al revés. El suelo era el cielo y el cielo era el suelo. Lo subieron en cuestión de segundos a las ramas más altas de un imbauba, y desde allí lo dejaron caer. Tenía fracturas en todo el cuerpo y la piel llena de cardenales y contusiones, cuando los pájaros bajaban de nuevo de los árboles, buscándolo en el suelo cubierto de hojas. Se arrastró con dificultad tratando de alcanzar su cuaderno de anotaciones lleno de insectos clavados con alfileres. Las aves lo fueron rodeando de nuevo en una danza salvaje y secreta que le pareció eterna. Sintió el olor a gallina muerta rondando en el aire, muy cerca, el alboroto de las plumas que caían desde el cielo, la lengua oscura de la selva a punto de engullirlo. Vio el enorme pájaro que se abalanzaba sobre él con furia endemoniada y sólo atinó a cerrar los ojos bajo el peso de las plumas verdes y rojas que se

posaban sobre su cuerpo al momento de hundirle las afiladas garras. Sintió el torrente de luz de la muerte que penetraba muy profundo, inundándolo todo. La vida cruzó en frente en un abrir y cerrar de ojos. El picotazo que cortó su cuello llegó como una bendición.

III

Wallace fue el primero en notar la desaparición de Bates, aunque era normal que el matador de insectos desapareciera en las primeras horas de la mañana en busca de nuevas especies. Siempre aparecía a la hora de la comida cargado con nuevos insectos alucinantes, monstruos alados, que ninguno de nosotros había visto antes. A veces era una *Mantis* camuflada como una hoja seca, inmóvil: el diseño eficaz de los grandes cazadores; otras, un escarabajo enterrador de levita amarilla del tamaño de un puño. Los coleópteros eran sus favoritos. Amasaban el excremento y lo hacían útil, decía sonriendo. Nosotros hacemos lo contrario. Esta vez lo estuvimos esperando durante horas, pero no apareció. Pasamos días buscándolo en las inmediaciones de la selva y lo único que pudimos recuperar fue su red de cazar insectos con el cuerpo petrificado de una mariposa tigre que se pulverizó cuando tratamos de sacarla y algunas hojas del cuaderno que yacían desperdigadas, llenas de hormigas que desmembraban los restos de un escarabajo *volante*. Alguien observó con cuidado y encontró los anteojos rotos de Bates entre las huellas de grandes

aves que se dirigían a la espesura de la floresta. Redoblamos la vigilancia. Teníamos la sensación de ser observados desde la profundidad de la selva. Charles había sacado un fusil y le había calado una enorme bayoneta afilada como una hojilla.

—Esta noche comeré pollo asado —decía, probando el filo de la hoja acerada sobre una correa de cuero.

Regresamos al campamento de nuevo cansados y mugrientos. Hacía varios días que no descansábamos, por lo que esta vez, con todo y el estruendo de las cataratas, dormimos arrullados por su garganta infernal. Nos sentíamos seguros cerca de los acantilados, ningún animal se habría acercado hasta aquí. El viejo Charles fue el último en acostarse. Se quedó sentado frente al fuego fumando, como si las llamas pudieran darle una respuesta. Pero cuál era la pregunta. Esa mañana vio la sombra de Bates abandonar el campamento muy temprano e internarse en la selva cercana. Un impulso animal lo obligó a seguirlo de lejos. Se ocultó debajo de una flor inmensa cuyo polen exhalaba un intenso olor a carne descompuesta. Comenzó a sentir un fuerte escozor en la piel. Cuando dejó de frotarse tenía el cuerpo cubierto de plumas. Sus pies se habían convertido en garras letales. Subió a los árboles cercanos y desde allí divisó al matador de insectos. Cazar era un juego aburrido cuando la presa era un humano inerme, de pantalones cortos, que se arrastraba como un gusano sobre el suelo de la selva. Se sentó sobre una rama petrificada y cantó en la oscuridad con la máscara de lechuza y la afilada garra de ave de rapiña, manchada con sangre fresca, hasta verse a sí mismo en los ojos desorbitados de Bates antes del sacrificio.

IV

Cuando despertó yacía sobre un colchón de plumas sangriento cercano a un arroyo. Sus ropas estaban desgarradas y su cuerpo presentaba algunas heridas. Tenía el sabor de la sangre aún en los labios, pero no recordaba nada. Se lavó la cara en silencio limpiando cuidadosamente cualquier signo de violencia, ocultó la máscara de lechuza y la garra en el fondo del morral, y regresó al campamento cuando todos aún dormían. Se acercó a lo alto del acantilado y vio el agua cayendo en una nube espesa de humo hacia la selva oscura que se derramaba sobre la línea verde del horizonte más allá de donde alcanzaba la vista.

Al mediodía levantamos el campamento y bajamos por una ladera cubierta de una vegetación espesa y húmeda. Tuvimos que abrirnos paso con los machetes en una zona pantanosa cercana al río. Cargamos las curiaras sobre nuestras cabezas para ayudar a los guías. De vez en cuando escuchábamos truenos que hacían temblar las hojas de los árboles. Ninguno de nosotros se hubiera atrevido a aventurarse a continuar por la selva. El pantano, por lo menos, parecía ser un terreno seguro. Era mejor morir ahogados en el río que picoteados como frutas por las grandes aves que vivían en las copas más altas. Pasamos varios días perdidos con el agua a la cintura en una selva de mangles, donde era imposible navegar. En la noche, dormíamos por turnos tendidos en el lodo, cubriéndonos con una vieja malla de pesca de la nube de mosquitos que salían a alimentarse bajo la lluvia a esa

hora. Era un silencio muerto el del pantano. Sobrevivíamos alimentándonos de pequeños caracoles y moluscos de agua dulce que pescábamos cercanos a las raíces aéreas del mangle. Algunos de los hombres contrajeron una forma de malaria que lograron superar con una raíz amarga que los guías los obligaron a beber. Cuando, finalmente, salimos del pantano y pudimos ver el río tempestuoso rompiendo contra las rocas gigantescas, tuvimos la sensación de que ya nada podía ser peor, y que el violento río que arrastraba árboles gigantescos, islas de lodo y blancos delfines ciegos que se perdían entre las olas, era nuestro destino.

—Paso Diablo —dijo el caboclo. Mala idea cruzar por aquí.

La corriente era recia. Lanzamos varios troncos al río que fueron destrozados por las piedras, y que luego desaparecieron tragados por los remolinos. Las olas arrastraban una espuma siniestra que se quedaba flotando en la superficie irisada. Buscábamos el mejor lugar por donde cruzar, pero no había lugar seguro dentro del río. No teníamos otra opción: cruzar o morir. El río nos llamaba con su canción de lluvia.

Brazo Casiquiare

01 de octubre de 1849

Hundido bajo el agua en la profundidad del río, entre la espuma de millones de burbujas que estallaban a su alrededor con un ruido trepidante de cerveza batida, de agua efervecente, blanca y confusa. El río me arrastró al fondo, entre las piedras afiladas, donde el peligro era mayor. Ví, entre las ágiles brazadas que apenas me mantenían a flote, a algunos de los hombres luchando valientemente contra la corriente; pero el río era poderoso, nadie podía escapar de su mortal abrazo. Logré salir a la superficie para tomar una bocanada de aire y hundirse de nuevo en el foso de burbujas. Miré pasar el cuerpo de un hombre —en los estertores de la muerte— que iba a la deriva bajo el agua espumosa, luchando inútilmente por sobrevivir. Volví a salir a la superficie, impulsándose con los pies desde el fondo lodoso. Giré sobre mí mismo y sentí que me faltaba el aire. Mi cabeza dio vueltas y golpeó contra las piedras. No recordaba más. Desperté sobre un banco de arena blanca semejante a la harina. El ruido eterno de la selva lo llenaba todo. Los demás habían desaparecido diluidos en la corriente. Un hombre podía desaparecer para siempre, sin dejar ningún rastro de su paso por el mundo. Nada que lo vinculara al pasado o al futuro: la vida era una sola, inevitable, inconquistable. En el último momento, cuando la fuerza de la corriente estaba a punto de tragárselo, emergió como un dios de las profundidades

acuáticas y en rápidas brazadas ganó la orilla, donde cayó exhausto. Durante un tiempo permaneció dormido sobre la hierba. Cuando despertó estaba solo en mitad de la noche. Las hojas de los árboles brillaban como luciérnagas. La luna había emergido de la oscuridad iluminando el cielo. La primera reacción que tuvo fue la del miedo. Había llegado a una ensenada tranquila que se extendía a lo largo de la selva hacía un extenso y desconocido territorio. Sus compañeros habían desaparecido en el naufragio. Recorrió buena parte del río tratando de encontrar algún rastro, pero todos habían desparecido sepultados bajo el agua. Caminó durante días siguiendo su curso, alimentándose de frutas, de conchas y raíces fibrosas que crecían en las orillas. A veces tenía que internarse en la selva para, más adelante alcanzar uno de los brazos. Avanzaba entre el denso follaje, orientándose entre los árboles que elevaban su estatura de gigantes hacia el cielo cerrado. El canto de un pájaro en la soledad del paisaje lo estremeció, pero ya no tenía miedo. Estaba aprendiendo a sobrevivir en las condiciones más adversas, a ocultarse en los momentos más inesperados. La selva tenía una vida oculta, una vida que trepaba a los zarcillos de flores pestilentes que colgaban de troncos centenarios, extendiendo sus trampas de olores de carne putrefacta a los incautos visitantes que venían desde el aire, o que llegaban entre las grandes hojas que arrastraba el viento. Aprendió las lecciones básicas de supervivencia: comer gusanos de los troncos caídos que sabían a huevo cocido, sorber el néctar de algunas flores alucinógenas que agudizaban su percepción del mundo, reconocer el sonido de

los animales en la selva que se movían sobre el suelo vegetal por donde avanzaba una procesión de insectos acorazados. Aprendió a reconocer las frutas comestibles observando a los monos alimentarse en las alturas y a robar los nidos de las cigüeñas que iban al río a alimentarse de peces. Había logrado sobrevivir a las grandes penurias del medio. Tenía ese don que la gente llama instinto. Había fabricado una lanza rudimentaria de bambú y la había endurecido bajo el fuego, luego de afilarla con una piedra. Sentía que retornaba a un estadio salvaje de la vida y que de ahora en adelante ya nada sería igual. Caminó una larga jornada orientándose por el sonido del río a lo lejos detrás de la mancha de árboles. Al principio, se había empeñado en llevar una cuenta rigurosa de los días en su diario, pero, finalmente, se rindió. Aquí el tiempo sólo importaba para encontrar comida y mantenerse fuerte, si iba a llover o no, o si una tormenta eléctrica te alcanzaba en un claro; peligros reales que acechaban todos los días. Pero qué cosa no lo era. El viaje era una sombra lejana del movimiento de la muerte en el río. Había perdido la cuenta del tiempo transcurrido: un minuto podía ser un año, una hora la eternidad. Pensó que había llegado al final de sus días. Acababa de beber un sorbo de agua de un arroyo cuando comenzó a escuchar en la lejanía los gritos de los pájaros llenando la selva con ruidos endemoniados. Se detuvo un segundo a escuchar de donde provenía el canto. Tomó con firmeza la lanza de bambú y se dispuso a huir de inmediato. Corrió río abajo abriéndose paso en la maleza con las manos hacia donde la selva era más densa. Se tiró al piso y prefirió

avanzar reptando como una lagartija sobre la hierba. Oculto entre la sombra de las hojas, vio cuando las siluetas de los pájaros cruzaban entre las ramas cargadas de hojas saltando velozmente sobre su cabeza, sin percatarse de su presencia. El brillo de las plumas bajo la luna recorrió un camino sinuoso entre los árboles, se detuvo un momento en el río a contemplarse para luego huir hacia la espesa vegetación de la selva, del otro lado de la noche. El guía había acertado en su apreciación: "Cuando escuches el canto a lo lejos, debes temer por tu vida, porque eso significa que están muy cerca y que no tienes escapatoria." Sólo sentirás el picotazo en mitad del rostro y cómo, lentamente, te irás ahogando con tu propia sangre: oscura y tibia, como una extraña flor de los pantanos que te asfixia y te roba el último aliento de vida.

II

La muerte era una forma segura de anonimato en la selva. Perecer para retornar. Observó su propio cráneo blanqueado por las hormigas en un estrecho sendero de hojas que yacían apisonadas sobre la capa en descomposición del suelo y le pareció que los verdaderos viajes estaban marcados por la incertidumbre de las premoniciones que no se resolverían jamás, ni siquiera después de la muerte. Siempre era más fácil morir que seguir adelante. Desaparecer hasta el último hueso, hasta la última huella, devorados por lo invisible. Es extraño, pero cuando estás en el interior de la selva no puedes

verla. Sólo puedes sentir su respiración suave y silenciosa, la vida que extiende sus batallones de secretas hormigas sobre la capa vegetal del suelo. Si quieres vivir, déjate guiar por sus senderos secretos. Aprende de sus animales: sus silenciosos lagartos que olisquean el aire, sus monos somnolientos que cantan a la luna; el coro milenario de loros que vuela hacia las paredes inclinadas de la ribera para alimentarse de arcilla y de minerales que se acumulaban a lo largo de miles de años en las laderas accidentadas del río. Al final de la tarde las aves regresaban cantando ruidosamente al bosque cerrado de altas palmeras donde pasaban la noche. Cada vez que dormía soñaba con un mundo gobernado por pájaros que dictaban sus leyes desde el aire, en pleno vuelo. Despertaba asustado en la oscuridad escondido entre las raíces desnudas de una sarrapia. El canto solitario de un ave lo alertaba en mitad de la noche. Era un sonido metálico, de campana desafinada que se extendía como un lamento por toda la selva. Permaneció oculto durante días, alimentándose de coatíes que cazaba en los claros de vegetación, a los que sorprendía y perseguía hasta asestarle un golpe firme en la cabeza. Luego los asaba en una improvisada hoguera. Era un sabor áspero y fuerte. Una diminuta columna de humo flotaba del asador cada vez que la piel crujía bajo el fuego que se avivaba entre las piedras. Los días eran una lenta ruleta para el ingenio de la supervivencia. Más adelante, siguiendo el amplio cauce del río, encontró un morral atascado entre las piedras redondas de la orilla. Era el morral del viejo Charles. En su interior encontró un cuchillo y una libreta protegida en un estuche

de cuero; del fondo, como si hubiera estado esperando desde el comienzo de los tiempos, extrajo la garra, casi blanca y aterida; las uñas aún eran capaces de despedazar y de cortar con precisión la piel de sus víctimas. La carne de los dedos lucía blanda y arrugada por efectos del agua. Cómo explicar lo irremediable, que se sentía perseguido por los demonios de la selva que bajaban desde los cielos y se metían dentro de sus sueños para luchar ferozmente contra el jaguar y la danta, el zorro y el venado, el pájaro y la serpiente. Cuando desperté a la mañana siguiente estaba exhausto. La selva era una burbuja húmeda y verde. A veces caminaba en círculos durante días enteros con sus noches lluviosas y frías para llegar al mismo lugar, al mismo árbol que exhalaba un aroma de flores muertas: frutas semejantes al almendro que los murciélagos recogían en pleno vuelo nocturno. Entonces vi a la sombra de un enorme pájaro que me perseguía y me arrojaba a la noche.

La gente de los árboles

09 de octubre de 1849

Desperté con un fuerte dolor de cabeza. Apenas me recuperaba de haber sido arrastrado inconsciente y golpeado contra las frondosas ramas, hacia las copas más altas de los grandes árboles, donde moraban aquellas extrañas criaturas mitad humanas, mitad pájaros. Allí me encerraron en una rudimentaria jaula de bambú —amarrada con fuertes lianas— que apenas tenía espacio para estar sentado en una posición incómoda y algo encorvada. Después de todo era cierta la historia. Desde mi cautiverio podía observar las siluetas recortadas de los pájaros moviéndose entre las grandes hojas de la noche. A través del tejido cerrado del bambú observé un oscuro pedazo de cielo lleno de estrellas. Estuve despierto toda la noche aguardando lo peor. Ya había visto actuar a estas bestias. Se comían las entrañas de los prisioneros mientras estaban aún con vida, luego le arrancaban el corazón de un picotazo como en un antiguo rito. En la mañana me sorprendí de encontrarme todavía con vida. La jaula estaba suspendida en el aire por una resistente liana atada con un nudo a una gruesa rama. Por primera vez en varios meses volví a ver el sol emergiendo en la lejanía verde y acuosa de la selva. Su presencia era casi un espejismo. Traté de forzar la jaula, pero estaba tan bien construida, que todos mis intentos terminaron en fracaso. Los pájaros me espiaban a través del grueso tejido de los barrotes, haciendo pequeños orificios

con los picos para observar al hombre que yacía encerrado masticando hojas de palma que luego colocaba sobre mis heridas. Me trajeron agua del río en un cuenco de madera y gusanos del tronco del moriche para que no muriera de hambre. A veces, encontraba sus pequeños ojos redondos y brillantes mirándome mientras me daba a la tarea de escribir de nuevo el diario. Ese día pude ver con detenimiento a la gente de los árboles. No todos eran iguales; algunos tenían aspecto de águilas arpías o de grandes guacamayas; otros parecían buitres, enormes loros reales. Los más pequeños se movían saltando rápidamente como aves zancudas entre las ramas de las gigantescas ceibas. Era una comunidad de unos cincuenta individuos entre adultos y jóvenes. Los mayores tenían una altura de casi setenta pulgadas y estaban cubiertos de plumas verdes y azules; las alas que alguna vez fueron aptas para el vuelo se habían atrofiado, pero las piernas habían desarrollado una singular fortaleza para saltar entre los árboles con las garras extendidas y atrapar a los monos que sucumbían a la belleza del canto y al colorido de las plumas que exhibían con regocijos de enamorado antes de asestar el golpe definitivo de la muerte que los mantenía con vida.

II

Cada mañana, uno de ellos venía hasta la jaula a traerme alimentos: pequeños roedores de monte, arañas aplastadas, insectos voraces que terminaba comiéndolos

vivos, termitas blancas y ciegas. Todos, incluso, los más pequeños, venían a observarme con una extraña curiosidad animal. En ocasiones, cuando no estaban los adultos, me molestaban con ramas puntiagudas que introducían a través de los barrotes hasta hacerme sangrar. La sangre los trastornaba. Uno podía ver sus ojos voraces contemplando las heridas como si presintieran el sabor de la carne que aún no conocían. Sólo una vez, en ese terrible tiempo, me trajeron miel; era una miel espesa y oscura de flores venenosas que hacía ver visiones: yo era un pájaro cayendo al vacío, herido mortalmente por la selva. Con el paso del tiempo se dieron cuenta de que era inofensivo para ellas. Y que, al contrario de lo que manifestaban algunas aves celosas, podía ser de gran beneficio. La comunidad de pájaros se estremeció asustada cuando por vez primera encendí fuego con un pedazo de pedernal hallado en la orilla de un río pedregoso. Vieron las chispas refulgentes que brotaban del roce de las piedras y huyeron asustadas hacia la noche. Amontoné musgo y algunas hojas secas sobre el hueco de una rama nudosa. Luego froté las piedras hasta que una diminuta chispa cayó sobre el musgo. Soplé suavemente sobre la brasa hasta que el fuego brotó en instantes en una llama anaranjada. Todas las noches me pedían en un lenguaje de gestos y súplicas que encendiera una hoguera para ellas. Les gustaba contemplar las llamas que se movían como lenguas de pájaros en la oscuridad. Intuían algo bueno en el fuego, una belleza suprema de movimientos irrepetibles en el tiempo. Poco a poco comenzaron a tolerar mis andanzas dentro de la comunidad. Los más jóvenes me

habían enseñado a moverme entre los árboles con una relativa facilidad que nunca había experimentado antes. Sólo me hubiera bastado tener plumas y cabeza de pájaro para convertirme en uno más del grupo. Los grandes pájaros me toleraban con resignación. Yo podía extraer las pulgas y piojos que se alojaban en sus plumas en aquellos lugares donde no alcanzaban a llegar con sus afilados picos. Con el tiempo aprendí a diferenciar a los machos de las hembras y me di cuenta de que era una incipiente sociedad matriarcal. La vida giraba en torno de las grandes hembras que decidían las épocas de apareamiento y de caza, la construcción de los nidos y la recolección de las frutas. Los machos sostenían callados duelos de abstinencia esmerándose en construir los mejores espacios para empollar los huevos que ellas abandonarían una vez consumado el antiguo rito que generaba la vida.

III

Había picos cortos como navajas y otros curvos y afilados como puñales, protuberancias córneas con forma de pala y geometría de lagartos que servían para pescar en las orillas lodosas, cuando las lagunas rebosaban de peces que proliferaban con la estación lluviosa. Como si hubiera otra cosa en la selva que no fuera lluvia. Había aves grandes y pequeñas, mimetizadas en el paisaje, envueltas siempre en un manto de desolado misterio que las hacía lucir irreales, inexistentes. Algunas veces me quedaba a dormir en los

nidos de las hembras que aceptaban gustosas mi compañía. Era como una mascota para ellas. Solía salir a dar largos paseos por la selva, custodiado de lejos por los machos que me habrían defendido a la menor señal de peligro. Me gustaba llegar hasta el río, trepando y saltando entre los árboles y mirar la corriente infinita que se desplazaba hacia su encuentro vigoroso con el mar. Tenía la sensación de que luchaba con una fuerza que me superaba ampliamente. Los pájaros se acercaban a consolarme de mis penas. Con el tiempo comencé a olvidar cualquier vestigio de humanidad en mí para ser sólo un registro de salvajes atrocidades. Aunque no tenía pico, ni afiladas garras, me incorporé a la cuadrilla de machos que salían a cazar bajo la luna llena. Perseguíamos a los monos y a los pequeños roedores nocturnos hasta agotarlos y dejarlos tendidos, olorosos a sangre, sobre una rama seca bajo el viento. Gritábamos en el bullicioso paisaje obscenidades, ruidos que se apagaban en la noche, maldiciones que repetían los loros por todos los caminos de la selva. Regresábamos a casa contentos y manchados de sangre luego de la agotadora cacería. Había recuperado mi cuchillo y era capaz de fabricar algunas armas rudimentarias que eran efectivas contra los zorros y los báquiros de monte. Las huellas recientes de un jaguar sobre el suelo del bosque alertaban a la comunidad que no bajaba a tierra durante algún tiempo. Arriba había todo lo necesario para vivir. La gente de los árboles se caracterizaba por ser grandes constructores de nidos colgantes que podían albergar a más de un individuo en su interior. Estaban hechos de juncos y fibras vegetales que los

pájaros extraían de una palma fibrosa llamada gzu; el interior de los nidos estaba cubierto de una capa de musgo tierno que los habitantes cambiaban a diario para hacerlos más confortables y esponjosos para las crías. Algunos machos desplazados y solitarios dormían afuera bajo una lluvia interminable que parecía que no iba a acabar nunca. Uno podía ver sus sombras temblando durante las noches. A la mañana siguiente, ocultos por una bruma triste como el sueño, amanecían con las cabezas enterradas en el lodo frío y la mirada desconsolada de rostros sumergidos como los buzos de un profundo abismo. Luego la comunidad los arrojaba al agua en un ritual sagrado. A los niños les correspondía arrancar las plumas de los cuerpos húmedos y lanzarlas a la corriente para dejar que los espíritus de los difuntos retornaran a las profundidades junto a los dioses invisibles del río que los recibirían en sus frías moradas.

IV

En la época de invierno nos quedábamos en los nidos hasta muy tarde. Llovía más de lo acostumbrado. Las cabeceras bajaban cargadas y espumeantes de barro. Nos sentábamos hipnotizados a ver como la cortina de lluvia urdía una húmeda trama entre las nubes grises. Salíamos a alimentarnos por momentos para luego regresar rápidamente. Dejábamos correr el tiempo entre las gotas que caían por un agujero del nido impidiendo que el agua se acumulara arriba.

El cielo era una inmensa nube gris plantada a lo largo y ancho de la selva inundada. El agua había subido varios metros y el suelo había desaparecido en un inmenso lago cuyas orillas se desdibujaban a lo lejos en siluetas brillantes. Salíamos a pescar los grandes arapaimas con arpones de huesos que tallábamos en las noches de luna para que pudieran encontrar el camino al corazón del pez. Los machos elaboraban largos hilos de palma real que usábamos como cuerdas tejidas y delgadas flechas puntiagudas endurecidas por el fuego que eran capaces de atravesar el duro cuero de los pecaríes. "Matar... siempre matar" que era otra forma de decir: "morir...siempre morir". Atrapar uno de estos peces podía significar la diferencia entre la vida y la muerte para la comunidad. Toda la gente de los árboles se daba a la tarea de pescar a los grandes pirarucús que llegaban atraídos por las frutas podridas caídas al agua desde las altas y delgadas ramas. También pescábamos con anzuelos los pesados bagres de largos bigotes grises que se ocultaban entre las piedras del fondo, donde no llegaba la luz. Uno solo de estos peces podía alimentar a la comunidad durante varios días. En ese tiempo habíamos aprendido a comunicarnos en un singular lenguaje de silbidos y cantos, gestos y movimientos que expresaban nuestros estados de ánimo: alegría o melancolía, rabia o desconcierto, miedo o felicidad. Yo los interrogaba con señas acerca de su origen, pero ellos parecían no entender lo que significaba el origen. Sólo señalaban al sur como animados por una brújula secreta. Apuntaban con sus picos en esa dirección donde los ríos infinitos se unen a otros ríos infinitos, perdidos en

mitad de la selva, y donde un grupo de gigantescos pájaros, semejante a ellos, vivía. Allí no llegaban las fatalidades del mundo, ni de los hombres. Una partida de cazadores se había aventurado a cruzar la espesa vegetación, intrigados por los gritos que provenían desde ese otro lado de la selva. Se internaron en parajes desconocidos siguiendo el vuelo de una rara y minúscula ave que los alentaba a seguirla con la dulzura de su canto. Avanzaron durante horas guiándose por el sonido que a veces desaparecía en el tumulto de la selva, para surgir más tarde con mayor ímpetu a la vuelta del próximo árbol. Pero era un pájaro invisible al que seguían. La selva los devoraba con un largo y hondo suspiro de bestia dormida y satisfecha, dejando detrás un largo camino de iniquidades y sacrificios. La sangre era también un camino hacia la redención.

El sexo de los pájaros

22 de octubre de 1850

Los primeros días de sol subíamos a las copas de los árboles a secarnos los huesos húmeros de tanta lluvia. Los rayos que descendían en la mañana creaban un lento proceso de evaporación sobre el bosque que calentaba nuestros cuerpos, ateridos de frío. Era una sensación agradable la de estar suspendidos de algunas ramas flexibles que se balanceaban en el vacío a cuarenta o cincuenta metros del suelo bajo el radiante sol. Los pájaros eran expertos en pararse —sagaces equilibristas— en los tallos más delgados de las flores y seguir el movimiento del viento con una singular danza. Mi cuerpo se había endurecido bajo el régimen de vida al que había sido sometido por la selva. Lucía delgado, pero fuerte. Me movía con destreza entre la vegetación y podía nadar en el río; cosa que les estaba negada a todos ellos. Me sumergía en busca de algas comestibles. Miraban con cierta envidia mis fuertes brazadas en mitad de la corriente. El agua era su perdición. Se movían con torpeza bajo la lluvia, cuando las plumas se henchían de agua y las garras resbalaban entre los troncos mojados buscando un punto de apoyo para asirse al mundo. Por eso casi nunca se los veía en la temporada de lluvia. El ruido de una embarcación por el río —cargada de madera y contrabando de aguardiente— nos obligaba a ocultarnos en la espesura por un momento. Espiábamos a los hombres que navegaban en mitad de la corriente, pero ninguno de ellos se

atrevía, por nada del mundo, a acercarse a la orilla. Preferían perderse en la niebla del río, igual que las visiones que los atormentaban durante el sueño. Luego, los veíamos evaporarse con la lentitud de fantasmas, sin saber si verdaderamente habían estado aquí, o si los habíamos extraído de algún antiguo recuerdo extraviado en los laberintos de la memoria. Lo cierto era que muy pocos se aventuraban por aquí, y los que lo hacían pagaban caro el atrevimiento. Una de las viejas matriarcas guardaba entre los más preciados tesoros de su nido un cráneo agujereado por una flecha de piedra y la cota corroída de una armadura, que ella misma había arrancado del cuerpo de un enemigo herido. Fue la primera vez que vio a un hombre. Era un sujeto magro y frágil que se quedó mirándola desde ese espacio de olvido en que se van convirtiendo los muertos. Ella lo desnudó y vio la oscura herida en el costado donde se secaba la sangre, el sexo como una lagartija jadeante y sin vida. El hombre tosía herido de muerte. La lanza de bambú había penetrado limpiamente y hecho su trabajo. Se quedó allí durante días viéndolo morir: viendo como se apagaban los ojos resignados, la respiración fatigosa, la vida que huía luego de derrumbarse y penetrar en el reino de las sombras. Lo estuvo observando durante días. Viendo cómo los restos se deshacían en un amasijo de blancos gusanos que se retorcían entre las hojas, cómo los pequeños roedores venían por su ración diaria de hombre muerto, cómo los hongos habían crecido en su interior y ahora afloraban entre los dientes y los ojos y las orejas para que otra vida, que no era la suya, se abriera paso a través de sus gestos olvidados.

II

La selva era una sombra perenne que se repetía en el orden simétrico de las cosas: una palmera, las manchas del jaguar, los diminutos lunares de un coleóptero pegado al esqueleto de una hoja. El camino largo y sinuoso de líneas verdes por donde corrían las hormigas con enormes fragmentos de hojas hacia el estrato vegetal del suelo, en dirección a largas y oscuras galerías subterráneas donde habitaba una reina cuya misión era propagar la especie. Toda forma abigarrada cabía en ella, toda forma tortuosa y caníbal devorando a otra forma tortuosa y caníbal. Un insecto podía alimentarse de sangre y un murciélago podía alimentarse de flores. Antes de las ventajas del arpón y el anzuelo, la gente de los árboles había aprendido a pescar imitando a las cigüeñas en las orillas de las lagunas. Se inmovilizaban durante horas retrayendo sus cuellos, y un segundo después lo disparaban con tal rapidez que el pez tenía pocas oportunidades de escapar. Sólo había que tener cuidado con los caimanes que habitaban en la otra orilla.

Había sido una extraña experiencia mirar la muerte en los ojos de un desconocido que no creía en lo que sus ojos veían: un inmenso pájaro con rasgos humanos mirándolo morir, robándole el último espacio de intimidad que le obsequiaba la selva. El olor a carne humana que apenas empezaba a descomponerse y que pronto llamaría la atención de todos los comensales de los alrededores. Comenzó a alimentarse despacio, casi con asco. La carne magra tenía un sabor

dulzón, desagradable, que aprendió a tolerar mezclándola con hierbas. Lo primero que comió fue el corazón, que extrajo rebosante, con un sílex de piedra.

—Demasiado trabajo para tan poca carne —pensó. No era lo mismo si atrapaba a un tapir. Luego se acercaron las demás aves de presa a disputarse los restos que la matriarca había abandonado cerca del abrevadero, pero las hembras regresaron a imponer el orden. Las mejores partes y más blandas eran para los niños y los ancianos, luego comían las hembras, finalmente, los machos ingresaban al festín. Se repartían porciones equitativas entre toda la comunidad. Pero sólo a las matriarcas les estaba reservado el corazón de los hombres. Vivía en medio del sueño de todo antropólogo: asistir al nacimiento de una precaria sociedad, casi en el límite de lo humano, que comenzaba a desarrollar los rasgos de una organización arcaica y un sentido de pertenencia, aunque durante mucho tiempo fueron nómadas que deambularon en la selva de un lado a otro. Más tarde, los enseñé a enterrar a sus muertos bajo la tierra blanda y a arrojar flores a las tumbas cada noche de luna llena cuando el viento traía recuerdos y el olor de las flores se hacía más intenso. Esas noches visitábamos los túmulos llenos de maleza y lagartijas ciegas para renovar nuestros deseos de reunirnos con ellos algún día en el más allá. Nos agrupábamos en medio de la oscuridad para lanzar al viento nuestros cantos llenos de tristeza que retumbaban en mitad de la selva y que petrificaban el corazón del cazador más valiente.

III

¿Había un cielo destinado a los pájaros? Quién podía creerlo. Por supuesto que nadie. Ni siquiera había un cielo o un infierno destinado a los hombres más allá de la fantasía o la locura. El cielo —como siempre— era la imposibilidad de los pájaros. Seres simples, sin mayores aspiraciones que las de reproducirse o formar parte de un grupo de hembras que ejercieran el poder con sabiduría y justicia. Era una comunidad hedonista que enseñaba el lujo de sus plumas y la velocidad de sus movimientos desplazándose entre las ramas de las grandes sarrapias. Pero no tenían mayores dotes para el pensamiento o la abstracción. Aunque a veces uno lograra ver un destello de inteligencia en los ojos profundos que miraban al mundo con un grado de desconfianza y malicia. Tenían temor a las tormentas, pero sobre todo, temían a los rayos. Cada vez que presentían una tempestad en el crepitar del aire y en las oscuras nubes que amenazaban el cielo en el horizonte, bajaban de los árboles y se arriesgaban a permanecer ocultos en tierra hasta que todo finalizara. Al regreso, veían los nidos destruidos que habían sido arrancados de las ramas por el feroz viento. En esos días de intemperie la vida de los pájaros iba también a la deriva; destruidos los nidos, la comunidad andaba sin norte, saltando de un lado a otro, desorientada en la selva, sin un rumbo cierto a dónde ir. Por vez primera tenían la sensación de desamparo en los diminutos dientes de las crías que se aferraban con un mordisco frío a las espaldas desnudas de los mayores. Los machos

comenzaron poco a poco a construir los nuevos nidos en una isla desierta que habían encontrado sobre una apartada ensenada. Sólo se podía llegar a ella saltando entre las lianas y las grandes piedras que servían de puentes para unirla a tierra. Esta vez los machos se esmeraron en elaborar una compleja obra con forma de huevo que iban tejiendo finamente como un capullo de seda, y que luego reforzaban con cera y con una gruesa capa de barro que servía para fortalecer las paredes de los nidos. Los más bajos colgaban a treinta metros del suelo. En poco tiempo, los árboles se habían llenado de pasadizos y estructuras colgantes que se balanceaban en las alturas ocultos en un perfecto camuflaje en el interior de la isla. Colaboré como ningún otro en la construcción de los nuevos nidos. Desarrollé un ingenioso sistema de poleas para subir grandes cestos de barro y piedra a los elevados troncos que desaparecían arriba entre el desorden de ramas y hojas que caían desde el cielo. Todos se sorprendieron cuando subí a varias ancianas hasta sus nidos tirando suavemente de las lianas. Los demás, nunca tuvieron mucha confianza en mi invención, preferían usar el antiguo método de ascender trepando por las ramas. Los pájaros no inventaban. Se sometían a la tradición de los mayores. Era una nueva época para la comunidad de los árboles como gustaba de llamarla. La población había crecido en los últimos tiempos. Las diminutas crías se balanceaban entre las ramas persiguiéndose unas a otras. Me había integrado a la comunidad de una forma sorprendente. Incluso, a veces, observando mi rostro en la corriente lograba olvidar por unos momentos mi condición humana.

IV

En la época de celo todos los pájaros lucían desesperados y alertas. Podían olerse sus nerviosas señales, sus rápidos movimientos cortando el aire pausado de la noche. Miraban con desconfianza a cualquier animal que se atreviera a acercarse a escasos metros de los nidos. La selva albergaba un ruido infernal de aves que crecía bajo el influjo de la luna. Las hembras salían en mitad de la noche a cazar machos para aparearse durante el breve tiempo que duraba el período de fertilidad. Después los abandonaban en mitad de la selva. Pero no todos corrían la misma suerte. Otras noches, luego del apareamiento, escuchaba consternado el sonido de huesos quebrándose en la sombra como ramas rotas, mientras las hembras se alimentaban a escondidas entre las hojas. Aves agoreras, voluptuosas y siniestras, las grandes matriarcas decidían todo en la vida de la comunidad: la migración de los pájaros a nuevos territorios, los ataques a comunidades de pájaros más primitivas, que temían a los rayos y a las tempestades, y cuyos machos eran capturados y usados como esclavos durante un tiempo. La escasez de alimentos nos obligaba a comerlos más tarde, no sin antes agradecer a los dioses del bosque, las tiernas pechugas, los jugosos muslos, que se convertían, sin lugar a dudas, en las mayores bondades que tenía la servidumbre en estos días. Yo era un testigo de excepción de la naturaleza en desarrollo. Las hembras se acercaban a solazarse sobre mi cuerpo buscando una caricia o un consejo sobre cómo curar las enfermedades parasitarias de los jóvenes

pájaros. Yo les respondía con gestos afectivos, desmesurados, que eran incapaces de entender, les enseñaba el uso de ciertas plantas medicinales, enredaderas esponjosas que crecían a la orilla de los arroyos, ciertos cantos de alivio aprendidos durante la niñez, y que ellas repetían sin entender su sentido como papagayos, birlibirloques de arrullos para atraer el sueño hacia los ojos despiertos de los pichones que chillaban sin parar todo el día. Las hembras tenían poca paciencia para la maternidad y arrojaban a las jóvenes crías desde los árboles o los hundían en el río hasta que desaparecían en la corriente; pero después de los primeros años de juegos y acrobacias, de selección natural, los pájaros recibían una educación espartana dirigida a la conquista y la depredación de otros pueblos más débiles que habitaban más allá de las regiones navegables del río. Contaban con gestos claros, aprendidos en el tiempo, que había hombres muy pequeños que usaban certeras flechas para el combate ritual y cuya enemistad con los pájaros era tan vieja como el mundo. Esa noche, la locura del celo continuó a pesar de la fuerte brisa que soplaba entre las copas frondosas. Yo había frotado mi cuerpo con miel y había pegado plumas de guacamayos en mi torso, cuando una de las hembras se acercó y me arrastró hasta su nido en las alturas de una frondosa ceiba donde me obligó con sus garras, a poseerla, sin llegar a herirme. Era diferente hacer el amor con un pájaro. Sucumbía frente al remolino de plumas coloridas, los cantos tristes de sirena, los huesos livianos, el olor a caverna de estalactitas, el sexo caliente de gallina, el zumbido de abejas, los ojos de oso hormiguero, la respiración del río que

se movía en la noche como un oscuro tren que viajaba hacia el mar. A través de la ventanilla del vagón asistía al espejismo de una ciudad perdida en medio de la selva, igual que un río desapareciendo en la bruma del paisaje. Los sueños arrastraban el infortunio de la vida de un lado a otro como un mal presagio. Durante varios días permanecí encerrado en el nido sobre las ramas más altas de aquel árbol. A través del resistente tejido colgante asistía a la revelación de un mundo aéreo y multiforme, poblado de extrañas criaturas aladas que surgían del aire. En las noches cuando regresaba hacíamos el amor ruidosamente como adolescentes emplumados. Yo había aprendido a acoplarme entre sus fornidas piernas y a arremeter dulcemente contra su sexo de diminutas plumas coloridas y a tomar sus garras con firmeza entre mis manos para evitar que me hicieran el menor daño. Aquel era un mundo cálido y cenagoso. Yo navegaba entre sus corvas lamiendo aquel líquido opalino que brotaba de su sexo y que tenía el sabor de la miel salvaje, llena de olores oscuros de flores que llenaban la boca de sabores desconocidos, amargos y dulces. Dormíamos hasta el amanecer escuchando los ruidos nocturnos, protegidos del mundo que se movía bajo nuestros pies. Luego me despertaba con breves picotazos sobre el cuello y se quedaba durante largo tiempo observándome, como tratando de entender el lugar que ocupaba en el mundo de las aves, tan solo, tan perdido. Me percibía tan frágil que recostaba su cabeza llena de plumas contra mi pecho y escuchaba los latidos de mi corazón que batían tranquilos sobre la cama de hojas que traía todas las mañanas. Luego de un tiempo me depositó de

nuevo en la misma rama de donde me había raptado. Todos los machos pensaban que era un pájaro afortunado. Regresé a la comunidad ocupando un mejor lugar dentro de la escala animal y sintiendo por primera vez, desde que estaba allí, un verdadero sentimiento de pertenencia en el mundo. Esa noche dormí arrullado por el canto de las lechuzas que miraban desde la sombra de los troncos agujereados el cielo constelado de luces.

V

Por suerte, el período de celo era breve y no causaba mayores perjuicios en la comunidad de los pájaros. Los nacimientos se adecuaban a los tiempos de abundancia. Los machos erraban —de un lado a otro— buscando frutas y raíces comestibles en los alrededores para las futuras crías. La hembra que me había llevado al nido, exhibía ahora un enorme huevo con lunares rojos que predecía el futuro sexo de nuestro vástago. Demostrando gran eficiencia y sentido de la oportunidad, había raptado a un joven macho para que empollara el huevo durante sus reiteradas ausencias. Antes de marcharse, lo amenazó con fiereza para que no intentara escapar del nido. Pero esto era innecesario: puesto que los machos tenían un alto sentido de responsabilidad con la paternidad, así fuera ajena, y preferían dejarse morir de hambre que abandonar un nido con huevos. Algunos machos solidarios se daban a la tarea de alimentarlo y de traerle agua del río para que no desfalleciera.

Era un inmenso huevo que el guardián lograba cubrir con dificultad. La cáscara amarillenta dibujaba la galaxia activa de la vida que se formaba en su interior. En veinte semanas la cáscara cambió a un color lechoso y se debilitó. Entonces pudimos oír en su interior al pequeño pichón abriéndose paso con su pico córneo entre las paredes del huevo hasta alcanzar la luz del otro lado del túnel. Nacían desnudos y ciegos. Tenían la talla de un niño recién nacido, aunque más pequeño. Las diminutas plumas verdes comenzaban a salir al mes siguiente: primero, brotaba un suave plumón de algodón que servía de protección contra los rigores del clima, y que más adelante, se transformaría en alargadas y fuertes plumas. Las crías estaban hambrientas a toda hora. Un grupo de pájaros se abocaba a la labor infinita de proveerlas de gusanos e insectos todo el día. Durante los primeros años estaban al cuidado de los machos, quienes los protegían y los guiaban en sus primeros pasos por la selva; pero una vez finalizado el período de la infancia, las matriarcas se encargaban de la enseñanza. Aprendían de una manera ruda a ser diestros cazadores entre los árboles y a lanzar piedras desde las alturas contra sus presas. Cada vez que uno de ellos daba en el blanco, un animal salvaje caía herido entre los arbustos cercanos. Aprendían a ser pacientes y a acechar al enorme y tímido tapir a la orilla de pequeñas charcas lodosas donde gustaba revolcarse. Era un animal peligroso que sabía defenderse bien y que podía embestir a un cazador a gran velocidad. Ese día pude comprobarlo por mí mismo. Nos habíamos alejado de la isla siguiendo las huellas en el barro de una gran danta que se movía siguiendo una ruta paralela al río.

Era un animal enorme que ya había herido a algunos miembros de la comunidad y que aún lucía las cicatrices de sus últimas luchas contra el jaguar. Descendimos hasta las ramas más bajas, pero sólo los más valientes nos aventuramos hasta el suelo. El nervioso tapir sentía nuestra presencia, pero no lograba vernos. Su trompa húmeda se proyectaba con movimientos nerviosos en el aire. En ese momento pensé que no es la vida lo que sujeta al cuerpo, sino la muerte.

VI

Arrojamos las afiladas lanzas de bambú contra los flancos del animal y aunque varias acertaron a herirlo, el tapir se revolcó furioso y embistió en mi dirección. En el último segundo, una de las hembras me elevó por un brazo hacia la seguridad de las alturas. La bestia pasó, bajo las ramas de donde estaba sujeto, corriendo por un estrecho sendero hacia el río donde se sumergió con un chapoteo agonizante. Al rato, apareció flotando inmóvil en la orilla opuesta. Arrastramos el animal hasta un árbol cercano. Las hembras desollaron el cuerpo y lo dividieron: una parte para la comunidad, el resto de la carne la pusimos a secar a la intemperie sobre piedras calientes que habíamos colocado en varias hogueras. Luego, la ahumamos con leña verde y la envolvimos en grandes hojas de palma. Esto ayudaba a conservarla comestible durante un largo tiempo. La piel la usábamos para cobijarnos en las noches frías y para fabricar los carcajes

donde guardábamos —en un compartimiento secreto— las flechas envenenadas con el potente curare que enfriaba el corazón de los animales. Obteníamos el rápido veneno de una raíz parda que crecía escondida en el cieno podrido de algunas lagunas. Era un veneno activo muy poderoso que sólo era utilizado por cazadores con mucha experiencia. Los animales: monos, coatíes y grandes aves coloridas caían —heridos de muerte— desde las copas más altas de los árboles al suelo del bosque. Cuando los recogíamos estaban fríos y habían adquirido la rigidez de la muerte.

Las jóvenes aves aprendían a viajar guiándose por las estrellas que mostraban sus rutas luminosas en el cielo nocturno. Una vez concluido el período de enseñanza de las matriarcas, los pájaros debían abandonar la comunidad y viajar durante meses enteros, entre la fatiga, el hambre y las plagas de mosquitos, a un territorio virgen con el fin de crear nuevos asentamientos en lo profundo de la selva y extender las posibilidades de la especie más allá de sus límites, pero, cómo saberlo. Muchos morían durante el viaje, o eran atacados por fieras salvajes, gigantescas anacondas, aunque la mayoría sobrevivía. Finalmente, una nueva comunidad de pájaros se establecía en algún lugar remoto del bosque, adaptándose a las nuevas condiciones que ofrecía la naturaleza. Por más que la hembra insistía, jamás podría sentirme verdaderamente padre de un huevo. Pero, para mi asombro, debo confesar que el nacimiento de un niño pájaro se había convertido en un singular augurio para la comunidad y para mi propia vida que ahora veía marcada por este singular acontecimiento.

Historia del joven Irk

S.F.

Cuando el joven Irk rompió la cáscara y llegó al mundo, un rayo de luz cruzó el cielo de la selva con un feliz augurio. Recién acababa de salir y aún estaba gelatinoso. Lo tomé entre mis manos con cuidado y lo elevé sobre mi cabeza en dirección al sol naciente al igual que hacían algunos pueblos africanos desde tiempos muy remotos. Era un poco más grande que una lechuza, de contextura delgada, y al contrario de otras crías, el joven Irk había nacido con los ojos abiertos, mirando todas las cosas que se movían alrededor; cada forma, cada color de la espesura, cada animal del aire o del agua que brillaba durante un segundo frente a él, y que luego desaparecía en el follaje, sin dejar rastro. El cuerpo tibio y rosado de un pequeño niño con cabeza de pájaro y ojos nerviosos que me observaban con una mezcla de temor y dulzura, me cautivó de inmediato. La piel era lisa como la de una nutria. Ser padre nunca había sido una opción en mi vida. Sin embargo, imploré a las matriarcas mi sagrado derecho a ejercer la paternidad durante los primeros años y tras una breve deliberación me fue concedida la custodia y la protección de mi hijo. Era una ardua tarea la enseñanza del joven Irk que indagaba y quería saberlo todo. Nos levantábamos al amanecer y recorríamos nuestro territorio en la selva saltando ágilmente entre los árboles hasta las cercanías del río. Yo le enseñaba las propiedades de algunas plantas y árboles, los

olores secretos que traía el viento, el llamado de los animales, la savia aromática que servía para curar las heridas; dónde conseguir los tiernos gusanos blancos de la palma real y las galerías de termitas más allá de las llanuras polvorientas. Los pequeños tamanduá pasaban la noche buscando los montículos para destruirlos con sus garras y darse un banquete con la colonia. Todos los días aprendíamos juntos nuevas lecciones de la selva. Cómo distinguir a las enormes anacondas que se ocultaban bajo el lodo y podían ser confundidas con troncos leñosos, cómo robar los panales de miel prendiéndole fuego a una rama verde y atontando a las abejas con el humo. El joven Irk había salido un poco atolondrado. Le gustaba subirse a las copas más altas cercanas a la ribera y ver como la luz rojiza del atardecer se iba ocultando en el horizonte mientras el río se convertía en un incendio anaranjado. Luego la noche caía con un manto de ceniza sobre los árboles. El joven Irk había adquirido las destrezas necesarias para sobrevivir en la selva. De noche, cuando mirábamos acostados en el nido el mapa de estrellas que dibujaba la bóveda celeste, le enseñaba las rutas secretas que seguían los astros arriba: el arco sereno de la luna cortado por las nubes, el canto triste y sincopado de los sapos en las charcas anunciando las lluvias, el frío relámpago cruzando el cielo con una llamarada para abrirle paso al ruido ensordecedor del trueno que hacía temblar las hojas nocturnas en un remolino sordo y distante.

II

Traté de enseñarle todo lo que sabía al joven Irk, quien ya comenzaba a dar señales de aparente madurez. Muy pronto, las matriarcas lo buscarían en los nidos, o lo cazarían en medio de la selva, sin intenciones de hacerle daño, sólo para finalizar su ciclo de aprendizaje. Después de largos años de un duro régimen de enseñanza, sería desterrado junto a otros jóvenes, machos y hembras, hacia el vasto territorio que dibujaba el curso accidentado del río. Jamás volveríamos a saber de ellos. Al paso de los días, el tiempo de los cambios se aproximaba. Irk estaba renovando los plumones del pecho, cambiándolos por plumas de un color turquesa; sus garras se habían hecho enormes y sostenían con facilidad su peso sobre las ramas. Ya había cazado a su primer báquiro en un claro del bosque. Lo había perseguido durante varias horas hasta acorralarlo en una zanja. Cayó sobre él como un rayo fulminante. Horas más tarde, trajo el cuerpo del animal al nido y me lo ofreció como un obsequio de despedida. Ahora hablaba el lenguaje secreto de los pájaros. Yo trataba de enseñarle algunas palabras muy sencillas de mi propia lengua que él repetía como un risueño loro, sin entender su significado: río, luna, árbol, nube, cielo, piedra, los nombres más elementales que coexistían en armonía con la naturaleza, pero que sólo eran sonidos huecos en su cabeza. El canto de los pájaros era algo más elevado, más sublime; capaz de producir efectos colaterales en la conducta humana. Cuántas veces me había quedado escuchando el canto herido de un pájaro en

la soledad del paisaje, o el diálogo salvaje de las guacharacas saltando en la maleza, sin saber qué significaba aquella conversación, ni qué sentido tenía hablarse a gritos. En las noches, oíamos asustados el canto fúnebre de un ave negra que presagiaba la muerte de algún miembro de la comunidad de los árboles. Todos nos mirábamos a los ojos a la espera de saber quién sería el elegido, quién tendría que acompañar a la muerte a su última morada y descomponerse en un rápido proceso sobre el suelo húmedo de la selva. Convertirse en cenizas y polvo, en alimento de una fauna invisible que colonizaba el cuerpo con hongos y esporas que brotaban por todas partes del cadáver en una diminuta floración bacteriana. Al final, sólo quedarían los huesos blancos y desnudos sobre la hierba amarillenta, el cráneo con el largo pico que apuntaba al cielo como una imposibilidad de redención, las garras contraídas en un gesto de adiós o de despedida de pájaro muerto. Los restos del ave se descomponían en la orilla cenagosa. Los jóvenes caimanes se daban un festín con los restos de la osamenta. El despojo de plumas elevándose entre los dientes de los saurios volaba arrastrado por la suave brisa que traía el río desde la orilla remota.

III

Prefiero los demonios que escapan del cerco de la lengua al silencio retraído del joven Irk que me dejaba hablando solo cada vez que intentaba decirle algo. Por supuesto

que no me entendía en un sentido estricto, pero eso no significaba que no nos comunicáramos. Habíamos desarrollado una comprensión que iba más allá de las palabras, esa que otorgan la costumbre y la convivencia. Yo no tenía más nada que enseñarle, y a decir verdad, tal vez mi mayor lección fue la de no inmiscuirme tanto en su aprendizaje y dejar que la naturaleza actuara por sí misma. Ese día, cuando desperté Irk había partido con las matriarcas a la espesura del bosque para finalizar su aprendizaje y convertirse con el tiempo en un joven guerrero. Antes de marcharse se había arrancado las plumas rojas de su cabeza y las había dejado sobre el nido como una señal de sumisión al padre. Cuando salí, alcancé a escuchar el eco de su voz que desaparecía en el viento: "adiós…adiós". Me quedé todo el día frente al nido, inmóvil, esperando verlo aparecer de un momento a otro, con un mono o un joven báquiro sobre sus espaldas, después de una agotadora cacería, pero no fue así. Al final de la tarde, cuando las sombras comenzaron a acentuarse sobre el follaje y la luz se desvaneció detrás de la frondosa cortina vegetal, supe que no regresaría jamás, que su destino estaba más allá de mis manos y que sólo la selva podía guiarlo con mano sabia por el tortuoso camino que debía recorrer. La partida de Irk cambió mi vida. Yo había madurado a lo largo de un prolongado cautiverio, así que ya no necesitaban vigilarme. Sabían que nunca me iría de aquí. Irk me enseñó lo cerca que podíamos estar de la sensación del vuelo cuando saltábamos abismados de un árbol a otro; esa caída infinita que aceleraba las pulsaciones del corazón, convertía a la vida en un solo

vértigo. Durante un tiempo me dedique a vagar por el territorio siguiendo el curso de algunas aves migratorias que cruzaban el cielo. Iba de aldea en aldea, de comunidad en comunidad, como un paria, siempre en movimiento, siempre marchándome con los primeros rayos de luz que se elevaban en la mañana desde las riberas del río. En la selva era mejor viajar muy temprano. Una vez que el sol se elevaba, el calor y la evaporación imposibilitan cualquier esfuerzo. La temperatura iba en aumento a medida que avanzaba el día. El aire caliente y sofocante se adueñaba de todo. Los pecaríes corrían hasta los charcos y se sumergían en el lodo en busca de alivio. Bandadas de garzas cubrían el cielo por las tardes, cuando la luz comenzaba a declinar en el horizonte y la noche llegaba de improviso como la sombra de un cuervo dormido sobre una página en blanco.

La noche del manatí

S.F.

En las noches claras, cuando el viento soplaba ligeramente sobre las aguas, un grupo de jóvenes pájaros salíamos a la caza del manatí. Nos ocultábamos en los arbustos y aguardábamos en silencio a que llegaran las grandes hembras a comer los suaves brotes de hierba que crecían en las orillas del río. "Su dentadura y modo de rumiar eran como la del buey. Son semejantes también su boca y labios así como los pelos que los bueyes tienen junto a la boca. El resto de la cabeza no se parecía porque tienen los ojos muy pequeños y desproporcionados con su gran mole." El manatí es en esencia un animal muy tímido y rehúye cualquier contacto. Nos sentábamos sobre el suelo de hojas a la espera de escuchar el pesado cuerpo deslizándose en la oscuridad del agua. Preparábamos en silencio los arpones de bambú que los pájaros fabricaban haciendo afilados cortes laterales para que, una vez enterrados, fueran difíciles de extraer. Atábamos una línea a un gran árbol con el fin de impedir que en su feroz huída nos arrastrara al fondo del río. No odiábamos al manatí, al contrario, amábamos las bondades de su carne y de su grasa. La muerte de uno de estos gigantes representaba carne para todos por una buena temporada. Dejamos que el animal se aproximara y tomara confianza. Lo oímos chapotear cerca de la orilla y asomarse con curiosidad al borde de la selva. Aguardamos ocultos hasta que la luna salió detrás

de una gran nube e iluminó el cuerpo del mamífero que yacía acostado en la arena. Entonces vimos la figura lechosa de la pequeña ballena blanca, que hacía un suave ruido al arrancar los tiernos brotes de la orilla. Tenía un poco más de dos metros y pesaba más de una tonelada. Su cuerpo estaba rematado por una cola en forma de media luna que le servía para desplazarse en las profundidades. Todos, sin excepción, nos quedamos extasiados frente al gigantesco fantasma que pacía en la orilla. Pero pudo más nuestro instinto. Una vez allí, lo atacamos con las lanzas. El manatí se revolvió herido y se lanzó al agua arrastrando a varios pájaros al fondo del río. Tuve que sumergirme varias veces para rescatar a los inexpertos. Algunos morían durante la cacería. Encontrábamos sus cuerpos ahogados y desfigurados por los peces en las ensenadas tranquilas donde dormía la muerte. Durante un breve tiempo sólo vimos la sangre que ascendía en espirales desde el fondo. Sabíamos que el manatí estaba abajo luchando por su vida, mientras nosotros arriba luchábamos por su muerte. Finalmente, en el momento de mayor tensión, las cuerdas se aflojaron y las lanzas salieron a flote aún ensangrentadas. Seguimos el rastro de su sangre a lo largo de la orilla hasta que desapareció en un remolino de burbujas sobre la superficie.

II

Permanecimos en el río durante horas, esperando que el cuerpo herido del manatí emergiera de las profundidades de un momento a otro, hasta quedar inmóvil, flotando sobre la superficie; pero nunca lo encontramos, nunca apareció por ninguna parte: muerte inútil si iba a perderse tanta carne. Cazar siempre era un albur, un imprevisto augurio. Los pájaros se encomendaban a sus dioses alados antes de seguir a la presa durante días y noches por la inextricable selva. Verla hundirse varias brazas en el lecho del río, sin poder hacer nada. El lomo cruzado por viejas cicatrices y antiguas marcas de lucha con los machos. Nos quedamos un tiempo más hasta que se disiparon las huellas de la feroz cacería y todo volvía a ser el mismo río silencioso acompañado del ruido de la selva. Recogimos las lanzas y las lianas que aún flotaban en el agua. Cuando nos alejábamos alcanzamos a ver el espectro de la luna temblando en la corriente. Subimos a las ramas más altas donde estaban los nidos que se balanceaban suavemente en el vacío. Desde allí teníamos un amplio panorama del movimiento de la vida nocturna en la selva. Un búho podía detectar los sonidos imperceptibles de un ratón de monte mientras volaba silenciosamente entre los árboles hacia su encuentro. La muerte era rápida como un colibrí.

Al día siguiente, muy temprano, los niños dieron la señal de alarma desde la ribera. Todos nos apresuramos a auxiliar a los más jóvenes en peligro, pero, cuando llegamos, ellos señalaban asombrados en dirección al río. El cuerpo,

sin vida, del manatí flotaba en la corriente, hinchado como un balón de cuero. Aún tenía un par de lanzas clavadas en el lomo. Un grupo de zamuros saltaba haciendo equilibrio sobre el vientre agujereado del mamífero. Lo vimos alejarse en la corriente, río abajo, con su carga siniestra de pájaros difuntos que picoteaban en su interior hasta la saciedad. Los restos del animal se disolverían en el río para dar paso a otras formas de vida desconocida. El río se alimentaba de toda la muerte que se generaba en su interior: desde el diminuto candirú que podía incrustarse en los espacios más pequeños del cadáver con sus puntiagudas espinas, hasta el temible pez gato que podía tragarse a animales de considerable volumen. Todos convivían debajo de áreas boscosas manteniendo un frágil equilibrio con la selva en aparente armonía. Pero ahora los cazadores del pasado podían ser las presas del futuro. Los pájaros leían en las estrellas el advenimiento de las batallas y las catástrofes. Esa noche, en la oscuridad, podían escucharse los gritos roncos de los cazadores preparándose con urgencia para las vicisitudes de la guerra. Esa noche el silbido de las flechas cruzando el aire era frecuente.

Jaguar en cruz

S.F.

Los pájaros temían a un reducido número de animales en la selva, y el jaguar era uno de ellos. Los pocos que podían contar la historia habían tenido una terrible experiencia con el felino y mostraban las cicatrices rosadas de las feroces garras entre un abanico de plumas turquesas. Todos los demás habían muerto. Las huellas del gato estaban frescas sobre el barro de la playa. La caza del jaguar era uno de los máximos desafíos a los que podían enfrentarse los jóvenes pájaros. Éste era un ejemplar de gran tamaño, lo sabían por las profundas marcas sobre el lodo. Más adelante, las huellas se adentraban en la selva profunda donde era difícil seguirlo. Los pájaros treparon a los árboles para seguir —desde la seguridad de las ramas más altas— los pasos del felino que no hacían el más mínimo ruido. Avanzaron con sigilo saltando de árbol en árbol, sin dejar caer siquiera una hoja. El joven Irk dirigía la partida de caza. Me había incorporado —el último siempre que llegaba jadeante y con la lanza en ristre— cuando ya todo había terminado. Seguimos al jaguar desde el cielo del bosque. A veces se detenía unos segundos a oler el aire que traía los aromas de la presa. Cruzó un sendero de dantas que bajaba por un arroyo de aguas cristalinas, y allí se detuvo a beber por un momento. Entonces nos vio arriba, moviéndonos en el reflejo del agua. Levantó su cabeza y rugió. Sabía que no podía alcanzarnos y se dio a

la fuga. Lo seguimos durante varios días, acosándolo en la espesura, haciéndolo salir de sus escondites, hasta que el jaguar jadeante se rindió exhausto. Pero ninguno se atrevía a acercarse más de lo necesario. El joven Irk arrojó el primer lazo justo en el cuello del felino. Los demás lo imitaron tratando de inmovilizar al animal que se defendía con furia. Al final, los jóvenes pájaros lo izaron sobre los árboles como un trofeo de guerra. El lazo del cuello cortaba la respiración, pero no llegaba a asfixiarlo del todo. Vimos como lanzaba sus garras contra las lianas que lo ahogaban tratando de romperlas sin ninguna suerte. Cada vez que hacía un movimiento brusco el lazo del cuello se cerraba más, impidiéndole respirar. Al final, el jaguar quedó colgado en mitad de los árboles, las zarpas ateridas, hasta que los jóvenes pájaros se cercioraron de su muerte y comenzaron a desollarlo para tomar su piel y bañarse con su sangre y gritar el canto de las aves salvajes que no se detienen frente a nada. La piel del jaguar había sido retirada limpiamente y colgada sobre una rama como una clara señal de victoria. Las manchas sobre el lomo dibujaban el tránsito fugaz de las constelaciones que recorrían el cielo nocturno. Cuando llegaba la luna llena veíamos la piel del felino arder por las noches bajo las grandes hogueras.

El llanto de los Ewaipanomas

S.F.

Los Ewaipanomas podían llorar toda la noche sin parar. Abrían sus grandes ojos en el pecho y sin pestañear siquiera derramaban gruesas lágrimas sobre el suelo húmedo de la selva. Cuando varios Ewaipanomas se reunían en un claro del bosque podían formar un arroyo, así como una comunidad entera podía iniciar la simiente de un río caudaloso que avanzara por la selva arrastrándolo todo.

—Lo importante no son las lágrimas, sino la forma en que se llora —decían consternados. Inspiración, decían los viejos. Se debe llorar con inspiración. Todos aprendían a llorar desde muy jóvenes. Dentro de sus primeras lecciones el llanto ocupaba un lugar primordial. Lloraban cuando nacían, cuando se reconocían en el reflejo del agua, estando solos en mitad de la noche, en la oscuridad. Cuando miraban el paisaje del río que se repetía en el horizonte como un espejismo. Con esos inmensos ojos se podría hacer un gran lago. Si estaban tristes arrasaban extensos territorios con su llanto, haciendo crecer el nivel de las aguas que avanzaba lento y salobre hacia el delta. Si estaban de buen humor todos podían dormir tranquilos sin el salto repentino de la gran pororoca que avanzara con el reflujo de los vientos y las corrientes marinas. Los pájaros más viejos contaban historias sobre una comunidad de diminutos hombres sin cabeza, que corrían

por la selva intrincada y se escondían en los arbustos a la menor señal de peligro. Algunos cazadores los habían visto tan sólo unos segundos antes de desaparecer en el denso follaje. Se dice que eran pródigos arqueros y que sus grandes ojos les permitían acertarle al blanco, y que la flecha siempre era mortal. Tenían el tamaño de un niño, pero más fornidos. Las memorias de Ralegh dan fe de la historia de un hombre de su tripulación "Quien caminando cerca de la orilla del río que llaman *Orinoco* se acercó a oler unas flores cuando fue traspasado por un dardo en pleno ojo que lo mató en un instante". Todos quedaron sorprendidos cuando vieron al pequeño Ewaipanoma salir de entre las flores y correr hacia la espesura de la selva. Uno de los hombres disparó su arcabuz sobre la extraña criatura. Cuando llegaron al sitio había rastros de sangre entre las hojas. Siguieron sus huellas durante todo el día. Entonces, llegó la noche y escucharon un llanto muy quedo. Se dieron cuenta de que estaban tan cerca que podían sentir su respiración de fuelle roto, su aliento de adormideras, sus ojos que se esmeraban tristes y comenzaban a derramar gruesas lágrimas sobre la alfombra de hojas. Uno de los hombres —que no creía en historias ni en llanto de prisionero herido— le descerrajó un tiro en mitad de los ojos para que no inundara de lágrimas el camino de regreso.

Las batallas nocturnas

S.F.

Si a algo podía aspirar un joven pájaro en plena capacidad de facultades era a combatir en los árboles: actividad sólo reservada a los más osados, ágiles y diestros en el manejo de las armas convencionales, así como en la perfecta sincronía de movimientos en el bosque. De eso podía depender la vida. El joven Irk había finalizado su entrenamiento con las matriarcas que, poco a poco, comenzaban a envejecer en los nidos más escondidos, donde apenas llegaba la luz y el viento. Aún conservaban parte de su antigua fortaleza, pero ahora resultaban lentas y pesadas para la cacería o la lucha. Cada día eran más sedentarias. Durante el aprendizaje las había odiado por su severidad, pero con el tiempo aprendió a quererlas. Las viejas le habían enseñado todo lo que sabían y más, pero sus días de gloria habían quedado en el pasado. Ahora las matriarcas dormían todo el día, apenas salían un momento a comer y a beber. Se quedaban inmóviles sobre una rama para calentarse un poco con el sol. Sus cuerpos se veían flacos y despellejados bajo la luz radiante. Todos sabíamos que estaban muriendo. Un buen día clausuraron la entrada del nido y no salieron más. Algunos compasivos les dejábamos alimentos en lugares cercanos, pero ya nadie salía a comerlos. Los más osados nos fuimos aproximando con curiosidad y sumo cuidado a los árboles circunvecinos. El mal olor era insoportable. Adentro yacían los restos de las

matriarcas entre el polvo de la madera y unos grandes parásitos rojos, henchidos de sangre. Sus cuerpos se habían reducido a la mitad del tamaño y sólo quedaba un amasijo de huesos y plumas entrelazados en el antiguo nido. La humedad descomponía los cuerpos rápidamente. Nada perduraba en la selva. Los cráneos se convertían en cáscaras vacías que iban disolviéndose al paso de la lluvia y el tiempo. Al final, sólo quedaba una delgada lámina blanca que se fracturaba al contacto con los dedos. Después, la comunidad molía los huesos hasta el polvo y los mezclaba con el alimento. Era bueno saber que los ancestros estaban dentro de nosotros, a buen resguardo del tiempo y el olvido. Era bueno saber que podían guiarnos con su gran experiencia y sabiduría por las sendas ocultas de la selva; aquellas que nadie conocía y que sólo eran transitadas por los fantasmas de antiguas aves, pero la comunidad siempre estaba a la búsqueda de nuevos líderes que pudieran guiarla y darle un verdadero sentido a la existencia, más allá de la guerra o la abundancia, de la paz o la escasez. Poco a poco las grandes hembras comenzaban a disputarse entre ellas el liderazgo. Subían a las copas de los árboles más altos y lanzaban gritos desafiantes a los cuatro vientos y a los machos que se apartaban asustados, y que luego, desde una distancia prudente, observaban con recelo y temor a las grandes aves que llenaban la selva con sus feroces cantos de guerra, hasta que otra respondía al reto erizando las plumas del cuello, los ojos violáceos y las garras afiladas como guadañas que brillaban entre la sombra de las hojas.

II

Era una osadía combatir contra las grandes hembras que cantaban en la noche sus himnos de guerra y destrucción. Los viejos creían que era una estupidez que se pagaba con creces. Sus siluetas apenas se distinguían en las copas más altas y entre las hojas, moviéndose veloces alrededor de los árboles. Los machos se cuidaban de cruzarse en su camino, y huían presas de pánico a la menor provocación. Algunas hembras jóvenes subían a enfrentarlas buscando alcanzar la victoria y llenarse de gloria. Cuando llegaban arriba asistíamos a un rápido y feroz duelo en el cielo del bosque. Los pájaros se movían en la sombra y se atacaban si piedad por todas partes, sin tregua y sin cuartel. Una vez comenzada la lucha nada podía detenerla, sólo la muerte de una de las contrincantes. Luego escuchábamos los gritos de victoria de las grandes aves mientras veíamos la sombra desplomándose —en un estrépito de hojarasca y ramas quebradas— desde las alturas al suelo vegetal con el cuello roto y los ojos vidriosos de la muerte asomados al rostro. Una de las hembras de mayor fortaleza se había apropiado del antiguo nido de las matriarcas y lo defendía de los ataques de las más débiles. Todas las fibras sensibles del joven Irk se habían puesto tensas observando las batallas nocturnas en las copas perdidas de los inmensos árboles que se movían bajo el viento. Cuando una de las jóvenes pájaro cayó muerta sobre la maleza, traspasada por una lanza de bambú, el joven Irk no aguantó más y se lanzó en una ciega y veloz carrera hacia la

cúspide del bosque. Ninguna de las hembras había esperado nunca enfrentarse con un macho en la dura contienda. Por un momento lo perdimos en la sombra frondosa de la selva. Varios pájaros subimos detrás en ocasión de presenciar el rudo combate. Los viejos no creyeron que fuera a durar mucho. Pero el joven Irk era mucho más rápido que la mayoría de las hembras, y aunque más pequeño y débil, lo compensaba con destreza y valentía, pero sobre todo, con inteligencia. Allí radicaba todo. Podía alcanzar a sus contrincantes sin siquiera verlas. Las hembras perseguían la sombra de un pájaro invisible que atacaba de improviso desapareciendo luego entre las hojas más brillantes. A cada flecha que lanzaba seguía un grito de muerte y el desmoronamiento de una silueta emplumada que se precipitaba al vacío. Sólo escuchábamos el crujido de las ramas fracturadas que los pájaros arrastraban en sus aparatosas caídas a tierra. El joven Irk había untado su cuerpo con grasa de manatí con el fin de deslizarse como un pez entre las garras de las hembras que intentaban atraparlo a toda costa sin ninguna suerte. Las aves estaban desconcertadas y furiosas. Cada vez que escuchaban el silbido de una flecha en la sombra del bosque, sabían que una de ellas moriría atravesada por un dardo envenenado dirigido al corazón. Al final, tuvieron que rendirse para salvar el pellejo de las pocas que aún quedaban con vida. El joven Irk apareció triunfante detrás de una gran ceiba elevando sus gritos de victoria en la inmensidad de la selva. Los machos y los pequeños pájaros nos unimos durante toda la noche a su canto. El joven Irk se había ganado el derecho a dirigir la comunidad el

resto de su vida. Las hembras aceptaban la dura derrota y se sometían a las órdenes del primer y nuevo joven patriarca de los bosques. No era tarea fácil dirigir a los pájaros. Una marcada diferencia entre especies de aves que convivían en un mismo lugar, hacían casi imposible gobernar a la comunidad. Aves de paso, aves de mal agüero, pájaros de cuenta, todos pertenecían en el fondo al reino de los cielos, así no volaran; todos eran parte del tinglado de ángeles que construía la naturaleza en mitad de la selva. El joven Irk impulsó un principio de igualdad entre las especies. No importaba si eras una lechuza o un colibrí, un águila o un quetzal, la condición era la misma para todas. Incluso, favorecía a las menos afortunadas, a las más débiles, a las que no tenían nada que perder.

—Todas las aves nacen iguales y con el tiempo van evolucionando hacia su propia y verdadera esencia, el aire —proclamaba a los cuatro vientos.

A pesar de ser un humano, y de ser visto con desconfianza por algunos, Irk me había designado como una especie de consejero personal, con potestad para dictar leyes que regularan las condiciones de vida de la comunidad. Fue una época de prosperidad para la gente de los árboles como nunca se vería en la historia de la aves. Irk había desarrollado una clara intuición para el trueque con otras comunidades de la selva: cambiaba pieles de jóvenes caimanes por aceite de *raya* que ayudaba a calmar la artritis de los más viejos, aquellos que ya presentían la muerte en los días venideros; hierbas medicinales por carne salada de báquiro, plumas coloridas de guacamaya por anzuelos de huesos y redes de pesca. La

comunidad había comenzado a sentir los cambios. La época de hambruna había pasado y ahora todos recibían una buena porción de las presas abatidas durante la cacería. Los nidos se habían reforzado con barro fresco y se abrían agujeros como ventanas para que circulara el aire de la tarde. Pero los viejos pájaros eran desconfiados con los cambios. Preferían la vida tranquila y sosegada de siempre. Por encima de todo estaba la comunidad. No era tarea fácil introducir nuevas ideas en su seno, pero cuando vieron que los cambios eran favorables, comenzaron a aceptarlos poco a poco, aunque con no mucho entusiasmo. En aquel tiempo el joven Irk se interesaba en los minerales que se acumulaban en el fondo del río y que le daban esa coloración violácea. Había visto en ese mundo una interesante veta para mejorar la calidad de las armas de cacería: la dureza de las flechas con punta de metal capaces de atravesar el cuerpo oscuro de un paují contra el cielo, en pleno vuelo. El sigiloso sonido de la delgada saeta que cruzaba el corazón de la noche en dirección al blanco. El chasquido sordo de la cuerda que vibraba y estremecía el aire como un moscardón.

El río inmóvil

S.F.

Qué importancia podía tener la muerte para los pájaros que contemplaban ensimismados el curso imperturbable del río. Cómo conocer las leyes inmutables de la selva, sí la misma era una entidad en perpetuo cambio que se transformaba a cada instante. Uno podía sentir el fuelle de su respiración por todas partes, como si fuera a engullirnos de un momento a otro. El río alimentaba la sensación del viaje perenne, la sensación de lejanía, de sangre disuelta en el agua, de aquello que nunca lograríamos obtener porque estaba fuera de nuestro alcance. Nos acostábamos en la orilla a mirar pasar la corriente infinita que se deslizaba en silencio: Irk lo llamaba el viaje sin retorno. Cuando las hembras perdían a sus sensibles crías —expuestas a las enfermedades y a las plagas de moscas—, vagaban solitarias de un lado a otro, arrastrándolas entre los arbustos y las palmeras enanas que crecían en los predios del río. Venían a ocultarse de las miserias del mundo. Tendidas en la arena contemplaban durante días el curso sosegado del agua. Decían —sin apartar la vista de la corriente— que el río las ayudaba a olvidar.

"El río azotado por un viento del este, formaba altas olas, aunque pronto volvió a encalmarse el aire, y enseguida empezaron a aparecer en la superficie del agua largas hileras de grandes cetáceos, muy parecidos a los delfines de nuestros mares. Los caimanes lentos y perezosos parecían temer la

proximidad de aquellos ruidosos animales, tan impetuosos en sus movimientos; los vimos sumergirse cuando se les acercaban los cetáceos. Es muy sorprendente que estos mamíferos se alejen tanto de la costa. Los españoles de las misiones los llaman toninas, como a los delfines; su nombre indio es rinucua."

Cuántos animales visitaban el río, cuántos vivían en él. Desde el inquieto jaguar que en la época de sequía atrapaba peces en los remansos tranquilos de los bajíos, hasta los invisibles caribes que desaparecían en una mancha roja que hervía en la luz del mediodía sobre la superficie. Todos venían a purificarse y a no morirse de sed. Todos soñábamos con embarcarnos alguna vez por el río y navegar sin rumbo hacia otros ríos, donde la selva lindaba con los tepuyes, más allá del poderoso país de los Omagua. Cada cierto tiempo cruzaban pájaros viajeros que traían noticias de las riquezas y de la opulencia de aquel paraíso perdido. Pero ninguno de nosotros tenía mayores noticias de su existencia. El joven Irk me pidió construir una embarcación para un viaje arriesgado. Había convencido a la comunidad de mudarnos río abajo, donde vivía una de las más antiguas familias de aves y donde había comenzado la historia de los pájaros, aunque ninguno recordaba haber estado antes allí. Fuimos a escoger un gran y oloroso árbol de sasafrás, y luego de tres días de golpearlo con nuestras pobres herramientas arcaicas, logramos derribarlo y arrancar la gruesa corteza. La madera era liviana, porosa y se mantenía a flote hasta en las peores corrientes. Usamos fuertes y resistentes lianas para trasladar la embarcación desde el

bosque hasta las orillas del río. Allí estuvimos durante días ahuecando el tronco, bajo la lluvia, con las delgadas hachas de piedra, imitando a los hombres, a los que habíamos tratado de robar, sin mucha suerte, el secreto de la navegación. Cuando finalizamos el trabajo de carpintería, quedó sobre la playa, en la arena, una canoa de madera que comenzó a hacer agua por todas partes cuando la botamos al río. Algunos estuvieron a punto de morir ahogados por mi culpa. La embarcación finalizó deshecha entre las rocas. A partir de ese momento perdieron la poca confianza que habían depositado en mí. Los demás me veían como si fuera un apestado y me señalaban y acusaban con el dedo emplumado de la desgracia. Algunos trataron de organizar un linchamiento, pero después de un tiempo, me dejaron tranquilo, aunque no habían olvidado el incidente. Incluso, Irk me veía ahora con desdén y rehuía de mi compañía. Decidí aislarme por un tiempo mientras pasaba la tormenta. Mantenerme al margen de la comunidad y de sus luchas intestinas. Me mudé a una vieja y destartalada ceiba, cuyas ramas colgaban en mitad de la selva. No era tarea sencilla construir una embarcación segura que soportara las inclemencias del tiempo y del río. Sin lugar a dudas, era más fácil robarla en las casas de los humanos. Viajé hacia el corazón de la selva. Durante varios días estuve espiando desde los árboles cercanos los movimientos de la gente que vivía en la aldea. Cada amanecer los hombres abandonaban el shabono y se dirigían en pequeñas partidas de caza a la espesura del bosque; otros subían a las largas curiaras navegando corriente abajo hacia la confluencia con el

río padre. En su nacimiento era un río de montaña que se deslizaba turbulento entre grandes paredes de arenisca rosada, y que se ensanchaba a medida que otros afluentes de la selva y de las extensas llanuras occidentales se unían al gran río que poco a poco iba ganando un vigoroso cauce mientras avanzaba infinito y sereno en dirección al lejano mar. Cuánta vida florecía en el camino, cuánta se marchitaba. Esa mañana, muy temprano, mientras permanecía escondido entre las hojas de las palmas vi, entre la clara bruma de la mañana, llegar por el río a un grupo de hombres extenuados en unas curiaras y sentí un escalofrío. Eran hombres diferentes de los demás. En particular, uno de ellos: blanco como una rata que vociferaba en una lengua conocida, pero que hacía tanto tiempo no escuchaba y que cubría su blanca y flaca humanidad con un paraguas colorido que lo protegía del inclemente sol del trópico.

II

Las embarcaciones se transformaban en espejismos frente al paisaje del río mientras la luz se desintegraba sobre la superficie del agua iluminando el aire tranquilo de esa hora indecisa que se quedaba allí, como detenida en el aire. Apenas el sol se asomaba en el cielo, grandes bandadas de loros reales volaban desde las islas de palmeras cruzando el aire como una nube verde. Sin lugar a dudas era el viejo Charles, pero, cómo había llegado hasta aquí, cómo se había

salvado del naufragio. Vi pasar frente a mí las tres grandes curiaras en dirección a la aldea y reconocí en la frágil bruma de aquella mañana a todos los hombres de la expedición. El joven Bates, matador de insectos, entomólogo aficionado, bebedor de sangre, observaba a una gran araña caza-pájaros que apenas cabía en el frasco de vidrio que la contenía. Era una especie de tarántula del tamaño de un plato que tenía entre sus víctimas a pequeñas aves a las que inyectaba una dosis letal de veneno, y que huía, entre las hojas podridas de la capa vegetal, mientras arrojaba los pelos de las patas como dardos ponzoñosos contra sus perseguidores.

—Nada personal —decían las arañas en su lenguaje de seda y desaparecían en las pequeñas cavernas ocultas donde construían las trampas para cazar a sus presas.

—Morir siempre es mejor —le respondían desde el feroz abismo.

El señor Wallace había adoptado las costumbres de vida de los indígenas, y ahora usaba una especie de taparrabo que apenas cubría su sexo. Era una visión extraña observarlo —en mitad del río— mimetizado con el paisaje: la mirada perdida, semidesnudo, la piel enrojecida por el sol y los mosquitos de los pantanos. Finalmente, en la última curiara que navegaba lentamente, logré verme a mí mismo dentro del grupo de remeros que remontaba el río, más joven de lo que recordaba; observando con el asombro del joven explorador el esplendor de toda la vida que podía habitar en el corazón de la selva. Recordé las palabras del viejo chamán: "El tiempo no existe en el interior de la selva. Un día puede ser un

año, un siglo un segundo. A quién le importa. Los animales viven al margen del tiempo. Los hombres deberían aprender a hacer lo mismo".

En ese momento, cuando la embarcación pasó bajo las ramas doradas del yagrumo donde me había escondido entre un amasijo de hojas, sabía lo que había anotado en el pequeño diario que llevaba a bordo como un tesoro escondido: las antiguas leyendas de los hombres pájaros que había escuchado y registrado con la fidelidad de un escriba sentado al lado de un sabio chamán en algunas de las comunidades perdidas del Alto Orinoco. Los habitantes de la selva creyeron hasta el último momento que las historias estarían a salvo conmigo, pero se equivocaron. Yo, pájaro de mal agüero, cansado de volar en las tinieblas, cansado de la vida y sus quimeras, y una de las aves más aguerridas de la selva, vi como sus sombras se disipaban en la tumultuosa corriente, río abajo, sin siquiera presentir que estaban condenados a navegar para siempre guiados por el canto de un pájaro que era noche y humo, barro y noche sin estrellas.

III

Era de día cuando desperté. Los pájaros habían desaparecido. Los nidos vacíos se desmoronaban bajo las primeras lluvias de la temporada desde el dosel de la selva con un ruido de insectos muertos cayendo al vacío desde lo alto. Los pájaros se habían marchado sin dejar ningún rastro, y en

su lugar pequeños coatíes se habían apropiado de los pocos nidos que aún quedaban en pie. Esta vez, Irk se había marchado sin dejar ninguna señal de consideración o de respeto por sus ancestros. Incluso, llegó a amenazarme de muerte si me atrevía a seguirlo. Esa fue la última vez que lo vi. Ambos habíamos envejecido a lo largo del tiempo, pero el colorido de sus plumas se había transformado en una mancha ocre de barro que apagaba cualquier luminosidad pasajera. Sólo los ojos revelaban por momentos la curiosidad y la fortaleza de otros tiempos cuando juntos aprendíamos los secretos que la selva nos otorgaba día a día. Pero las cosas estaban cambiando rápidamente en la comunidad. El ciclo de la vida se había roto y la llegada de nuevos individuos hacía presentir lo peor. El viejo Irk también había perdido la batalla y ahora se refugiaba entre las jóvenes hembras aguardando lo peor. Los nidos cubiertos de viejos excrementos de aves se petrificaban luego de años. Los pájaros se marcharon con las primeras lluvias y sólo quedaron los restos de plumas que los escarabajos ocultaban bajo tierra. Al final, la selva iba recuperando sus espacios secretos en las copas más altas, y borrando cualquier vestigio de pájaros que hubiera quedado olvidado luego de la partida. Durante mucho tiempo estuve solo, soportando el clima implacable de la selva y sus mosquitos. Volví a cazar y a pescar como en los viejos tiempos, pero ya poco me importaba toda aquella vida. No había futuro para la raza de los pájaros, ni de los hombres. Todo estaba condenado a la desaparición. Llegaba al final de mis días en la inmensidad arbórea. Me había convertido en el último individuo de

una especie sobre la faz de la selva. Pero, hombre o mísero pájaro, ya ni siquiera sabía lo que era. Recordé vagamente del pasado una forma de acercamiento con otros hombres a través de una serie de sonidos articulados; el canto solitario de un pájaro que extendía en la noche el triste quejido de la nostalgia, la tibieza de un cuerpo de mujer en la oscuridad. Quiénes éramos, quiénes venían detrás, dónde habíamos perdido el rumbo. La misericordia de los pájaros sólo podía expresarse a picotazos. Caminé durante varios días, perdido bajo la bóveda de árboles que elevaba sus brazos de pulpo en las alturas. A medida que avanzaba los pájaros comenzaban a convertirse en un recuerdo lejano. Cuando llegué al gran río, cuyas aguas corrían en dirección al mar, vi —reflejado en el oscuro espejo del agua— mi cuerpo todavía cubierto de plumas que aún permanecían pegadas con la savia de algunas plantas medicinales. Me hundí en la corriente y froté mi cuerpo con la fuerza y la determinación de lo humano, liberándome de cualquier atadura con el pasado. Fue entonces que emergí del agua limpio y desnudo como un dios de los bosques. Ahora todo sería diferente bajo el resplandor de los astros. El canto de los pájaros llegaba como una dulce melodía. Marchaba por la selva en busca de otros hombres. Al cruzar la frontera del río que me separaba del mundo, miré, por última vez, una franja de selva que desaparecía en la bruma, cuando cayó desde el cielo de árboles la delgada pluma del colibrí descendiendo en suaves y repetidas ondas desde las copas más altas del amanecer, para luego hundirse en la corriente brillante y espumosa que avanzaba silenciosa en la

ribera. Permanecí unos minutos aguardando a que los pájaros aparecieran de nuevo con su acostumbrada algarabía con la que solían anunciar su escandalosa presencia. Silbé una desafinada tonada como me había enseñado el joven Irk, cuando nos aburríamos sentados en las alturas del dosel de la selva, haciendo equilibrio entre las elevadas ramas del cielo, igual que pájaros borrachos, pero nadie respondió a mi llamado. Todas las aves se habían marchado a regiones ignotas, lugares lejanos y ocultos donde el hombre no había llegado, y donde los dioses de la floresta todavía corrían desnudos por el paraíso imitando a bandadas de pájaros. Amanecía cuando di media vuelta y me alejé de la selva para siempre. Las tierras remotas bañadas por el río que lo inundaba todo. Cuando finalmente la perdía de vista, observé, quizás por última vez, como la vaga claridad del amanecer pescaba su rostro de escamas en el agua —luminosa y oscura— mientras los saurios soñaban dormidos en la corriente inmóvil».


Pájaros difuntos

¿Qué es el águila que anida
en el árbol que no existe?
¿Qué son aquellos respecto a los
cuales tiene validez el hecho de
que cuando bajan suben?
Zohar

Con el sol soy gavilán
y en la oscuridad mochuelo;
familia de alcaraván,
canto mejor cuando vuelo.
Alberto Arvelo Torrealba
Florentino y el Diablo

El orden secreto

09 de enero de 1984

El sonido agudo de una sirena al mediodía me sacó por unos segundos de mis cavilaciones. Había leído las últimas páginas del *Diario de la gentepájaro* cuando el ruido largo y estridente como una nota de duelo comenzó a perforar el aire frío de la sala, casi vacía a esta hora. Cuando no estaba en mi horario de trabajo, atendiendo al público: una fauna irreductible de investigadores que asistían a la Biblioteca en busca de sus pequeños héroes, gente con la que nunca se podría hablar del pasado, la historia de antiguas civilizaciones perdidas; gustaba de sentarme a leer los diarios de ilustres viajeros que habían anavegado por el Orinoco, cerca de los grandes ventanales que miraban a una franja lejana y desolada de la montaña. Abajo había un parque público, cuya caminería de piedra ascendía en declive hacia el Panteón de los héroes. Uno podía distraerse por un momento de la lectura y observar a los pájaros que detenían su vuelo entre los árboles cercanos. Aunque no todo era bucólico en la plaza. También en un buen día se podían presenciar varios atracos, arrebatones, hurtos, jóvenes parejas de estudiantes llegando al orgasmo sobre los bancos de piedra, vendedores de drogas en las veredas, policías corriendo detrás de delincuentes, delincuentes corriendo detrás de policías, todo envuelto en una película acuosa que, en ocasiones, retrataban un día normal en la urbe. La ciudad era una forma de

subsistencia para todos los que allí morábamos, y no había nada que hacer al respecto, sólo aceptar sus fuegos fatuos que brillaban en las esquinas de las calles más sombrías como luces sedientas.

Al final de la tarde, cuando todos se habían marchado, me quedaba un rato más leyendo frente a la luz natural que se iba descomponiendo con lentitud en el desamparo de la montaña para dar paso a las primeras sombras de la noche. La oscuridad seguía al imperio de la luz, como si viniera detrás devorando cualquier vestigio de claridad que hubiera quedado flotando en el aire. Cuando miré la hora, eran casi las ocho. Las luces de la avenida se habían encendido para iluminar la pizarra de la noche que había cobrado vida en el paisaje de la ciudad. Guardé el *Diario* en mi escritorio bajo llave. Miré a través de la ventana como el cielo se convertía en una mancha oscura de tinta. Saludé al vigilante que escuchaba la radio, y salí al tráfico de la gran avenida. Regresé caminando hasta el pequeño apartamento donde vivía desde hacia algunos años. Saludé a Sibelius que estaba arrellanado sobre la estera de la sala, bajo la luz de una lámpara. Encendí la hornilla de la cocina hasta que se puso roja y el agua de la cafetera comenzó a hervir con un silbido triste. Bebí un café negro para despertarme. Cada vez que cruzaba la puerta tenía la extraña sensación de desamparo que dejan la lectura de algunas historias desconocidas, y que nos son reveladas en clave secreta. El *Diario de la gentepájaro* era una de ellas. Encendí la radio como lo había hecho desde hacia casi veinte años y sintonicé algunas emisoras europeas. La guerra

avanzaba desde el otro lado del mundo extendiendo sus largos tentáculos. Nada podía detenerla. Tarde o temprano nos alcanzaría y ya nada sería igual en nuestras vidas. Me asomé al balcón y observé la silueta de la montaña que se elevaba por encima del río como un camino sinuoso que ascendía a las estrellas. La montaña era lo único hermoso que tenía la ciudad. Había llegado a esta conclusión luego de veinte años de deambular como un insomne de un lugar a otro. Algunas tardes, recostado en el balcón, había visto las grandes bandadas de loros cruzando el cielo rojizo en dirección a la montaña cubierta de nubes, las garzas enfermas escarbando entre la podredumbre del río, debajo de los puentes de concreto; los cientos de mendigos cruzando la autopista con bolsas cargadas de latas de aluminio, jugándose la vida en el asfalto caliente que exudaba alquitrán, y por donde avanzaban velozmente las luces furiosas de los taxis entre las grandes vallas publicitarias.

Miré el lema —ya medio borroso en el cartel, colgado atrás de la puerta— que había sobrevivido conmigo a lo largo de los años más duros como un credo:

"Esperar siempre lo que nunca llegará. Estar preparados para lo peor", eran consignas que gritaba al mundo desde la soledad de las azoteas cuando todos dormían y a mí me daba por aullarle a la luna nueva del frío enero. Pero quién podía resistirse a su blancura de hueso, al mar de la serenidad que yacía oculto en su pálida redondez. Era bueno saber que el ojo blanco de la luna estaba allí, iluminando el paisaje de edificios grises que se elevaba como un gran obelisco al lado

de la autopista y desde donde también podían verse —junto al río que estiraba su oscuro lomo de lagarto— las hogueras lejanas y parpadeantes de los mendigos que se calentaban en la noche junto al fuego. La ciudad solía ser hostil y derribarlo a uno con el primer golpe. Había que levantarse rápidamente antes del conteo de protección y saborear la sangre en la lengua rota, quizás unos dientes menos. Pero evitar los golpes no era tampoco ninguna solución. Había que huir o responder con fiereza como en la antigua Ley del Talión: "ojo por ojo y diente por diente". En eso se parecían la literatura y el boxeo, golpear a mansalva donde más doliera, donde más podía hacerse daño; así, sin mayores reglas en la lucha y donde los golpes bajos estaban a la orden del día. Golpear primero con todas las fuerzas y preguntar después. Sólo que después no había nadie que respondiera, salvo el fuego abrasador, la boca llena de sangre y el silencio que mantenía un orden secreto sobre todas las cosas.

La pérdida de la memoria

¿? de enero de 1984

La ciudad era una oscura fortaleza de concreto y piedra en donde estábamos confinados al olvido del mundo. Tenía que desaparecer bajo las luces de los semáforos en las esquinas, alumbrando en rojo el río interminable de personas que cruzaba la avenida bajo los últimos rayos del sol de la tarde, mientras los carros se detenían de mala gana sobre el rayado blanco, bufando como toros insomnes. La luz dorada vibraba como un espejismo sobre un cielo de nubes y el viento que venía desde el mar arrastraba una suave calina; aunque ya no importara hacia dónde se iba, o si se venía desde muy lejos, siguiendo el rastro de los sueños perdidos. A esa hora los cafés estaban atestados de gente sin rumbo que se detenía un momento a esperar que la marea humana disminuyera. La ciudad era un monstruo de mil cabezas, una eterna espera, sentidos secretos, pero ayudaba a olvidar lo que se buscaba, lo que desaparecía a lo largo de la frágil memoria de los días. Un buen día uno despertaba y la ciudad era otra, muy diferente del pasado. Los nombres de las calles habían cambiado una vez más, así que ya nadie recordaba dónde se encontraba, ni el verdadero nombre de los monumentos de bronce que rodeaban las plazas desiertas. Los héroes se habían marchado sin mirar atrás, dejando un rastro de polvo y olvido a su paso, cuando la luz de la tarde comenzaba a declinar —lenta y serena— sobre el parque amarillento

cubierto de hojas. Las inscripciones de los pedestales habían sido borradas al igual que los seriales de las armas que entonaban cantos de muerte en los callejones sombríos, donde nadie se aventuraba después de ciertas horas. El riesgo siempre estaba allí, a la vuelta de la esquina. Las tropas subían las escaleras por las noches a descalabrar a todo lo que encontraban en su camino. Arrasaban como hormigas furiosas a cuanto animal se atravesara en su ruta mortuoria. Como toda guerra, la guerra era sin cuartel. Habíamos olvidado los nombres de los muertos sin lápidas que se amontonaban sobre las laderas de los cerros, los ajusticiados en las cañadas llenas de basura, los que recibieron el tiro de gracia como una bendición a tanto infortunio. Tantos nombres que era imposible recordar alguno. Varias de las tumbas estaban vacías y adentro se amontonaba la hierba. Los cadáveres también habían huido con el tiempo en busca de mejores condiciones de muerte en otras latitudes, un buen seguro para la vejez o el olvido. Las balaceras en la madrugada se convertían en un despertador siniestro para todos los que teníamos el sueño ligero, los que dormíamos, por sencilla precaución, debajo de las camas para mayor resguardo de la vida y que asomábamos los hocicos como ratas miedosas olisqueando el peligro entre los restos de la pólvora quemada que quedaba flotando por un momento en el aire inmóvil de la madrugada. En la mañana, en la calle, sabíamos que cada mancha oscura sobre la acera o el asfalto de la avenida —cuarteados por el sol— podían ser los restos de un enfrentamiento que nadie quería recordar. Tal vez eso arrojado allí —que se pegaba a la suela

del zapato como un chicle o una bola de alquitrán— era una mano o un zapato maloliente con un pie adentro pegado a una pierna flaca y varicosa y a un cuerpo que yacía acostado en mitad del callejón sombrío con una bala en mitad de los ojos y sonriendo, como le habían enseñado, en medio de las calamidades y sin poder escuchar siquiera el ruido de las palomas que batían ferozmente sus alas al inicio de una mañana que él nunca vería, a mitad de acción entre la sombra y la nada.

El ojo de la arpía

30 de enero de 1984

Hace veinte años que estoy aquí, plantado en este lugar, entre la mala hierba y los hongos que crecen en el patio del fondo. Conozco cada rincón, cada libro, cada tomo apilado en las estanterías, cada orificio sombrío que elabora el tiempo y su carcoma, cada crujido del piso, cada vez que una persona atraviesa el amplio corredor de la sala central igual a un fantasma que languidece. Uno va aprendiendo de los silencios y de los ruidos del mundo. El viejo del bastón, casi ciego, que consulta la sección de Braille; la señora con el niño que lee los clasificados y el 5 y 6, la pareja de liceístas que manosean a escondidas uno de los *Trópicos* de Henry Miller. Quién podía resistirse a la tentación del sexo, la hermosa muerte que nos alimenta de sueños. Pero los sueños también acaban, y uno termina en mitad de la fiesta pidiendo que lo lleven a cualquier parte con tal de salir de allí. Comienzas con mucho entusiasmo que la vida devora lentamente. Las largas estanterías de libros organizados alrededor del gran salón, el zumbido del ascensor con las señoras que liban como abejas cargadas de libros de un lugar a otro. Eso había sido la vida estos veinte años. En fin, no me quejo. Pudo ser peor. Marcar la tarjeta a las 8:30 de la mañana entre funcionarios somnolientos que beben café negro para lucir despiertos; usar las bata, el tapabocas y los guantes como si fuera a dictar la Lección de anatomía sobre algún viejo manuscrito; pero no, sólo tenía que

esperar la llegada de los usuarios: investigadores de oficio, cronistas de ciudad, historiadores desmemoriados que inventaban la historia sin creer en ella, alguno que otro personaje excéntrico buscando información sobre libros apócrifos, muchos de ellos inexistentes. Todos terminaban acudiendo al Departamento de Manuscritos Antiguos y Mapas de la Biblioteca Central. Allí llevábamos un registro detallado de conservación y atendíamos al público en un horario restringido. Uno comenzaba a conocerlos poco a poco a través de los años. Entre nosotros, apostábamos cuál de ellos terminaría su investigación a tiempo y quién haría de su reflexión una labor infinita que extendería sus raíces más allá del conocimiento de las cosas: entelequia pura. En este Departamento las obras se convertían en parte de la vida, más allá de nuestra decisión personal. Luego de convivir con ellas durante varios años y de leer algunos manuscritos, la realidad comenzaba a tornarse sospechosamente opaca. Las técnicas de conservación servían para sustraer a los libros de las calamidades del tiempo, pero nosotros envejecíamos, inexorablemente, a su lado como una corona de lirios muertos. Era un sentimiento abominable. Los libros estarían aquí, polvorientos y silenciosos, después de nuestra partida. Otros vendrían a sustituirnos en una larga secuencia de aniversarios y años perdidos. Aprenderían las técnicas de supervivencia en la biblioteca. Escribirían los mismos informes aburridos que nadie leería y, tarde o temprano, también partirían para darles paso a otros que venían empujando desde atrás. Sólo los libros permanecían allí, intactos al paso del tiempo y al deterioro de la vida que pasa como un

viento siniestro que lo arrastra todo. Al fondo, las montañas lucían desbastadas por la inclemente sequía. La calina se había adueñado del aire de la ciudad trayendo hojas de ceniza y mariposas chamuscadas con el viento. El cielo tenía el color de un incendio. Esa cálida mañana cuando llegaba a la oficina tuve un raro presentimiento. El director principal me estaba esperando con un grupo de investigadores extranjeros que provenía de una universidad del Brasil y que tenía particular interés en los diarios y manuscritos de viajeros por el Orinoco. Debo decir que todos lucían como un atajo de profesores excéntricos. Hablaban un español pausado y alegre, lleno de giros antiguos que ya nadie usaba, sólo los campesinos de algunas regiones aisladas de la selva amazónica. Mauricio, el jefe de los investigadores tenía un inconfundible acento portugués. La nariz prominente sobresalía de su rostro como el pico de un ave de rapiña. La mujer era otra cosa. Se llamaba Marcela y reía como un pájaro ausente. Durante un tiempo se alojaron en el Hotel Cervantes en el centro de la ciudad, más asiduos de la Biblioteca. Todas las mañanas, a primera hora, estaban aquí, husmeando entre *The Life and Letters of Sir Walter Ralegh* y la *Correspondencia* de Aguirre en torno al Dorado. Pasaban horas, días enteros, sumergidos en la lectura acuciosa de manuscritos y copias de mapas antiguos de la Amazonia venezolana, desde el Macizo Guayanés hasta las regiones más inhóspitas de la selva que ascendían en una rápida pendiente hacia las cabeceras del Orinoco en la Sierra Parima. Durante varios meses se convirtieron en los visitantes más asiduos a la Biblioteca. A veces salían por unos minutos al parque a fumar

y a asolearse como viejos lagartos, para luego retomar con más bríos la investigación. El director me había encomendado atenderlos personalmente. Me interesé en apoyar su trabajo, aunque nunca terminé de saber con certeza cuál era el objeto de sus investigaciones, ni con qué fin copiaban las ilustraciones de algunos pájaros extraídos de libros antiguos. Con el tiempo comenzó a nacer una verdadera relación de camaradería entre todos nosotros. Marcela tenía el rostro de un gran pájaro de presa: la nariz encorvada ligeramente hacia adentro en una suave curva de ave redentora, los grandes ojos escrutadores que miraban detenidamente los movimientos de la presa que proyectaba una idea ilusoria del mundo. La altura siempre reducía la caída a su mínima expresión, por eso los amantes y los suicidas saltaban desde los puentes más altos. Pero el mundo se veía pequeño y frío abajo, como la cueva de un ratón, hasta para el ojo acucioso de una arpía. Los fines de semana gustábamos de subir al Ávila y observar la inmensidad del mar, como se iban formando a lo lejos las trombas marinas en un amasijo de nubes grises, hasta que llegaban a la costa convertidas en tormenta tropical que nos dejaba a todos empapados. Yo aprovechaba de observar de reojo las piernas de Marcela, el color dorado que tomaba su cuerpo bajo el agua, más interesante que las nubes arriba y que las extensas y aburridas disertaciones de Mauricio sobre los fenómenos climáticos.

La sociedad de los pájaros

09 de febrero de 1984

Unas semanas después de la lectura de los Pájaros difuntos comencé a padecer de extrañas y terribles visiones que me asaltaban en los momentos más inesperados del día: relámpagos instantáneos de aves moribundas cayendo desde nubes grises de smog hacia el mar oscuro, el canto solitario de una lechuza cazando a los roedores entre la densa vegetación de la montaña, el olor de las rosadas lombrices de tierra, allí abajo, como un suculento manjar de las profundidades del suelo para un pájaro hambriento. Una tarde, en la Biblioteca, mientras repasaba los apuntes de investigación que había elaborado alrededor del *Diario*, comencé a sentir nauseas. No pude resistir más y corrí hasta los baños a vomitar. Estuve allí un rato, arqueado sobre el lavamanos, sudando frío y tratando de respirar lentamente, mientras intentaba recuperarme de las extrañas visiones, hasta que desaparecieron diluidas en el agua fría donde había sumergido la cabeza. Permanecí un rato aferrado al lavamanos, todavía mareado por el olor de la bilis. No escuché los pasos sigilosos detrás de mí, ni la mano que se posaba con delicadeza sobre mi cabeza todavía húmeda.

—Tranquilo, siempre es así al principio —decía Marcela, dándome ligeras palmadas, mientras daba mis últimas arcadas sobre el lavabo ¿No estarás esperando un bebé? —me dijo sonriendo. Cuando salí del baño estaba pálido

como un cadáver que ha tenido un mal día. Sólo me atreví a musitarle "gracias" mientras limpiaba mi rostro con una toalla. De vuelta a la oficina el director me vio en tan mal estado que, afortunadamente, me dio libre el resto del día y me aconsejó que fuera al médico. Salí al parque luego de recoger mis cosas. No sé por qué razón ese día, antes de marcharme, noté algunos movimientos extraños en la biblioteca y tomé la decisión de guardar durante un tiempo el *Diario de la gentepájaro* con su respectiva ficha entre mis pertenencias; pensaba revisarlo con cuidado en casa el fin de semana. Además no quería dejarlo a merced de cualquiera de los investigadores. Los imaginaba husmeando en las antiguas leyendas de las aves, desenterrando oscuros secretos que yacían ocultos entre los pliegues de sus páginas y que yo no entendía. Ninguno merecía tener ese honor. Me quedé un rato sentado sobre un banco de la plaza tratando de ordenar las pocas ideas que cruzaban mi cabeza; pero a esa hora mi cerebro era una luna menguante, incapaz de procesar alguna idea por sencilla que fuera. Los pájaros sorbían mis sesos como si bebieran de una eterna fuente de la que manaba un líquido turbio y oscuro como la espesa sangre que se secaba afuera, a la intemperie, bajo el crepúsculo. Estuve allí sentado durante algunas horas, aguardando alguna señal que me ayudara a entender lo que estaba aconteciendo en mi interior, hasta que oscureció. Entonces vi —a través de la llama del fósforo frotada contra el aire— el rostro iluminado y dulce de Marcela que encendía un cigarrillo y arrojaba el humo hacia el oscuro centro de la noche.

Las ceremonias de iniciación

16 de febrero de 1984

Las noches eran eternas en la ciudad, largas como ojos insomnes y hojas disueltas en los charcos de agua. Los días se habían hecho para dormir hasta tarde y sopesar en la balanza de los muertos las primeras gotas de lluvia que caían en el aire, cargado de humedad, al final de la tarde. Los truenos arriba parecían encender el cielo de feroces bramidos. Un viento cargado de nubes de agua soplaba desde el mar. Marcela vino a visitarme esa noche al apartamento. Yo tenía un poco de fiebre y había tomado un par de aspirinas para combatir el malestar que, lentamente, se iba apoderando de todo mi cuerpo. La fiebre abría caminos hacia una sensibilidad diferente de los sentidos, pero sobre todo del tacto, la piel húmeda, tibia, viscosa. Permanecimos inmóviles durante un buen rato contemplando la lluvia que arreciaba afuera bajo las luces del patio.

—Justo a tiempo. Un poco más y habría llegado convertida en un verdadero estropajo —dijo, sonriendo. Los relámpagos iluminaban el cielo cubierto de nubes pedregosas. La lluvia nos hacía perder el sentido del tiempo. El tiempo avanzaba o retrocedía por efectos del agua, daba igual. La lluvia nos obligaba a repetirnos eternamente. Pero la imagen del mundo también se repetía interminable en el paisaje desolado de la ventana. La lluvia nos llenaba de una saudade interior, pasadizos secretos de la nostalgia, cámaras ocultas,

mareas de luna que sólo recorríamos bajo el efecto sedativo del agua, fuentes que brotaban de los subterráneos inundando las calles cercanas al metro. El noticiero de las ocho anunciaba que la tormenta llegaría a su punto crítico durante las primeras horas de la madrugada. Una tormenta pasajera era un acontecimiento inesperado en nuestras vidas. Cerca de la medianoche el viento arrancó una de las torres del tendido eléctrico y buena parte de la ciudad quedó a oscuras. Estuvo lloviendo toda la noche con un ritmo pausado como si nunca fuera a escampar. Sacamos las linternas para alumbrar nuestros rostros de momias ateridas y atribuladas por la tormenta, cuando el agua comenzó a inundar las casas de la zona baja. Vimos, a través del resplandor de los relámpagos, las camas flotando con gente todavía dormida sobre las sábanas unos segundos antes de ser arrastradas por el torbellino del río escaleras abajo. La vida en esos momentos finales tenía algo de usura, de robo a cuotas, de pago a medias, de abonos a la cuenta, aunque al final uno mantuviera siempre la misma deuda. El saldo quedaba marcado sobre la piel como una herida roja y profunda que nunca cicatrizaba con los años.

II

Esa noche, Marcela me ilustró en los secretos de una variedad infinita de pájaros que vivían en la espesura, a la sombra de los grandes árboles milenarios, y a los que ella había escuchado desde que era apenas una niña en su aldea

natal, cercana a la ciudad de *Manaus,* en mitad de la selva, a orillas del gran río Amazonas. Su madre la enseñó a imitar los diversos sonidos, gorjeos, murmullos, campanas, silbidos y graznidos de las aves que se escondían en mitad de la selva, para desde allí surgir de nuevo en mitad de la nada oscura. Desde las grandes guacamayas que parloteaban en las copas más altas de las palmas, y que cruzaban veloces el cielo anaranjado de las tardes, hasta los tímidos murmullos de los colibríes zigzagueando entre las flores, al borde del gran río que avanzaba dormido en la ligera corriente; abriendo un profundo claro en la selva. Las historias que Marcela me relataba en la oscuridad, apenas alumbrada por la luz de una lámpara de terracota, siempre involucraban aleteos frenéticos de aves desesperadas tratando de escapar de algún lugar, huyendo siempre de la misma conjura que se cernía sobre ellas como una maldición eterna, porque si a ver íbamos, la maldición de los pájaros eran las jaulas. La voz de Marcela atravesaba el aire tibio y salía a la noche donde se desparramaba como un salmo. A veces el canto de un pájaro salido de algún edificio derruido cruzaba el parque solitario a esa hora y llegaba hasta aquí, donde desaparecía en una triste nota. Eran muchos los sonidos que podían escucharse si uno ponía verdadera atención, si uno lograba afinar el oído y se dejaba arrastrar por el canto melodioso de un conoto o el grito irreverente de un ave desconocida. De pronto el canto de los pájaros había borrado la forma horizontal de la ciudad bajo la luna y la había convertido en una densa selva de troncos de piedra: altos y luminosos edificios, crujidos y alaridos

pronunciados por pequeñas criaturas que vivían en la cima de los árboles y que se movían de un lado a otro como breves fantasmas. Poner un huevo era un negocio serio que requería de muchos años de experiencia. Marcela estaba allí, tendida contra el paisaje de la ventana abierta por donde penetraba la noche, cuando un relámpago que iluminó la forma lejana de la montaña, descubrió por unos segundos, su cuerpo arrodillado y desnudo sobre la cama, imitando el canto pausado y triste de una oropéndola, llegaba hasta aquí y se tendía a mi lado como un pájaro herido. Después me abrazó en silencio sobre las almohadas de plumas, mientras yo clavaba mi pico entre sus pechos y me quedaba dormido orbitando toda la noche entre los astros de su inmaculada vía láctea. Quien sueña, diseña, quien mastica practica, quien ama se derrama.

III

Marcela me había iniciado en una de las ramas poco frecuentes del estudio de la ornitología: el canto de los pájaros. Había acumulado a lo largo de numerosos viajes por todo el mundo miles de horas de grabaciones de cantos que jamás había escuchado en mi vida. Nuestros encuentros se habían convertido en una obsesión de aves sedientas de conocimiento. Los fines de semana nos aventurábamos en la montaña por caminos abigarrados y llenos de vegetación que ascendían hasta la cumbre, para desde allí, oír y observar a los pájaros: sus nidos, sus ritos secretos de apareamiento, los que cazaban

en la noche y tenían grandes ojos que refractaban y ampliaban la más mínima luz, los que escondían su cabeza bajo el ala, apenados, los de canto triste, los que se quedaban suspendidos del cielo como navegando en el aire a la espera de abalanzarse sobre su presa. Todos decían alguna melodía secreta que cruzaba el aire de los tiempos remotos y llegaba hasta aquí, donde la escuchábamos con atención, como embelesados melómanos frente al prodigio del canto. De noche, salíamos a caminar por la ciudad, buscando entre los edificios grises y las plazas vacías el canto de algún ave enjaulada. Entrábamos a las casas por las terrazas descubiertas, cuando las personas se habían ido a dormir, y los pájaros quedaban a su suerte colgados de perchas tambaleantes. Abríamos las jaulas y los loros desaparecían en una algarabía de aleteos, sombras verdosas, deidades del mal, agitando las alas en dirección a la noche poblada de ruidos. Me gustaba esa forma anónima de hacer justicia y dejar que volaran por un segundo en libertad antes de ir a estrellarse contra el vidrio delantero de un viejo cadillac que devoraba la autopista y aterrizar ensangrentadas sobre el asfalto, caer bajo las garras de un gato callejero, o ser incinerada en una crepitación de arrullo en el tendido eléctrico de la ciudad. Al final, sólo quedaba una mancha oscura y quemada de alas rotas. El trofeo que arrastraba el felino entre la maleza, hacia su guarida, era un pájaro muerto que pronto comería. Primero le arrancaría las plumas hasta dejarlo completamente desnudo. Luego lo devoraría hasta dejar sólo la cabeza y las patas como testimonio de la existencia de "hubo una vez un pájaro que cantaba solo a la medianoche". El mismo trofeo que

llevaba a los hombres a conquistar y arrasar poblados enteros, a aguardar con la paciencia de los sabios bajo los muros de una ciudad abandonada por los dioses y enterrada bajo la arena. A veces sólo escuchaban una canción, una palabra de amor, un gemido que se desprendía desde las altas ventanas, para luego percibir que era el viento aleteando y mordiendo el deseo de morir esa misma noche; sólo que esta vez llevaban a extrañas mujeres en las fauces, mordiendo sus pezones rojos como el fuego, saciándose una y otra vez de su aliento de humo. No había dios insensible que dirimiera estas razones. Las patas siniestras de alambres retorcidos temblaban como un corazón tibio en las fauces oscuras del cazador. Las encías tenían afilados dientes blancos que podían hacer mucho daño antes de perecer. Las afiladas marcas en el cuello sólo eran el inicio.

IV

De un tiempo acá mi cabeza sólo escuchaba cantos de pájaros asustados que volaban de un lado a otro, huyendo de las calamidades que aparecían con el mal tiempo. Me sumergía con Marcela en un mundo desquiciado y exuberante de gorjeos y cantos de lechuza, como si no existiera más nada en el mundo que el eterno dilema del huevo o la gallina. Habíamos convertido el pequeño apartamento en un museo de aves disecadas donde había que caminar con cuidado, por temor a romper un ala, o el pico de un negro *conoto*. Sibelius se acercaba hasta las alas polvorientas —donde quedaban

restos de plumas— y husmeaba saltando detrás de los lejanos recuerdos del cazador que hacía mucho tiempo había sido. Yo ayudaba a clasificar y a embalsamar a los pequeños pájaros distraídos que parecían detenidos en plena acción de vuelo cuando eran atrapados por el clic de la cámara fotográfica, como si el mundo no fuera otra cosa más allá que la contemplación de una forma sustraída del tiempo, o la imagen secreta de algo que alguna vez existió, pero que ya no era. Para un pájaro el mundo era acción y movimiento de alas, temblor de plumas entre el follaje de piedra, sonido de garras aferrándose al cristal de un rascacielos. Nadie se detenía a esperar por nadie en ninguna rama, en ninguna ventana fría, nadie se detenía. La vida y la muerte eran un rabioso aleteo que duraba tan sólo unos segundos bajo el sol inclemente. Allí estaban las pequeñas momias dormidas en el tiempo irreversible de un movimiento ejecutado antes de la muerte, los restos de plumas de viejos pájaros desmelenados que se decoloraban entre las sombras de la sala. La casa era un verdadero nido de aves salvajes. Recordaba la frase del viejo portugués «El caos es un orden por descubrir» Con el tiempo habíamos adquirido extrañas costumbres de pájaros bobos que se acariciaban en las noches en un dulce duelo de picos y alas. Construimos un nido alrededor de la cama con viejos edredones de algodón y plumas robadas de las almohadas de las grandes casas comerciales del centro de la ciudad. Recogíamos el tierno musgo de las piedras de la montaña para mantener el calor del nido. Sin saberlo, preparábamos las condiciones óptimas para aparearnos, inocentemente, entre las hojas. Cada

vez que alcanzábamos un orgasmo, levantábamos una nube blanca que se esparcía en la noche como humo blanco para quedarse flotando en el aire, que ya quisiera el Vaticano. En ocasiones, los pájaros ganábamos la batalla contra la adversidad y sus leyes eternas, pero sólo eran triunfos pasajeros. Las verdaderas batallas siempre estaban por venir. Veíamos las nubes negras aproximarse desde el horizonte y posarse sobre nuestras cabezas como un mal augurio. Sabíamos que lucharíamos con todas las fuerzas para sobrevivir a las tormentas que crujían en el aire húmedo y que despedían un aroma a flores muertas. Todo había quedado suspendido por un momento en la ciudad, todo se había detenido en un tiempo perpetuo de estatuas de piedra, de callejones sombríos, antes de que el primer relámpago alumbrara el cielo y dibujara un río luminoso que estallaba entre las nubes hinchadas y oscuras. La tierra, a través de la ventana, iluminada por todas partes. La escritura nerviosa de arterias en el aire como un delta lleno de brazos cargados de electricidad, encendían en el cielo una conexión que jamás alcanzaría a ser descifrada por la razón humana, hasta que alguien levantaba un puño cerrado en señal de venganza contra el cielo, para luego, casi de inmediato, caer fulminado por la estela de un rayo. Los dioses no parecían muy dispuestos a soportar insubordinaciones humanas y manifestaban su furia pasajera en forma de tormenta tropical que se derramaba en la ciudad y la convertía en un terrible caos, un sumidero de basura que apestaba bajo la inundación. Nadie se hacía responsable de los daños ocasionados por las tormentas asolando buena parte del año

los pequeños poblados de pescadores que vivían a lo largo de la extensa costa. Solíamos caminar todos los días por la mañana luego de aparearnos; mirábamos el nido en busca de los pequeños huevos que revelarían de una vez por todas el sino fatal de nuestras vidas. Pero el nido permanecía vacío al igual que las tumbas de los cementerios en las que sólo se acumulaban los huesos, las hojas y los recuerdos remotos de vidas pasadas, sobrellevadas desde la copas de los bares a las copas más altas de los árboles y proyectadas en dirección hacia la luna blanca que dormía en el cielo.

El peso del aire

28 de febrero de 1984

Durante varias semanas vivimos en tal estado de locura que sólo pudimos atribuírselo a nuestra febril imaginación y a la cantidad de aves que habíamos alcanzado clasificar a lo largo de los últimos días. No lográbamos hablar, ni pensar en otra cosa que no fueran alas, plumas, huesos livianos y huecos sosteniendo el cuerpo de un ave en el aire, al momento de las delicadas momificaciones que Marcela practicaba con la eficiencia y agilidad de una hábil matarife. Los hermanos Wright eran las gallináceas del primer vuelo del siglo XX comparados con cualquier ave, incluso, los pesados pavos del *thanksgiving*. Para un ave el vuelo era una religión. No todos concebían el sentido de la fe que impulsaba a los pájaros a realizar los grandes milagros del vuelo y sus normas secretas para lograr vencer la gravedad: pesar menos que el aire. A veces, me despertaba a medianoche en la cama y encontraba a Marcela asomando toda su humanidad desnuda por el balcón de un décimo piso, para sentir la inexistencia del peso que puede tener la vida en el aire. Un pájaro siempre era una forma frágil y palpitante, envuelta en un pequeño corazón de plumas asustado en lo alto de la cornisa de un edificio derruido, temblando de miedo. Qué podía sentir un pájaro que estaba en las alturas, suspendido entre las nubes. "Se estaba bien allá arriba, seguramente", si uno lograba deslizarse en las termas de aire caliente que se formaban en suaves tolvaneras de polvo y que

luego ascendían en círculos de vapor muy caliente, permitiéndole permanecer durante un largo tiempo en las alturas, planeando de una termal a otra, sin las preocupaciones normales de la vida pedestre y bajo la mirada inquisitiva de las aves de rapiña que reinaban en las alturas y que no aceptaban a ningún intruso que violara su espacio aéreo. Como si las fronteras del aire tuvieran alguna importancia para un hábil equilibrista de las nubes; alguien que había logrado sortear las trampas de los vientos contrarios, los flujos de las mareas mareadas, la adversidad que mordía los tobillos hasta hacerlos sangrar. Los pájaros estaban por todas partes. Pero lo más importante, no era el choque de las plumas contra el cielo, ni los aleteos desesperados estrellándose contra los barrotes de la jaula. Todo terminaba siendo siempre una oscura cárcel de piedras mohosas y altos muros descoloridos, ceñidos a la tierra de donde no se podía escapar, sino con la ayuda de las pesadas alas de cera que nos conducirían hacia una sospechosa libertad. Huir siempre era una opción, huir o morir en el intento; aunque afuera tampoco se era libre. La libertad no era un ínfimo espacio del cielo, ni una pregunta sin respuesta al enigma sin solución que planteaba la famosa esfinge; algo que tan sólo podía conquistarse elevando el vuelo hacia las zonas más altas y frías del espacio, donde era difícil respirar. La libertad no era una opción, incluso, para un ave que alcanzaba su mayor altura de pensamiento en el cielo, al lado de los ángeles y serafines, para luego dejarse arrastrar por un viento que la llevaría dando tumbos hacia nuevos territorios o nuevos espejismos que brillaban sus pálidos reflejos en un vasto horizonte de estrellas

sombrías. La caída —tarde o temprano— siempre era inevitable. Esa noche, una de las tantas que vivimos en el interior del nido, Marcela, vino hasta mí en silencio, se había puesto el traje ritual de pájaro como si estuviera a punto de revelar uno de sus secretos más sagrados. Bajo la luz de la lámpara me pidió un juramento de silencio y olvido antes de descubrirme su más preciado tesoro. Sacó una de sus viejas maletas de cuero y la abrió sobre la cama para mostrarme, por vez primera, para mi asombro, los restos de la vieja garra envueltos en tules. Era del tamaño de una mano abierta y aunque había perdido uno de los dedos, podían observarse las uñas, afiladas como navajas, sobresaliendo varios centímetros de los dedos largos y amarillentos. Marcela se acercó hasta mí y me abrazó largo tiempo.

—Cuentan los viejos chamanes de la selva que, "quien posea el *Diario*, también poseerá la garra, porque son todo y una." —abriendo la vieja tela polvorienta sobre la mesa como si extendiera un fragmento de la noche con una oscura y extraña reverencia.

—Recuerda que eres uno de los nuestros, aunque aún tengas dudas. No estamos aquí por casualidad o azar. Vinimos a buscarte.

Marcela se había transformado, acercó la garra en alto, y con un rápido movimiento me hizo un pequeño corte en el brazo. La sangre brotó de inmediato, roja y viscosa.

—Jura que estarás conmigo para siempre.

—Jura que estarás conmigo aunque me vuelva loca —me dijo, mientras se abalanzaba sobre mí como un ave de rapiña.

Yo juraba sobre su sexo de pájaro herido, juraba sobre sus pechos apuntando a la luna, juraba sobre la sangre que brotaba de mi brazo y que ella lamía con fruición.

Cerré mi mano alrededor de la extraña pieza del pasado, calibrando su peso, mientras acariciaba las cicatrices que había dejado olvidada la muerte en cada una de las articulaciones que tenía consigo un largo memorial de historias, de las que yo, de ahora en adelante, comenzaba a ser parte.

La posesión de la garra le dio un giro inesperado a nuestras vidas. Durante un tiempo no supimos qué hacer; permanecimos callados y abstraídos del mundo. Nos alejábamos de todo lo que pudiera ser una molestia o una intromisión en nuestros estudios sobre las aves, siempre volando de un sitio a otro, buscando lo que nunca podríamos encontrar. «Black bird singing in the death of night». No queríamos nada que distrajera nuestra atención del estudio sistemático de los pájaros. Ahora centraba la mayor atención de mi estudio en la garra, que mantenía a mi lado, acariciándola en las horas serenas de la madrugada cuando todos dormían y nadie podía sospechar de las intensas transformaciones que, en secreto, se gestaban en mi interior. Subí a la azotea —armado con la poderosa garra— para probar su efectividad sobre los muebles polvorientos de cuero que, finalmente, mostraron sus vientres abiertos rellenos de paja y aserrín. Corté el aire de la noche con la garra, haciendo un movimiento circular que semejaba el paso infinito de las horas enroscándose lentamente sobre el muro de ladrillos como una serpiente emplumada.

La sangre en sacrificio

12 de marzo de 1984

No era fácil el manejo de la afilada garra para un hombre común que sólo había ejercitado su intelecto en sobrevivir en la gran ciudad con un modesto sueldo de bibliotecario y en pasar inadvertido por la vida como una sombra; pero poseerla daba una insospechada sensación de bienestar y seguridad. Marcela me había adiestrado en los golpes que propinaban las aves de rapiña cuando cazaban en las noches, pescaban en los profundos ríos, o se enfrentaban a otras haciendo maniobras acrobáticas en pleno vuelo mientras dirigían las garras hacia su oponente. Practicábamos hasta bien entrada la noche, cuando todos los vecinos se habían ido a dormir. Subíamos a la azotea y nos ejercitábamos en silencio, durante horas, haciendo movimientos sencillos de ataque y defensa que imitaban las batallas aéreas de los grandes pájaros. La lucha entre ellos solía ser a muerte. No había piedad con los vencidos, ni con los débiles; pero también sabíamos que todos terminaban, tarde o temprano, convertidos en presas, carne de carroña para otros que los devorarían en los vertederos de basura, hasta dejar sólo un puñado de huesos y plumas descomponiéndose a la intemperie. Poco a poco adquiría las destrezas necesarias en el uso de la garra.

—Para un ave lo importante es la sorpresa, llegar sin ser vista —decía. Nadie presiente la muerte hasta que la tiene encima como una turbulencia de plumas y garras.

Nadie veía venir a los grandes pájaros que aparecían de la nada oscura y caían silenciosos sobre sus presas, con una precisión milimétrica que les daba el rostro de plumas redondeado, imitando a la luna entre el laberinto de ramas y hojas que cruzaba como un fantasma. Lo demás era historia: los huesos de tantos animales regurgitados y convertidos en polvo y materia orgánica que se petrificaban en los grandes nidos abandonados en la cima de los árboles.

La garra comenzaba a cernirse sobre nuestras precarias vidas. Al principio, salíamos por las noches a probar su filo contra pequeños animales de la calle a los que nadie extrañaría. En un tiempo habíamos diezmado a la población de perros y gatos callejeros con el manejo efectivo de la garra. Todos los animales huían asustados cuando nos sentían llegar a la plaza. Pero ahora, sin siquiera darnos cuenta de que la idea ya había madurado en nosotros a lo largo del tiempo, comenzábamos a pensar en la posibilidad de una presa mayor. De allí a tomar la decisión de cazar animales de dos patas sólo había un paso, una pequeña frontera que cruzaríamos sin asco, indiferentes a la sangre que derramaríamos durante el sacrificio.

II

La garra hizo un movimiento imperceptible y en una fracción de segundos cortó el cuello del hombre, que no había tenido tiempo siquiera de darse cuenta de que ya

estaba muerto y de que toda esa sangre regada en el suelo era la suya. Después se dirigió —veloz e inescrutable— hacia el otro, que se había quedado inmóvil, paralizado de pánico, admirando abismado el color púrpura de sus vísceras, luego de que las afiladas uñas lo abrieran en canal, separando sus órganos a un lado y otro como en la pesa de una carnicería local. El tercer atracador corrió endemoniado, gritando en la noche, enloquecido de miedo, cuando vio derrumbarse a sus compañeros heridos de muerte, ensangrentados, sobre el césped de la plaza vacía. La garra tenía una extraña sed de sangre que era difícil de controlar. Pero quién desea controlar sus instintos. Una vez que las cosas comienzan no se pueden detener. Los instintos de un pájaro eran razones serias: cazar y atravesar con su afilado pico a los diversos animales que le servían de sustento; apretarlos, casi hasta la muerte, y destazarlos con las fuertes garras que desmembraban el cuerpo en pedazos mientras le robaban el último y desfallecido estertor. Al principio sólo fueron vagos e indigentes a los que encontrábamos dormidos, en el sopor de la droga, bajo el arco sombrío de los puentes, entre la basura y los escombros de las viejas construcciones. Ni siquiera sentían el silbido de la garra sobre sus cuellos, cortando el viento, que los golpeaba una y otra vez. Sólo veíamos con extrañeza como pasaban del sueño de los hombres al sueño de la muerte. Luego repartíamos las partes entre toda la gente pájaro que se había acercado atraída por el olor de la sangre. Nunca dejábamos restos que pudieran delatar nuestras depredaciones nocturnas. Cubríamos todo sin dejar la menor huella. Miles de personas

desaparecían todos los días en todas las grandes ciudades del mundo; los familiares colocaban avisos clasificados en los periódicos buscando el paradero de seres queridos que un buen día se habían desvanecido de la faz de la tierra. Nunca reparábamos en los rostros de los desaparecidos cuyos retratos aparecían cada semana en los periódicos. Pensábamos que era absurdo saber quiénes eran, o qué cosa hacían. Eso sí, preferíamos a los jóvenes, cuya tierna carne era un delicado manjar para un pájaro hambriento. Pero, inclusive hasta para un pájaro, nada dura para siempre y la provisión de vagos se había marchado a otro sector de la ciudad, aduciendo que en la plaza y sus alrededores la gente desaparecía como por arte de magia. Los transeúntes sólo alcanzaban a ver el reguero de plumas dispersos sobre la calzada, cubriendo un gran agujero por donde avanzaban las hormigas, del mismo modo que feroces cazadoras cayendo sobre la gran mancha de sangre diseminada sobre el campo de batalla.

Cuarto menguante

30 de marzo de 1984

La garra transformaba todo lo que tocaba, mostrando su lado oscuro de luna en tinieblas, cuarto menguante en apuros para aquellos desprevenidos e insensatos seres humanos que todavía eran capaces de deambular por las calles solitarias cercanas al parque después de la medianoche. Nos encargábamos de seguirlos en silencio, escondiéndonos detrás de los muros y de los gruesos troncos de las ceibas a lo largo del amplio corredor de la plaza desierta, aguardando el mejor momento de acercarnos y saltar sobre las desprevenidas víctimas que no atinaban a comprender lo que les estaba pasando. Una vez escogida la presa nos aprestábamos a degustar la oscura y roja carne, los músculos elásticos, jugosos y tiernos, los duros tendones que picoteábamos hasta dejarlos limpios y blancos. A veces, los más incautos, se detenían a encender un cigarrillo durante el paseo nocturno, sin sospechar siquiera que se fumaban el último cigarrillo de sus vidas, el deseo final de todos los condenados a muerte, mientras eran acechados por grandes ojos de búhos que los observaban desde la oscuridad más profunda. En raras ocasiones aparecía un viejo mendigo desprevenido que sacaba —tarde en la noche— a pasear a sus flacos perros para que se frotaran sobre la hierba. Los animales lucían nerviosos. Olían el viento frío y sabían que algo no estaba bien. No era un olor conocido, pero el viento diseminaba el

aroma por toda la plaza. Mantenían sus orejas alertas a la espera de escuchar el más mínimo ruido que traía la noche desde los edificios cercanos, pero los pájaros éramos tan silenciosos, que nadie podía advertir los signos de la cacería, o cuando lo hacían, ya era demasiado tarde. Nos dábamos un gran banquete con los canes que aullaban, lastimeros, antes de recibir el picotazo mortal que los llevaría al más allá, o tal vez, al más acá del cielo de los perros. Al viejo lo dejábamos de último, para que los más jóvenes se ejercitaran con sus restos. Éramos una pequeña comunidad bien organizada que intentaba sobrevivir a toda costa. La garra nos unía en una causa común. De día éramos ciudadanos ejemplares que contribuíamos con nuestros esfuerzos a minimizar el caos y la anarquía que reinaba en la ciudad, pero en la noche, salíamos a darle rienda suelta a nuestros instintos. Nadie hubiera podido sospechar que detrás de nuestra modesta apariencia de bibliotecarios, grises y polvorientos, igual a las tumbas donde crecía la mala hierba, se ocultaba la sombra de un feroz pájaro que rodaba aparatosa sobre el polvo de la calle, bajo el golpe certero de las hachas. Al amanecer, cuando habíamos limpiado los restos de nuestra opípara cena, desaparecíamos entre los edificios grises y las avenidas vacías que se dibujaban bajo los primeros rayos de luz del nuevo día. Regresábamos al apartamento, corriendo entre las calles desiertas que todavía olían a los recuerdos de la noche anterior. Así vivimos durante un tiempo una vida que se hacía interminable, que se multiplicaba en un conocimiento del mundo, frágil e inhóspito. Aguardando en las azoteas la llegada de la

mañana, balanceándonos con nuestras largas piernas sobre colgaderos de alambre que decapitarían a un desprevenido pájaro si tuvieran la oportunidad. La salida del sol cambiaba el rumbo de nuestra existencia. Llegábamos al apartamento apenas a tiempo para darnos una ducha y dejar que las plumas y las manchas de sangre desaparecieran por el hueco de la cañería. Luego, corríamos a marcar la tarjeta de entrada a la biblioteca. Tomábamos el café horrible de la oficina del Gordo y nos reíamos de su humor macabro. Me habría gustado acecharlo una de estas noches, pero todos los pájaros sabían que sólo se acechaba a las futuras presas. Me habría gustado ver el rostro del Gordo demudado por el miedo mientras lo seguíamos entre los edificios solitarios donde vivía, pasar lentamente la garra sobre su cuello grasiento, sólo para que supiera lo cercano que se podía estar a veces de la muerte. El Gordo habría dado para comer varias semanas. Pero nadie liquida a su jefe sin una buena razón. Al principio envolvimos la garra en plástico dentro del congelador, pensando que podía descomponerse y que el olor llenaría las calles aledañas. Marcela se la pasaba metiendo la nariz donde no le incumbía, descubriendo emanaciones secretas hasta en ella misma, todo producto de su paranoia avícola. Más tarde, ocultamos la garra en un falso techo de madera del baño con la esperanza de tomar distancia de su radio de influencia. La garra emanaba una extraña energía que podíamos sentir a distancia. A veces, mientras estaba de guardia en la biblioteca, sentía el impulso de regresar rápidamente al apartamento a constatar que todavía estaba allí, en el cajón de madera

desconchada, oculta de la mirada inescrupulosa de los curiosos, acumulando la fuerza necesaria de un animal dormido durante días para luego despertar en una nueva incursión al mundo exterior. Aguardábamos largas y tediosas noches de insomnio hasta que llegaba el momento justo de salir a la calle y husmear entre los basureros quemados y la larga avenida que se perdía más allá del puente donde se quebraba la luna. Comencé a reconocer a los pájaros que viajaban como yo, ocultos en los últimos vagones del metro. Algo en el movimiento rápido y balanceado de sus cabezas me ayudaba entender que no estaba solo en la ciudad, y que, de alguna manera, quizás sin saberlo, formaba parte de un plan desconocido y secreto que nos deparaba a todos la historia. El sutil movimiento que iba de un lado a otro: fuego en mitad de la noche, fuego de un salto a otro, fuego en el pico encendido, al final las plumas esparcidas en un remolino de hojas golpeadas contra el piso cuando el cuerpo flaco del hombre que parecía un pájaro aterrizaba aparatosamente sobre los árboles cercanos a la casa. Nadie lo invitaba a venir. Él sólo se aparecía como un fantasma senil, lleno de arrugas y viejas cicatrices de guerra, volando en el viento oscuro de la noche, cruzando el mundo como una herida abierta.

Pájaro roto

11 de abril de 1984

Yo era un cuervo amargo, un pájaro ciego salido de la nada oscura, un fantasma converso del abismo. En el principio, cuando los cielos eran los cielos, y no esas gordas nubes grises cargadas de agua contaminada donde nadie se atrevía a volar por temor a un contagio, anidaba en los techos abovedados de las iglesias, abrazado a los ángeles que miraban al mundo con ojos de doncellas perdidas. Yo era un demonio peleando por un lugar en el espacio constelado de los dioses, un ave descalabrada volando de un sitio a otro en busca de un lugar cálido donde cobijarse por un tiempo mientras pasaba la parte más feroz de la tormenta. Uno pensaba que la vida era de hielo, que la mirada se derretía en la luminosidad del paisaje, que el fuego de las calles se consumía en el infierno del verano y nada más. Permanecíamos, pájaros jadeantes por las tardes, aves solitarias durmiendo en los acantilados de los edificios, bajo los últimos rayos de luz. Después venía la noche, la oscuridad total, el tránsito al sueño que aguardaba sereno bajo las almohadas a que recostáramos las cabezas para decapitarnos la atormentada razón y enviarnos de vuelta al mundo de las sombras. Ser pájaro era un asunto delicado en estos días. Volar sin brújula sólo les estaba permitido a los más expertos, los que habían desarrollado a tal punto la intuición que siempre regresaban a casa guiados por las estrellas más lejanas. Pocas veces perdían el rumbo, hasta que

un buen día, un mal viento, una brisa llena de presagios, los arrastraba hacia lugares inhóspitos y desconocidos que nunca habían visitado, y donde cualquier ciudadano de la tierra o del aire podía terminar aniquilado o golpeado por las bandas de niños salvajes que mal vivían en los suburbios de la ciudad. Ir y venir entre las olas de un viento sucio, amarillento, saltando de un semáforo a otro, sobre el asfalto negro, bajo los cúmulos pedregosos que oscurecían el cielo de la ciudad y que se elevaban como grandes globos flotando en mitad de la tormenta, cargados de lluvia y de rayos siniestros. Yo era un saco de huesos arrojado al río, hundiéndose sin remedio en la corriente de la noche, una luna colgada del cerrojo de una puerta lejana que sonaba como cascabeles cada vez que el viento la abría de par en par. Yo era tantas cosas y ninguna, un viento oscuro arrastrándose entre las hojas, un rayo de luz en mitad de la nada más oscura. Yo era el centro y la dispersión, pájaro en la balanza de la vida que sería llevado al mercado por la mañana para ser desplumado, pesado y destazado frente a un grupo de señoras que contemplaban, en este nuevo simulacro de los antiguos circos, pero sin la piedad de sus años, esta pequeña masacre a la que nos enfrentaba la vida cotidiana: carne fresca vendida al mejor postor.

Pájaros somnolientos

29 de abril de 1984

Nos habíamos sumergido en el estudio de fragmentos apócrifos del *Diario de la gentepájaro* que Marcela había copiado de diversas lenguas y reunido con mucho celo a lo largo de innumerables expediciones a la Amazonia venezolana. Poseía uno de los registros más impresionantes de aves que jamás hubiera visto en mi vida. Poco a poco, al paso de los días, íbamos recuperando las claves del *Diario,* descifrando las historias a través de largas sesiones de iniciación que Marcela había documentado y grabado de los viejos chamanes en las comunidades más remotas de la selva. Sabía que había convocado a una fuerza mayor que ni ella misma estaba segura. A veces se internaba por un laberinto de grandes hojas que sudaban una savia blanca y lechosa durante las ceremonias sagradas de iniciación que repetía una y otra vez hasta el cansancio, cuando los pájaros podían volar muy alto y luchar contra los espíritus divinos del aire y de la tierra, que yacían ocultos en las raíces de los árboles, extendiendo su geografía de sombras alargadas sobre el verdor del bosque; la menuda caligrafía tallada a cuchillo sobre los troncos, escritos con dibujos de hormigas y lagartijas que ayudarían a comprender con mayor claridad el verdadero sentido de las cosas del mundo que se movían apresuradamente frente a sus ojos. La posesión de la garra no nos excluía de su venganza y de tener entre las manos un secreto que había permanecido oculto durante

siglos. Quién podía revelar el verdadero rostro de los pájaros que se alejaba en la noche de los tiempos de la mano de Dios; sólo quien los alimentaba los enjaulaba al mismo tiempo; así permanecí allí, a su lado, ayudando en los momentos difíciles, acunándola entre mis brazos, salvándola del mundo exterior cada vez que se perdía en el torcido laberinto de la realidad, o cuando el peso de la culpa la arrastraba por las calles abandonadas de la fe y los milagros; retraída del instante preciso en que vivía, o moría, retraída de la vida que se movía alrededor, picoteando el pasto de los verdes prados, las tiernas semillas de los campos, cual pájaro rumiante que observaba pasar la vida y la despedía con un silbido, abandonada al sueño y sus misteriosas revelaciones. La vida que cruzaba la calle como un fantasma: etérea, volátil, dejando un halo triste de miseria alrededor. Donde pongo el ojo pongo la pluma, donde pongo la pluma pongo el plomo. No podía sino defenderse de la vida y protestar contra sus arbitrariedades. Tomar la delantera antes de ser golpeada por el tren ruidoso de la vida que llegaba a cualquier hora y desde cualquier estación, sin respetar horarios ni andenes; arrollándolo todo, entre el humo y la niebla de la mañana que subían al cielo lleno de pájaros somnolientos. Qué paisaje se veía desde el vagón antes de entrar al túnel: el antiguo caserón de un viejo presidente, escondido entre la maleza, la verja rota y polvorienta de una iglesia abandonada, los rieles enterrados de un tranvía que habían desaparecido para darle paso a una calle de inmigrantes. Avanzaba tratando de aferrarme a la vida, buscando un rostro conocido entre la multitud, una esperanza; pero por más que miraba tratando

de reconocer unos ojos amables, un rasgo familiar o amistoso, alguien que me reconociera aunque fuera por un instante, sólo para saber, unos segundos después, que había sido un nuevo error que trataba de enmendar frente a un desconocido. Al final, recibía el trato justo del cuchillo del carnicero que no se demora en el castigo y que siempre había esperado por el camino del arrepentimiento de los demás, no para seguirlo, sino para evitarlo a como diera lugar: *last, but not least*; el trato amable que sólo podía serle otorgado a un condenado a muerte como un gesto de modesta cortesía y conmiseración al final de sus días. Entonces, una buena comida traída de algún restaurante de la ciudad, preparada especialmente para la ocasión; como para morirse de la risa, como si alguien que va a morir en cuestión de horas pudiera ingerir algún tipo de alimentos antes de enfrentarse a la muerte. No quedaba otra cosa para después, no había otra palabra que decir, sólo aferrarse al último segundo antes de que todo desapareciera por completo. No existía la idea de un mañana, otra vida que soñar, o un leve impulso que alimentara futuro. El mundo se desvanecía frente a los ojos. La idea de otro mundo por venir lo aburría sobremanera, ya era suficiente con éste. Sonreía en silencio para sí mismo; ni más ni menos, abandonado a la total indiferencia que otorgan el paso y el peso del tiempo. Suplicaría al final, o sólo se quedaría mirando la corriente eléctrica, el rayo azul del alto voltaje que lo freiría inmóvil, hasta que el brillante fogonazo lo arrastrara por un campo luminoso de estrellas eléctricas hacia el más allá.

Notas para un viaje sin retorno

14 de mayo de 1984

Cuando los empleados comenzaban a marcharse, la Biblioteca adquiría su verdadera dimensión de culto mausoleo del pasado, escuchamos —con el debido asombro y respeto por lo desconocido— el sonido palpitante de un paraguas golpeando con un ritmo monótono de aves sobre el piso de granito, la sombra blanca del anciano que cruzó frente a nosotros en dirección a la oficina del director. Aquella figura avanzaba de manera solemne —con el desconcierto del pasado— por la nave central. El viejo hizo un breve saludo frente a nosotros cuando desaparecía detrás de la puerta que daba a las oficinas del Gordo. Su rostro, blanco y manchado, quedó retratado por unos segundos bajo la luz de los ventanales por donde asomaba el atardecer como un fantasma montado sobre un caballo blanco, lechoso, invisible, como si el mundo pudiera corromperse más allá de los huesos. Durante un tiempo, que se nos hizo eterno, la conversación de los dos hombres, encerrados en la oficina, giró sobre un solo punto: una expedición a la Amazonia venezolana. El viejo inglés tenía las credenciales de un acreditado antropólogo del Museo de Ciencias Naturales de Edimburgo y había venido con la intención de organizar una expedición científica al Alto Orinoco con el fin de recopilar información sobre los mitos primigenios de las comunidades indígenas. Por lo demás, era también un destacado

ornitólogo, capaz de reconocer a un pájaro por las destrezas de su canto. Afuera todos se habían marchado. Marcela y yo nos quedamos en la oficina pensando que el destino era una caja de acertijos, y que bastaba equivocarse una vez, para andar errando el resto de la vida. Aguardamos un poco más de lo acostumbrado, a la espera de que el viejo se marchara. Mientras tanto, la tarde se había convertido en una noche serena y tranquila, que se adhería a las cosas como un polvo antiguo y gastado que cruzaba afuera, más allá de la plaza vacía. El viento arrastraba una calina gris y seca que provenía de las montañas. Pero ninguno de nosotros quería marcharse sin saber el resultado de aquella entrevista repentina y fuera de toda rutina. Al final, cuando el viejo inglés se marchó con una reverencia parsimoniosa, nos escabullimos dentro de la oficina del Gordo, que fumaba un habano sentado en un viejo mueble de cuero donde solía dormir la siesta. Vio nuestros rostros expectantes y se dio a la tarea de relamerse como un gato los bigotes de su pequeño poder. Después comenzó a reír entre dientes, como si alguien le hubiera jugado una mala broma.

—Maldito viejo. ¿Lo vieron? Parecía, más bien, una rata almizclera —pronunció. Viene con una carta del Ministerio y se sienta a decirme qué hacer. Estuvo aquí porque necesita la ayuda de un antropólogo y de un investigador de la Biblioteca que se limiten a llevar un diario detallado de la expedición que se propone realizar a las cabeceras del Orinoco. El resto del equipo son extranjeros y locales de la zona. Por lo demás, hay muy buena paga por los servicios y

yo mismo me habría propuesto, si el volumen me lo hubiera permitido. El Gordo nos miró por un momento como si fuéramos sus hijos tontos y tarados perdidos en combate.

—Mi espíritu de aventura pesa demasiado para un viaje de esta naturaleza, pero los he recomendado ampliamente para unirse a la expedición —nos dijo, con un tono más serio y reposado. Marcela lo abrazó y le estampó un beso en la mejilla.

—Saca de aquí a tu mujer, antes de que me arrepienta —dijo, fingiendo molestia. No hay peor cosa que una mujer agradecida, barritó con una carcajada.

—¡Largo de aquí! —finalizó.

El sueño del Centauro

23 de mayo de 1984

Con el tiempo nos fuimos acostumbrando a la presencia del viejo Charles todas las tardes cuando llegaba al Departamento de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Central, puntual como las lluvias de verano que oscurecían el cielo anunciando desastres y calamidades en la ciudad. Todos los días, a la misma hora, escuchábamos el sonido —seco e impreciso— del paraguas golpeando sobre el piso de granito. Pasaba frente a nuestro escritorio y saludaba en silencio con un breve movimiento de cabeza que le daba un aire aristocrático, pasado de moda, arrastrando los zapatos mojados que dejaban un rastro de humedad de caracol mientras se dirigía a una de las pequeñas oficinas reservadas para los investigadores extranjeros. Luego se deshacía del sobretodo húmedo sobre un perchero de hierro que se oxidaba junto a la ventana y solicitaba los mismos libros que la misma empleada le llevaba todos los días con el mismo desgano de siempre.

—Maldito viejo baboso —se había acostumbrado a decir la mujer todos los días—. No hace sino mirarme el culo. Lo creerá una reliquia antigua. Cada vez que doy media vuelta lo encuentro mirándome con lascivia. Pero aunque el viejo Charles ni siquiera reparara en su existencia, ella habría dicho lo mismo. Ya se sabe lo que es la fuerza de la costumbre en estas latitudes todo sucede por una condición de inercia.

También nos acostumbramos a lo que no posee existencia propia y degenera en hábito, en repetición, en moda.

El trabajo del viejo Charles era de una rutina insospechada. Pasaba tardes, días enteros, transcribiendo las obras de un grupo de cronistas anónimos sobre el Nuevo Mundo; historias, por lo demás, a las que era difícil darles algún crédito, o sacarles algún provecho desde el punto de vista de la valoración científica. Más allá de los cartapacios polvorientos donde el tiempo y la polilla se habían detenido para dar paso a un nuevo orden de ideas que transformaba las viejas y herrumbradas concepciones de la historia del mundo, se adivinaba una pasión desmedida por lo oculto, lo desconocido, aquello que yacía enterrado entre las páginas amarillentas, olorosas a alcanfor y a papel de seda, aquello que no decía ni se mostraba a las primeras de cambio. Detrás de cada libro, de cada frase robada a la eternidad de las bibliotecas —apacibles como mausoleos— siempre había la sombra de otro libro por descubrir. A Charles le gustaba el olor de los libros viejos: un olor indeterminado, a descomposición, a humus, a detritus vegetal, como si la presencia viva del árbol todavía pudiera estar presente en las palabras, en la tinta olorosa de lo que allí fuera escrito para el ocultamiento y el silencio. Sabía que toda lectura era cifrada, que todo código una máscara para el equívoco y la soledad. Y que sólo se podía respirar fugazmente la esencia de sus flores cuando se abandonaba toda pretensión por entender. Pero esto no lo había aprendido de los libros que lo habían acompañado durante toda su vida, ni del estudio de la filosofía, sino de una

minuciosa observación de la naturaleza que percibía cada vez menos humana.

Más tarde descubrimos que el viejo Charles venía contratado por un museo de ciencias naturales del Reino Unido y que era un erudito en zoología e historia antigua. Ninguno de nosotros se atrevía a molestarlo con quejas o con preguntas sobre su trabajo cuando cruzaba el largo corredor de mayólicas para desaparecer entre los jardines de palmeras de la Biblioteca en dirección al centro de la ciudad al igual que el viejo centauro de una mitología perdida que desafiaba al mundo moderno, o lo que quedaba de él, cuando el destello luminoso del río que cruzaba la ciudad se apagaba junto a la luz rojiza y agonizante de la tarde. Algunas veces me di a la tarea de seguirlo a cierta distancia por simple curiosidad, tratando de no ser visto, cuando abandonaba las amplias caminerías de cemento donde crecía una hierba amarillenta, sin vida, para luego perderse más allá de la larga avenida que se desvanecía entre las luces —llena de ruidos y de vendedores ambulantes— y que cruzaba la ciudad de un extremo a otro. Lo veía llegar hasta el parque de los museos y sentarse en un banco de madera durante horas hojeando un viejo libro que siempre cargaba consigo mientras, por efecto de algún artilugio secreto, las palomas grises de la plaza comenzaban a reunirse a su alrededor esperando que el viejo les arrojara algunas migajas de pan que siempre guardaba luego del almuerzo. Era un viejo solitario y flaco como el mástil de una antigua embarcación encallada en una playa desierta. Era un viejo que aguardaba y nada más a que la blancura de la

muerte llegara una tarde tranquila —semejante a ésta— y lo guiara despacio, en silencio, por un mundo lleno de ruidos que había perdido todo interés por las verdaderas preguntas, por el enigma, hasta que un buen día los signos de la vida se iban apagando y el viento sobre los árboles de la plaza traería un ruido de hojarascas sobre la hierba húmeda; en ese momento, sin mediar otra condición, él recibiría el presente que le había sido otorgado junto con el nacimiento: el frío abrazo que lo sujetaría firmemente contra el pecho cansado y que lo hundiría poco a poco en el abismo insondable, en la calma absoluta. A sus años sabía que toda muerte era una grata espera. El viejo Charles no apareció durante el resto de la semana por la biblioteca. Todos estábamos extrañados por su ausencia. La misma empleada que llevaba los mismos libros a la misma oficina. «Maldito viejo baboso», repetía hasta el cansancio con la nostalgia por las cosas perdidas. El gordo nos llamó a su oficina y nos encomendó la tarea de investigar la dirección del viejo. Esa tarde, después de llamar a una docena de números telefónicos, fui con Marcela hasta un pequeño hotel en el centro de la ciudad. La mujer de la recepción estaba dormida junto a un tiesto de flores polvorientas. Preguntamos por el viejo Charles y la empleada nos dio el número de la habitación. Subimos los siete pisos en un viejo ascensor de madera, hasta que se detuvo y salimos a un estrecho y oscuro pasillo mal iluminado con un olor insoportable a animal muerto. La última claridad de la tarde llegaba difuminada a través de una luneta en el techo. Cuando por fin llegamos, rodeando una escalera de balaustres que conducía a

la azotea, no tuvimos ni siquiera tiempo de tocar a la puerta. El viejo Charles estaba allí, sonriendo a contraluz, semejante a un antiguo dios nórdico, el rostro pálido y ausente, medio desnudo, delgado y blanco, ajeno al mundo que lo había engendrado como a un viejo caballo ciego que corría atropelladamente rumbo al matadero.

«Lasciate omni speranza», murmuró el viejo con una sonrisa antes de cerrar la puerta detrás de nosotros con un oscuro aldabonazo que resonó en todo el edificio, en toda la cuadra, en toda la ciudad y que hizo temblar toda la vetusta estructura donde se sostenía la arquitectura del mundo. Un antiguo y acerado frío de navajas me recorrió la espalda.

II

El viejo siempre había vivido solo desde que tenía memoria. Había transitado por tantas habitaciones, por tantos pequeños apartamentos desde su época de estudiante en Europa que todas terminaban siendo lo mismo. Una ciudad era todas las ciudades, si uno la había poseído realmente, una ciudad era cualquier ciudad: sus torres ennegrecidas, sus plazas maltrechas y llenas de agujeros, sus edificios malolientes donde deambulaban los mendigos y las palomas que luego servirían de alimento, un lugar apenas donde dormir y cubrir las necesidades básicas de la existencia. Le gustaba esa forma de anonimato que ofrecían las grandes urbes anacrónicas y caóticas. Ver pasar la vida de los otros a través de

la ventana como un celaje o una sombra que se aleja durante el crudo invierno mientras el viento y la escarcha se arremolinaban afuera en la calle, entre el tráfico y la manchas de gasolina sobre el asfalto; ver transcurrir el movimiento de las cosas, su ligero brillo de escamas en la oscuridad que iba apagándose bajo la nieve amontonada en las esquinas, cada vez más sucia. Luego de alcanzar su grado en Historia Antigua vino una época de errancia por Europa, buscando una hendidura en el mundo antiguo por donde colarse, pero el mundo antiguo estaba clausurado desde hacía tanto tiempo, muerto sin ambages, enterrado hasta sus cimientos de flores disecadas y polvo ilustre. Fue entonces, cuando regresaba de ese largo periplo de monotonía y abandono que, finalmente, encontró trabajo como investigador de un pequeño Museo de Ciencias Naturales en Edimburgo. Aquellos fueron días agitados y turbulentos que logró compensar con una gran dosis de paciencia y autocontrol. Su interés por la zoología vino más tarde durante una exposición de aves exóticas de la Orinoquia. Sin saber por qué comenzó a interesarse por ese mundo de pájaros que lo aturdían con sus llamados sonoros durante las horas más tranquilas de su trabajo. A veces, al final de la tarde, inspeccionaba las grandes jaulas que habían sido instaladas en un bosque adyacente al Museo, cercano al mar, cuando la fría brisa marina soplaba sobre la costa y la actividad de las aves era mayor que de costumbre. Había pájaros de todos los tamaños y colores, desde diminutos colibríes escarlata que brillaban entre las hojas afelpadas, hasta jóvenes arrendajos que se movían con gracia entre las

sombras de las altas copas. Las grandes guacamayas herían el aire con su canto estridente, los tucanes volaban enloquecidos de un lado a otro y él les respondía imitándolas, copiando la tesitura melódica del canto, el batir colorido de las alas, la posición de ataque o de defensa que adoptaban sobre las ramas quebradizas contra un mundo hostil mientras buscaban al intruso responsable de tanto alboroto. Por las noches las jaulas quedaban silenciosas, las aves se recogían en lo más alto de los árboles hasta que el grito exasperado del viejo Charles llamándolas con su canto venía a despertarlas. En ese momento se armaba de nuevo un ruido endemoniado de pájaros salvajes volando en la oscuridad del bosque de un lado a otro, chocando contra las jaulas y batiendo las alas desesperadas contra la fina malla metálica. En la mañana los empleados recogían un montón de plumas del suelo y algunas pequeñas aves que habían sucumbido a los ataques de la noche anterior. Con la salida del sol veían avanzar la mancha oscura de hormigas que llegaban por todas partes y comenzaba a devorarlos en silencio. Sólo un ligero temblor de plumas sobre la hierba húmeda del bosque daba cuenta del final de la historia. Un día, más frío que de costumbre, estuvo trabajando toda la mañana en la lectura de un antiguo texto de cetrería, sin percatarse del silencio que envolvía al Museo como una campana de cristal. Le pareció extraño no escuchar los pájaros durante todas las horas de la mañana. Cuando finalmente se acercó a investigar, descubrió que las finas rejillas de las jaulas estaban rotas y cubiertas de plumas ensangrentadas. Fue entonces cuando vio, sobre el aire

helado de la ciudad una bandada de aves coloridas girando en la vaporosa bruma de la mañana: loros, guacamayos, tucanes, conotos, colibríes cruzando —enloquecidos y perdidos— el cielo gris y lluvioso del puerto en dirección al mar mientras el tráfico de la ciudad se detenía por unos minutos en las calles de los mercados para observar un espectáculo que todo ciudadano ejemplar se negaba a creer. Los pájaros que, finalmente, acabaron ahogados en el mar pudieron darle, por algunas horas, algo de colorido y belleza a la existencia de unos seres tan grises como la ciudad que los vio nacer, hechos a la medida de su espectro grisáceo y de sus chimeneas que exhalaban bocanadas de humo apestoso y cenizas grises como el reino inconcluso donde durante tanto tiempo habían morado sus sueños.

III

Esa tarde, en el antiguo hotel del centro, cuando traspasamos la puerta de la habitación del viejo Charles rompimos, sin querer, el frágil sello de un tiempo perdido que se negaba a desaparecer engullido por las ruinas de otro. Más allá del mundo y de sus calculadas pretensiones de modernidad sólo había un abismo comparable al de la antigüedad, cuando la tierra era plana y estaba poblada de dragones. Charles sabía que lo único plano que había en el mundo era la cabeza de los hombres en busca de un paraíso inexistente. Había visto las frentes chatas y duras como martillos donde

nunca habría podido incrustarse siquiera la sombra de una idea. Al fondo del cuarto una ventana que daba a la calle mostraba el costillar derruido de un antiguo cine desalojado por la municipalidad que ahora habitaban las palomas y las ratas. Las cornisas tenían un sinnúmero de grietas de donde surgían pequeñas plantas que prosperaban bajo la lluvia. Sobre la estructura de fierros oxidados que colgaban de un muro todavía podía leerse su nombre «Capitolio». Charles nos invitó con un gesto a sentarnos y a compartir un té de hierbas verdes que hervía en una vieja marmita de cobre. Sobre una de las paredes colgaba una reproducción de una arpía con las plumas de la cabeza enhiestas.

—Disculpen tanto desorden —dijo en un afectado español, con tono pausado, escondiendo las manos blancas llenas de pequeñas venas azules que ascendían por sus brazos. Si hubiera sabido que venían...habría ordenado que limpiaran un poco, continuó mientras guardaba —con una elegante y rápida maniobra para su edad— debajo de las sábanas, el libro que había estado leyendo. Sin embargo, a pesar de este hecho que, juraría, pasó desapercibido para Marcela, alcancé a leer el título de una obra que me había seguido a través del tiempo como una maldición, una obra que había alterado el curso de mi vida hasta convertirla en algo indescifrable, desconocido y que revelaba el ciclo secreto de la metamorfosis entre pájaros y hombre. Bajo las sábanas malolientes de la cama del viejo Charles reposaba un ejemplar, tal vez el único que había sobrevivido a la destrucción de la antigua edición de las *Memoires d'un fou*.

IV

Al día siguiente, a la hora acostumbrada, el viejo Charles comenzó de nuevo su rutina de investigación en la Biblioteca Central como si no hubiera pasado nada, como si nunca lo hubiéramos buscado por la ciudad hasta dar con su paradero de animal blando, enfermo y receloso. De nuevo volvimos a acostumbrarnos a escuchar todas las tardes el golpe seco del paraguas sobre el piso de granito y la sombra aterciopelada del viejo, envuelta en un traje oscuro gastado por el uso, cruzando el largo corredor iluminado hasta el fondo donde quedaba la pequeña oficina que le había asignado el Gordo. La empleada que le llevaba los manuscritos y libros raros de consulta ahora se deshacía en atenciones y consideraciones sobre su estado de salud que no venían al caso y que podían curarse, según ella, con una receta que había permanecido en su familia a lo largo de siglos y que su difunta madre le había entregado justo al pie de la tumba. El viejo Charles se burlaba de todas aquellas historias de elíxires mágicos y pócimas secretas elaboradas a base de hierbas desconocidas, conjuros de amor, brujerías y cosas del demonio que todavía vivía entre nosotros, pero alguna que otra vez los vimos salir juntos, tomados de la mano, y perderse en los pasadizos sombríos de las calles del mercado hacia los hoteles del centro de la ciudad. Con el tiempo aprendimos que la tolerancia hacia los demás de Charles era una sutil forma de desprecio que sentía por el género humano y que sólo se dirigía a todos nosotros como los súbditos de la corona de un

antiguo reino perdido que no merecían la más mínima atención ni reparo. Sólo Marcela era capaz de sentir algo de compasión por el fantasma de un hombre viejo y decrépito que se negaba a morir en un país desconocido y que hundía cada vez más sus blancos huesos de mono albino en el pasado. Los días siguientes quise acercarme de manera casual para saber algo más de aquel libro que Charles nunca abandonaba y que sólo había visto fugazmente durante la breve visita a su habitación, pero que despertaba, más que curiosidad, una dosis de ansiedad sobre el destino de ciertas mitologías de pájaros que habían aprendido a lo largo de muchos años de experiencia los procesos de transformación, los rituales de cambio, las metamorfosis que ocurrían bajo los ciclos de la luna, acercándolos al sino imperfecto de lo humano y que habían sido descritos de forma exagerada y grandiosa por soldados mercenarios pagados con los despojos de un gran botín, jesuítas exaltados por el demonio de la carne y la penitencia, criadores sanguinarios de puercos. A estas alturas del conocimiento científico comenzaba a resultar, definitivamente, ridícula la hipótesis de la existencia de tales sociedades ancestrales documentadas por finos dibujantes holandeses y alemanes que sólo escucharon las historias de terceros en su Europa natal, envueltos en la niebla y la nostalgia de un mundo nuevo a la vuelta de la mar océano que nunca pisarían, porque nunca se embarcarían en una carabela sino en sus sueños de papeles amarillentos y legajos tristes; errando siempre la Rosa de los Vientos, la estrella Polar, la Cruz del Sur que los conduciría al inconmensurable abismo, pero que a su manera

inventaron el imaginario de un imaginario, la muerte de una muerte, el tiempo de un tiempo, el universo de un universo, la mitología de una mitología que estaba por nacer, pero que ahora desaparecía rodeada de flores misteriosas sobre un gran charco de sangre. Habíamos perdido un tiempo precioso de nuestras vidas en las lecturas de diarios apócrifos; sin lugar a dudas, apasionantes —como sólo puede ser el pasado— para descubrir más tarde que nada de lo que allí se decía, nada por lo que habíamos vivido y sufrido a lo largo de estos últimos años era cierto, y lo que era peor, que el maldito viejo se nos había adelantado con una copia traducida del libro de las *Memoires*. Marcela se las ingenió para acercarse con un antiguo tratado de ornitología del siglo XVIII que el viejo revisó con sumo interés y un gusto especial por los grabados de un tal De Vries, para luego susurrarle al oído con malicia: "Sólo verán el libro en la selva..."

Ese mismo día, al final de la tarde, el Gordo nos convocó a una reunión de última hora en su oficina. A nadie le extrañó la presencia del viejo Charles sentado como la figura de un delgado buda inmóvil frente a la ventana. Antes de comenzar a hablar el Gordo sacó una botella de whisky del gran escritorio de caoba y cuatro vasos, mientras nos servía a cada uno iba elaborando el discurso que nos tenía reservado para la ocasión.

—Por fin hemos recibido los permisos necesarios para la expedición al Alto Orinoco y una comunicación del Museo de Ciencias Naturales de Edimburgo avalando la participación de la Biblioteca. Así que pueden sentirse honrados

de haber sido escogidos para la travesía. De aquí en adelante estarán bajo las órdenes del doctor Charles, quien ya había tomado su vaso y regresaba a su lugar en un santiamén. Todos miramos hacia la ventana donde la sombra del viejo se había disipado para unirse a la oscuridad del mundo detrás de los cristales.

—¡Salud! —dijo el viejo Charles desde la oscuridad sonriendo como un espectro. ¡Salud!, respondimos todos al mismo tiempo mientras la noche se deslizaba afuera en silencio como la sonrisa grave y dulce de una cobra.

Carne de gallina

20 de junio de 1984

El río era una cinta oscura vista desde el aire. A ratos desaparecía por unos segundos bajo la espesura de la selva como una anguila metálica deslizándose de un lado a otro y ocultándose en las profundidades del agua bajo un bosque de palmeras —más verdes que el resto— que avanzaba un buen trecho entretejiendo una bóveda de sombras cuadriculadas sobre el lomo negro del cauce. El avión, un Hércules 103 acondicionado para el transporte de pasajeros y carga pesada, hacía un ruido espantoso mientras se mantenía arriba, colgado entre las nubes. Adentro hacía un calor insoportable. Marcela se mantenía aferrada a un duro banco de madera de paracaidistas mientras el fuselaje del avión se movía dando tumbos en el aire caliente de la selva. Trataba de sonreír para darme confianza, pero eso era lo peor que podía hacer en este preciso momento. Volamos durante varios minutos cruzando una llanura inundada y verdosa que se perdía en el horizonte. Veíamos las grandes bandadas de aves elevándose a nuestro paso, arremolinadas en una nube de polvo blanco, despegando desde los árboles hundidos en el río, que se resistían a ser arrastrados por el agua que de costumbre era mayor en esta época de invierno. Intentábamos hablar, pero el bramido hiriente de los motores ahogaba cualquier intento de decir algo. Era mejor abandonarnos al rugido del avión que avanzaba en el cielo, cortando el aire limpio y transparente de la mañana.

A lo lejos, las paredes invisibles de los tepuyes comenzaban a dibujarse como gigantes de piedra que se elevaban y daban sus primeros pasos entre la espesa neblina de las montañas. Volamos siguiendo la sombra oscura y brillante que proyectaba el río debajo del avión. En un momento descendimos tanto que casi podía tocarse el río con las manos. Entonces cruzamos un descampado en mitad de la nada, y como una sombra de vegetación cortada apareció la pequeña pista de aterrizaje de San Carlos de Río Negro. El piloto se alineó y descendió rápidamente sobre la pista de tierra polvorienta donde crecía escasamente la hierba. El avión apagó sus motores y se detuvo frente a la inmensidad de la selva. Todos los pasajeros respiramos aliviados. Cuando bajamos del avión la selva nos saludó con una bocanada de aire tibio que venía desde el río. El pueblo parecía una piedra brillante recién salida del agua. Formamos una larga línea junto a la choza de la Guardia Nacional, mientras esperábamos el equipaje. Había un alboroto inusitado en el poblado, los niños corrían asustados alrededor de la sombra blanca del anciano. Los más pequeños rodeaban al viejo Charles que aguardaba junto a la embarcación, ataviado con un ridículo traje de explorador, algunas tallas más grande, y espantándose las gordas moscas que lo devorarían al menor descuido, con todo y su sombrilla de colores. Algunos niños de la comunidad todavía se asombraban al verlo y se acercaban temerosos a tocar su piel. Luego huían asustados hacia la playa para sumergirse y limpiarse de aquel contacto maligno.

—Es transparente como el demonio —decían. Es transparente como el aire, gritaban los niños que corrían a su paso. A Charles no le agradaban mucho estas consideraciones de los habitantes más pequeños del poblado.

—Pensé que no iban a llegar nunca —masculló entre dientes.

—Vamos, el bote nos aguarda. No se hace esperar a los dioses que guían a las embarcaciones por el curso de las peligrosas corrientes y la buena fortuna.

—Es mala señal la espera —finalizó. Así que sólo nos detuvimos el tiempo necesario para comprar cervezas, cigarrillos y alguna que otra bagatela que vendían en las bodegas cercanas a las márgenes. Marcela compró un collar de *peonías* para alejar a los demonios de la selva y coronar con éxito la expedición. Lo último que escuchamos, luego de partir, fue el canto diligente de pequeños pájaros que nos atormentaban con un ruido infernal en el sopor del mediodía. Poco a poco, —empujados por fuertes palancas—, salimos hacia el centro del río, hasta que uno de los hombres prendió el motor de la embarcación y comenzamos a navegar corriente arriba, hacia aguas más oscuras, que nos alejaron del pueblo en cuestión de segundos. Vimos pasar, frente a nuestros ojos, las últimas casas habitadas y algunas endebles viviendas de palma y troncos que se tostaban bajo el sol del trópico, antes de perdernos en el curso infinito del agua que se quebraba bajo la hélice del motor. Todavía no sabíamos qué había venido a buscar el viejo Charles a estas soledades, como lo bautizamos una mañana con aguas del Guainía,

pero todos buscamos siempre algo, aunque no sepamos con certeza qué. Tal vez la memoria de otros hombres que cruzaron por aquí siguiendo una quimera hace ya muchos años. Navegamos por un río que parecía hecho de una tinta más negra que la noche, hasta que el sol casi se ocultó detrás de la espesa vegetación y tuvimos que darnos a la tarea de acampar en una de las orillas. La selva se llenaba de ruidos ocultos que venían de la espesura y competían con otros bajo los últimos rayos de luz que desaparecían en esa hora en que todas las criaturas despertaban y le dejaban saber al mundo que estaban vivas. Marcela las escuchaba con atención.

—Suenan como un coro de voces solitarias y destempladas que se llaman unas a otras desde la espesura —dijo. De seguro tienen miedo. Uno de los hombres recogió algunas ramas secas y encendió una fogata para preparar carne de chigüire salada con pedazos de una gran torta de yuca que los indígenas llamaban casabe, la cual habían traído con las provisiones desde San Fernando. La algarabía nocturna de los monos en las copas no nos permitió dormir esa primera noche. Ignoraba cómo alguien podía acostumbrarse a tantos ruidos; de pronto, cercanos, a escasos metros de la sombra de la pared verdosa que se elevaba frente a nuestros ojos, y unos segundos después, lejanos, irreconocibles, tan lejos como si proviniera de los más recónditos parajes. Los guías aprovecharon para dormir a pierna suelta toda la noche, ajenos a la nube de mosquitos que se levantaba desde el río y al rugido del jaguar que caminaba en silencio entre los delgados tallos, quebradizos. Esa noche aprendimos

que la selva era implacable con los primeros visitantes. Que no bastaba con ir preparado para reconocer la capacidad de transformación que tiene la belleza en amargura, sino que también podía matar, y que iba, lentamente, minando nuestra capacidad para el asombro y para la lucha sin cuartel como una mosca hipnotizada frente a una araña lobo.

El árbol del cielo

12 de julio de 1984

Nos levantamos al amanecer cuando la selva retornaba a la algarabía de las primeras horas, que llegaba hasta la orilla del campamento, todavía sumido entre las sombras de las palmeras sobre la arena. Arriba los primeros rayos de luz comenzaban a abrirse paso entre las hojas de los gigantescos matapalos que parecían dormidos a la orilla del río. El sol comenzó a elevarse por encima de la espesa alfombra de árboles. Toda la selva parecía despertarse a la misma hora: desde las bandadas de loros que cruzaban en la mañana frente al río como una mancha verde en movimiento contra el paisaje verde esmeralda; hasta las tropas de monos araguatos que anunciaba su paso por la selva con largos y estridentes aullidos que viajaban kilómetros, hasta llegar a una nueva tropa que a su vez respondía. Esa mañana, mientras bebíamos café y recogíamos el campamento, observamos un espectáculo inusual. La figura alta y desnuda del viejo Charles emergiendo del río como un dios rana o un dios lagarto surgiendo de las profundidades. Pasó a nuestro lado, sin vernos siquiera, y se internó en la selva. Llevaba las piernas cubiertas de sanguijuelas. Al rato regresó, listo para la partida. Los pantalones estaban manchados de sangre.

Nada como un desayuno de sangre para comenzar bien el día —dijo, mientras se sacaba los diminutos anélidos con un afilado cuchillo. Cuando eliminó al último de ellos, la sangre todavía corría entre sus piernas.

—Me siento como un donante de la Cruz Roja —nos dijo, mientras caía desmayado en la orilla. A duras penas, lo subimos a la embarcación y continuamos el viaje. Ya en mitad del río, avanzamos contra una corriente tranquila que hacía poca resistencia a los motores. Al fondo de la selva, y entre la bruma fantasmal de la mañana que comenzaba a disiparse en un brillo dorado inundando las espesas ramas cargadas de frutas desconocidas, vimos aparecer, suspendida en el cielo, la inmensa sombra del Autana elevándose como un árbol colosal de piedra sobre la inmensidad de la selva protectora.

Al mediodía, el viejo Charles despertó de su largo y caótico sueño como si no hubiera sucedido nada. Las heridas de sus piernas se curaron tan rápido que ninguno de nosotros llegó a verlas. Al fondo, la gran montaña, con altas paredes de basalto, que vimos ese día al amanecer, lucía como si hubiera sido cortada con un hacha de piedra, que ahora se evaporaba en la lejanía bajo la luz que irradiaba el río: clara y apacible. Ahora el viejo Charles se cuidaba de bañarse en las ensenadas tranquilas, desde que uno de los guías, mientras arponeaba a un caribe de lomo rojizo desde la embarcación, le dijo:

—A veces la selva puede perdonar por una vez a los incautos que no comprenden nada, pero no se confíe. No tendrá tan buena suerte la próxima vez —finalizó, mientras mordía al pez en la cabeza rompiéndole las mandíbulas llena de dientes parejos y afilados como cuchillas blancas. Esta vez la carne se le puso de gallina.

El diablo en el jardín

23 de agosto de 1984

Caminar en la selva era caminar entre las sombras. La luz del sol apenas podía notarse entre los gajos más altos de los palos de rosa que ascendían al cielo a lo largo de una vida de competencias por llegar a la cima, donde los aguardaba un sol radiante y un remolino de nubes deshilachadas y grises. Subían abriéndose paso a lo largo de amplias galerías, entre el denso follaje de enredaderas y epifitas, entrelazados al mortal abrazo de trepadoras que iban lentamente extrayendo el néctar de goma arábiga, la savia, la vida secreta que se apagaba en su interior hasta dejarlos vacíos por dentro, gigantes sin sentido, corazones huecos como cáscaras secas a la deriva en el cielo, y que se precipitaban a tierra con las primeras tormentas que llegaban con el invierno dentro del eterno ciclo de las cosas que no mueren. De pronto en la inmensidad de una selva que no permitía a la luz llegar hasta los estratos más bajos de vegetación, surgían extensas llanuras de hierba rala y amarillenta que morían al nacer y que eran arrastradas hasta los túmulos siniestros de grandes hormigueros que lucían como mausoleos solitarios bañados por la lluvia. A ninguno de los guías le gustaba cruzar por allí. Al contrario, preferían dar un largo rodeo que salir al descampado para alcanzar de nuevo el torbellino de selva del otro lado. Algunos murmuraban entre dientes que si uno observaba con cuidado podía verse el rabo puntiagudo del diablo

escondido entre la maleza, arrastrando hojas secas a su paso con un ritmo siniestro y oscuro haciendo crujir a los minúsculos insectos que estallaban con un ruido sordo en el aire tibio y húmedo de la tarde. A veces el calor era tan intenso que la lluvia se evaporaba en el aire antes de tocar el suelo y llegaba convertida en una densa nube de vapor. Sólo escuchábamos el aleteo incesante y frenético de los grandes pájaros sobre nuestras cabezas, pero no alcanzábamos a verlos, sentíamos sus pesados cuerpos balanceándose en las nubes, entre las ramas más altas. Pájaros invisibles que nos seguían a todas partes como sombras aladas y ciegas. Cruzábamos los jardines del diablo con el debido respeto que se le debe guardar a los muertos. Los hombres se persignaban y murmuraban oraciones antiguas contra el demonio vigilante entre la hojarasca. Marcela tomaba nota de todo lo que veía a su paso: la sombra dormida del jaguar entre los grandes yagrumos, el hilo secreto de miles de arañas que tejían una gran mortaja de seda, las huellas de enormes tapires que cruzaban al descampado bajo la luna; extensos corredores de vegetación que surgían de la nada y que convertían la selva en un espejismo. El rabo del diablo era una lanza de piedra que podía ser arrojada desde la noche más oscura hacia la carne más débil de los hombres. Durante varios días permanecimos allí, como a la espera de una señal que viniera del cielo, pero la gracia del cielo nos había abandonado una vez más. Nuestros sueños eran interrumpidos por el canto intempestivo de miles de grillos y ranas que competían en la oscuridad saltando desde las sombras de la selva hacia las altas hogueras donde

se quemaban en un breve chisporroteo que avivaba las llamas por unos segundos dejando un olor de alas quemadas y cuerpos carbonizados que permanecía en el aire hasta bien entrado el amanecer. Cada mañana la selva lucía diferente, como si el diablo nos cambiara en la noche de lugar: hoy un río, mañana una sabana, luego un bosque profundo de flores exóticas. Despertábamos asombrados preguntándonos dónde apareceríamos al siguiente día, en qué lugar estuvimos ayer, cómo llegamos a estos parajes. Durante varios días ninguno se atrevía a dormir por el temor de ser arrastrado a otro mundo, a otra selva, a otro jardín donde el diablo jugaría eternamente con nosotros mientras el ruido de sus pezuñas sobre la hierba se confundiría con el viento y su afilada cola de animal antediluviano nos clavaría tarde o temprano contra los oscuros troncos de los matapalos. Cuando —más tarde— regresamos al río ninguno de los hombres nos atrevimos a hablar sobre lo que habíamos vivido en esos últimos días. Todos, sin excepción, preferíamos el olvido. Algunos querían regresar a sus poblados, ver a sus mujeres, abrazar a sus hijos, honrar la memoria de sus muertos. Mientras nos alejábamos lentamente con un firme impulso de las pértigas, vimos con asombro como la cola del diablo se movía en un largo y tortuoso adiós despidiéndose desde el más allá y desapareciendo entre las sombras del follaje como una gran serpiente de anillos concéntricos. Todos nos persignamos en silencio y remamos hacia el centro del río donde la corriente era mayor. Detrás sólo quedaba la oscuridad que iba tragándose el paisaje con un largo y afilado mordisco. El diablo

cantaba como un pájaro herido desde la profundidad de la noche, pero su canto era un lamento en mitad de la nada, el bostezo de una sirena ciega.

La cola del pájaro pintado

16 de septiembre de 1984

Comenzamos a navegar casi por inercia. El paisaje del río se repetía todos los días en nosotros como un sueño infinito que nos imponía sus condiciones de existencia. En algún momento del viaje perdimos la conciencia del tiempo y ya no supimos que el curso de la corriente nos había atrapado en su interior para siempre. Remontamos el río adormecidos por el rugido del motor que dejaba una estela blanca y profunda en la oscuridad del agua, para luego desaparecer en unos segundos. El viejo Charles era el único que parecía saber hacia dónde nos dirigíamos. La selva se tragaba nuestro ímpetu, nuestros deseos de acercarnos a esa solitaria orilla que nadie veía más allá de la niebla, entre los manglares. Navegamos durante días que se hacían largos y pesados como paquidermos; días que se sucedían sin tiempo como en un enorme presente que no finalizaba jamás. En las tardes, el viejo manejaba un GPS para saber con exactitud en dónde nos encontrábamos. Cada vez que alguno de la expedición le preguntaba hacia dónde íbamos, respondía lo mismo. «Vamos al Dorado», decía con una voz risueña, pero al mismo tiempo seguro y confiado. Durante varios días —que eran el mismo día— subimos por el río bajo una lluvia que no finalizaba nunca. La humedad nos calaba hasta los huesos, pero una simple lluvia tropical no iba a detener al viejo Charles, ni a la expedición; menos ahora, que estábamos tan

cerca, aunque no supiéramos de qué. Ese día, cuando armamos el campamento en un terreno despejado que se elevaba sobre un cruce de aguas turbulentas, tuve el presentimiento de ser observado desde los árboles cercanos a la gran muralla verde que nos rodeaba por todas partes. La selva estaba llena de ojos sombríos que nos veían cruzar en la espesura. Nos internamos durante un tiempo por un tupido bosque de helechos arborescentes que extendían sus largos y delgados brazos hacia la luz cobriza —siguiendo un curso paralelo al río— abriéndonos paso en la maleza con un machete de campo. El canto solitario de un pájaro que retumbaba entre los árboles nos puso en alerta. Era un canto agudo y estridente que se movía por encima del ruido de las hojas y el viento. Esa noche decidimos acampar junto a un paso de dantas, cuyas huellas frescas y resbaladizas se perdían en el denso follaje. En ese momento, vimos los ojos desorbitados del viejo Charles escrutando hacia el dosel, desde donde caía una lluvia de pequeños insectos blancos que poblaba el aire cercano, envueltos en una nube de polvo blanco que todos reconocieron en cuestión de segundos. Cuando la plaga desapareció —tan pronto como llegó— vimos la cola metálica destrozada de la avioneta suspendida entre las ramas más altas de una enorme ceiba, que elevaba sus fuertes y alargados brazos hacia el cielo, amalgamados a otras enormes ramas que luchaban silenciosamente en las alturas por un poco de espacio. En ese tramo, cerrado por la profusión de tallos y hojarasca, la selva presentaba una profunda herida: los árboles desgarrados por el impacto se habían derrumbado sobre

la alfombra de hojas descompuestas y plantas trepadoras. Los restos de la aeronave yacían desperdigados en un radio de cincuenta metros. El fuselaje seguía arriba atrapado en la parte media del dosel. A veces una leve brisa soplaba sobre uno de los bultos abiertos y una diminuta nube blanca bajaba desde las ramas, ocultas arriba, como una cascada de polvo blanco, humo, cineraria, perico. Charles estiró la mano blanca y huesuda de rata por unos segundos y lamió con fruición.

—Es de la buena —dijo, relamiéndose.

El viejo coordinó la operación y en unas horas logró bajar cincuenta bultos de cocaína que habían desaparecido en una extraña operación. A través de un hábil sistema de poleas uno de los hombres logró subir hasta la avioneta. La nave había perdido una de las alas con el primer impacto, se deslizó entre las copas hasta que chocó y se incrustó en el árbol. El piloto había muerto con el primer impacto hacia algún tiempo, perseguido por aviones de la fuerza aérea que lo habían obligado a estrellarse para evitar los ataques. Nadie se había encargado de reclamar los cadáveres, ni la carga perdida en mitad de la selva.

—¡Aquí está todo! —gritó el hombre desde las alturas. La voz llegaba casi apagada por el bullicioso parloteo de los loros. Vimos descender los paquetes uno a uno y ser alineados sobre el piso de hojas. Durante todo el día nos dedicamos a arrastrar los pesados bultos negros hasta el río, cruzando unos doscientos metros de selva espesa. Cuando colocamos el último de los sacos sobre el falso piso de la embarcación, supimos que nuestra suerte estaba echada. Los

ojos claros del viejo Charles nos espiaban sin odio desde la orilla. Casi se diría que la idea de la muerte era una charada, un albur más de la selva que señalaba con la serenidad de una estatua de la justicia quiénes vivirían y quiénes morirían al caer el día.

—Nada personal —dijo el viejo Charles, pero las reglas del mundo son las reglas del mundo. Ningún diario de pájaros vale la vida de un hombre. Pero este cargamento vale más que la vida de todos ustedes.

Varios hombres del grupo, armados con fusiles y machetes, se acercaron y sin mediar palabras nos obligaron a empujones a acompañarlos a lo profundo de la espesura.

—Tal vez nos den una buena propina por ella —dijo uno de los guías, mirando con lascivia a Marcela. Al otro podemos dejarlo sembrado para que las hormigas se den un gran banquete.

El grupo nos llevó a la fuerza hacia el interior de la selva: hasta una zona de árboles derribados cercana a la avioneta. Durante el trayecto sentí de nuevo el viento húmedo de lluvia soplando entre la vegetación y el crujido de ramas mecidas por la brisa. Una bandada de pájaros cruzó el cielo por encima de nuestras cabezas en dirección al río. Cuando llegamos al sitio escogido, uno de los guías arrastró a Marcela hacia la maleza, mientras los demás reían por la suerte de la mujer. Fue entonces que, sacando fuerzas de donde no tenía, logré liberarme y sacar la garra del morral. Ataqué con la mayor fiereza de la que era capaz y logré derribar a dos de los hombres que cayeron abatidos con los cuellos cortados.

Estaba dispuesto a vender caro mi pellejo hasta que el golpe de una culata en la cabeza me sacó fuera de combate por unos minutos. Cuando desperté sólo veía las botas de los hombres sobre mi rostro ensangrentado. Durante varios minutos estuvimos esperando escuchar los gritos de rabia, de miedo o de dolor, el forcejeo sexual viniendo desde los matorrales, pero todo permaneció en silencio. Cuando finalmente decidieron buscarlos entre los arbustos, ambos habían desaparecido en el interior de la selva, sin dejar rastros. Los hombres se miraron asustados unos a otros en el momento preciso en que las ramas comenzaron a moverse desordenadamente en las alturas.

—Acabemos con esto —dijo uno, apuntándome con el fusil. Me llevaron a rastras hasta el gran árbol y me obligaron a arrodillarme. En el último instante, cuando estaban a punto de ejecutarme, todo sucedió tan rápido que nunca lograré entenderlo; escuchamos un alarido aterrador que nos heló la sangre y vimos caer, desde las copas más altas, girando y golpeándose entre las gruesas ramas, el cuerpo descoyuntado del guía como un muñeco bañado de sangre a nuestros pies. Algunos de los hombres, asustados a más no poder, corrieron sin rumbo y se dispersaron huyendo del peligro, no sin antes disparar una descarga de fusilería hacia los árboles. Una lluvia de hojas cayó sacudida por un temblor que provenía de las alturas. El resto del grupo permaneció petrificado en mitad de la selva, mirando hacia la parte más sombreada de los árboles. Por unos segundos todo fue un silencio siniestro. Entonces vimos —con el asombro y la

aceptación de los vencidos— las pequeñas plumas de colibrí descendiendo en suaves y delicadas ondas desde el cielo sobre nuestras cabezas como diminutas guadañas coloridas y brillantes que inclinaban el curso de nuestras vidas hacia el desastre. Todos, por el más oscuro de los instintos, nos persignamos mientras el canto ronco y cavernoso de los grandes pájaros nos acechaba desde las catedrales arbóreas arriba, bajo los últimos rayos de luz. Recuperé la garra que había quedado oculta bajo la hierba y me dispuse, con todas mis fuerzas, a resistir hasta el final cualquier ataque. El hombre del fusil había desaparecido y en su lugar un remolino de plumas flotaba en el aire. Poco a poco, fui retrocediendo a hurtadillas, apartándome de la contienda, huyendo de una batalla que no me pertenecía, que nunca fue mía. Tenía miedo, eso era normal. Escuché los gritos de los hombres que caían abatidos por bandadas de pájaros moviéndose como fantasmas entre las sombras verdes, y sin detenerme a pensar me oculté bajo las raíces de un enorme árbol. Cuando, al cabo de un tiempo que pudieron ser horas, salí de nuevo, vi, entre los restos humanos que yacían desperdigados por todas partes, la cabeza del viejo Charles como una pelota blanca sobre el suelo de hojas manchado de sangre, sus manos aún apretaban el libro contra su pecho como un último gesto de defensa, pero ya no podían hacer nada porque estaba muerto. Su delgado y dislocado cuerpo de mandril blanco, de momia petrificada, se hundía en la orilla como una crisálida; sólo los restos de la embarcación con el cargamento de drogas en su interior desaparecían como un montón de

huesos arrastrados por la corriente, hundiéndose en el ocaso apenas iluminado. Cuando el último de los hombres de la expedición se derrumbó sin vida sobre el suelo, y la selva fue un gran cementerio de hombres y pájaros tendidos sobre la hierba, escuché, desde las sombras cercanas al poderoso río, entre los pajonales que ocultaban los cuerpos sin vida, el canto lujurioso de un yacabó en medio de la selva repitiendo una melodía desconocida. Su pico, untado de sangre fresca, se daba a la tarea de escarbar entre los restos humanos desperdigados en los arbustos. Aturdido por el espectáculo macabro, miré de nuevo hacia la copa de los árboles y alcancé a ver a Marcela —que me observaba fijamente— acuclillada en las ramas más altas de un matapalo, acompañada de un grupo de pájaros que hacía equilibrio en las alturas. Luego desaparecieron como sombras veloces sobre el follaje. Apreté la garra entre mis manos hasta que me dolieron los nudillos. Iba a vender cara mi vida de ratón de biblioteca. Ahora oía los ruidos, cada vez más cercanos, que avanzaban y retrocedían en la espesura, buscándome entre las raíces donde me había ocultado hacía apenas un momento. Permanecí allí, durante segundos que me parecieron eternos, paralizado, intentando mantener la calma frente mi absurda situación. Respiraba con la dificultad de quien se enfrenta a la muerte. Pero no podía huir del destino. ¿Quién puede? Tal vez por eso no alcancé a sentir el dulce picotazo de Marcela que me clavó, afectuosamente, contra el gran árbol como en un antiguo ritual de iniciación, mientras sentía que mi vida se iba extinguiendo, poco a poco, como una llamarada que se

desvanece en el agua para luego renacer dentro de un nuevo universo, desconocido, extraño. Cuando desperté —todavía mareado y cubierto de sangre—, aún sostenía la garra en mis manos. Todos los hombres habían desaparecido, aunque aún podía ver las manchas rojas de sangre sobre el suelo tapizado de hojas, entre la densa vegetación.

—Es preciso que muera el hombre para que renazca el pájaro —dijo Marcela mientras se acercaba lentamente hasta mí con una mirada amenazadora donde también se escondía el miedo. En un gesto casi instintivo de defensa levanté la garra sobre mi cabeza para defenderme de su inminente ataque. Fue entonces que, como por arte de una magia más antigua que el mundo, todos los pájaros que estaban alrededor se fueron inclinando lentamente hasta casi besar el suelo con sus picos en una clara señal de sumisión. Sobre las ramas gigantescas de un palo de rosa que erguía su estatura colosal sobre la noche —cubierto con los restos de un enorme panal que manaba una miel viscosa— un viejo pájaro mutilado con rasgos inequívocos de humanidad me contemplaba desde lo alto, oculto entre las hojas, con un temor casi reverencial. En ese momento supe que tenía algo que le pertenecía y que había procurado a lo largo del tiempo siguiendo mi rastro en la corriente de los días infinitos. Así que tomé la garra —ya vieja y gastada por el uso— y la coloqué con cuidado sobre el suelo blando de la selva. Luego me alejé despacio, retrocediendo una distancia prudente. La gran ave bajó con cautela meciéndose entre los árboles hasta el piso, tomó la garra con delicadeza con su pico córneo. Luego nos observó en silencio

como a viejos familiares venidos a menos, fantasmas del tiempo, sombras de olvido.

—¡Irk! —alcancé a gritar, cuando la gran ave subía de nuevo saltando hacia las ramas más altas cuyas hojas brillaban bajo la luna. Se detuvo por unos segundos que fueron eternos sólo para mirarme a los ojos y verse retratado en ellos como en un profundo pozo de olvido. Entonces dio dos o tres saltos entre la fronda de los grandes árboles, perdiéndose en el cielo nocturno, lanzando gritos amenazadores en la oscuridad que atemorizaban a todos. Su canto ronco y lujurioso, era casi humano.

Textos apócrifos

Memoires d'un fou

S.F

Esta mañana, cuando despertamos, luego de haber navegado durante días por un estrecho afluente de aguas cenagosas, vimos el brillo lejano de una ciudad dibujado en la niebla de las primeras horas, su silueta dormida a la orilla de un río de arenas de oro que corría hacia las profundidades de la selva. Éramos muertos navegando en las aguas tranquilas y calmas de un oculto lago. Cuando, luego de varias horas, llegamos al muelle abandonado y lleno de un barro seco, tostado por el sol, nadie vino a recibirnos a la orilla como a los primeros dioses que pisaban estas tierras olvidadas por la mano de la divina providencia, ni llegaron en procesión trayendo las cabezas rapadas de sus hijos para ser bautizados o decapitados por nuestra gente. Por extraño que parezca, ninguno acudió a nuestro encuentro. ¿A dónde se habían ido todos? Vimos las redes de hilos de oro y los aparejos de pesca colgados sobre los horcones de las casas vacías, como a la espera de ser recogidos para otro día de ardua faena. Subimos con las armas por la calzada construida con piedras de oro que les daban un brillo espectral a todas las cosas. Nos adentramos en sus muros de oro labrado, sus bosques tallados de incandescentes frutos amarillos como el sol. Recorrimos sus calles doradas, sus tronos de piedra con formas de águila o jaguar, sus mercados derruidos por el brillo y la opulencia, pero no conseguimos a nadie. Todos se habían

esfumado como por arte de magia, sin dejar mayor rastro. Entramos a las casas para robar y saquear los alimentos, pero sólo había oro en los depósitos donde antes se almacenaba el grano y la fruta. Avanzamos por el camino real que conducía al centro del poblado abandonado, donde otrora los hombres prominentes de la ciudad se sumergían en un polvo muy fino dorado que los hacia brillar como deidades bajo el reflejo de la luz solar. Nos bañamos en las aguas frías y turbias de la gran laguna; buceando en las profundidades como ranas ateridas, para sólo encontrarnos una gruesa capa de cieno que ascendía a la superficie en oleadas de nubes oscuras, cada vez que uno de nosotros se posaba en el barro pegajoso del fondo. Cuando salimos del agua estábamos cubiertos de un fino lodo oscuro bastante alejado del brillo del oro. En la tarde, vimos en el cielo dos guacamayas volando repetidas sobre el paisaje de la laguna hacia un bosque de moriches donde tenían su nido. Eran aves magníficas que llenaban la tarde con su algarabía de gritos y charlas estridentes. El resto de los días que permanecimos allí, nos dedicamos a saquear todo el oro que podíamos cargar con nosotros. Algunos de los hombres arrastraban sólidos bloques por el camino de piedras de oro que se hundía bajo el peso de la frágil fortuna. En la noche encendimos una gran hoguera para ahuyentar la plaga y a los animales salvajes que merodeaban en las cercanías, y que podía verse desde muy lejos. Habíamos llenado los bolsos y morrales con todo el oro que fuimos capaces de cargar y llevar, pero no éramos mulas. Ahora desconfiábamos de cualquiera que se acercara a conversar o a merodear nuestras

pertenencias. Ninguno de los hombres quería ser el primero en dormirse. Permanecimos despiertos toda la noche escrutando los astros que viajaban por el cielo cerrado de la selva, y que a veces se enredaban en las largas lianas grises que abrían refulgentes flores de oro a la medianoche. Al amanecer, cuando comenzamos a dormirnos y a cabecear rendidos por la vigilia que nos habíamos impuesto, vimos cómo la ciudad se desvanecía en la bruma de las primeras horas frente a nuestros ojos igual que un espejismo. Todos los hombres, agotados por la larga noche de insomnio, abrimos los morrales y rompimos las costuras de los bolsos con afilados cuchillos de caza, para proferir un grito de asombro. Desde el interior de las lonas descoloridas y manchadas de barro, brotaban diminutas cascadas de arena gris, piedras desmoronadas que caían como una singular lluvia sobre el lecho del río; mezclándose en la orilla del agua, donde ya nadie atinaba a saber esta vez, cuál era una y cuál era la otra. Nos quedamos en silencio frente a los sacos vacíos, mirando hacia todas partes, pero la ciudad había desaparecido en la cálida luz de la mañana. Una bandada de loros cruzaba —en mitad de la selva— entre sus muros invisibles.

El río interior

S.F.

Yo miraba al río o era el río el que me observaba con su pupila insomne y acuosa de ver siempre lo mismo. Cruzaba como un buey manso la corriente nadando de una a otra orilla, persiguiendo a los peces que huían como relámpagos de luz en las profundidades, asombrados bajo los muros de espuma blanca y revuelta. Yo era la sombra de un lagarto sumergida en el agua, un hilo oscuro y secreto buscando su camino en la arena del fondo, entre las piedras; el sendero sin retorno que, tarde o temprano, tendría que recorrer muy a mi pesar. Todo lo que se alejaba desaparecía para siempre convertido en humo, en olvido. Mas, cuando retornaba, si acaso eso era posible, llegaba convertido en otro mineral, hierro fundido por otro fuego, diferente, pero al mismo tiempo el mismo. Nadie podía recordar, nadie podía pensar que ya había estado aquí siendo otro: insecto o lagartija, pájaro o pez, transformándose a cada instante, la cabeza sumergida entre las manos como si llorara su propia desaparición, su propia muerte en la floresta. Morir era penetrar en ese extraño territorio del olvido, pero los recuerdos eran también parte de la desmemoria. Aquello que no perdíamos del todo y que quedaba atrás en la niebla grisácea del río que iba y venía como un largo sueño en la corriente. Cada vez que me acercaba a la orilla para beber un sorbo de agua veía mi rostro en la superficie, el afilado pico de la luna asomando

entre las nubes de tormenta, las plumas manchadas de barro bajo la lluvia, pero ya no era yo, ni era nadie. El agua había desdibujado los trazos de mi propia existencia. Nada quedaba sino un rastro de humedad. A veces cruzo un río que no existe. «¿Dónde estará la tierra prometida?».

Epílogo

Los *pájaros difuntos* o *Diario de la gentepájaro* nació a partir de una serie de ilustraciones de aves antropomórficas u ornitomórficas, que dibujé hacia el año 2002 en una oficina sin ventanas, debajo de un puente de concreto de la autopista FF, que daba a un río maloliente, y que vibraba cada vez que era cruzado por un camión. Así que estuve sometido durante un tiempo a una serie de terremotos cotidianos que no anunciaban los sismólogos, ni las oficinas de cataclismos del país. Pero con ellas recuperé algo que había dormido durante largo tiempo en mi interior: una forma de expresión que venía desde mi infancia y que creía haber perdido, sólo que ahora me daba la posibilidad de una nueva forma: el dibujo. Pero al mismo tiempo, esa misma unión me conducía de nuevo a la ficción, esta vez en forma de pájaros. Luego de varias semanas de navegar por el río, uno percibe las sutiles variaciones del tiempo: la humedad que se anticipa a las tormentas y al peligroso rizo de las olas en los raudales; un tiempo mítico como el de la ficción, un tiempo que retrocede a sus orígenes mientras el de la ficción avanza, trastocado, casi alucinado en la naturaleza de las cosas, en los caimanes que nos miraban pasar y nos saludaban con la cola: adiós, adiós, comidita. La historia de Wallace y Bates, ciudadanos ingleses, más aventureros de oficio que naturalistas, quienes navegaron por el Solimes hacia la confluencia con el Río Negro en 1849, está documentada con lujo de detalles en los archivos de la Biblioteca Pública de Manaus. En estos casos la realidad supera toda ficción, pero sólo por un

momento. Ambos desaparecieron en esa inmensa zona de la selva cercana al Río Sapo, devorados por el hambre y la malaria. Los pueblos que habitan a lo largo del río cuentan que, en ocasiones, cuando la luna se adelgaza y se llena de agua, adquiriendo el tono rojizo de la sangre, ven en los caños las siluetas de los dos hombres navegando sin rumbo en mitad de la noche, perdidos entre la alfombra de victorias grandes y carnosas flotando en el agua, y por donde se abría paso la embarcación bajo el golpe muelle de los remos, mientras alrededor caminaban pequeñas aves zancudas que se divisaban como líneas de alambre trazadas sobre el paisaje. Muchos de los pueblos del Alto Orinoco tienen entre sus ancestros a grandes pájaros que poblaron la selva desde el inicio del río. A veces, en mitad de las sombras que pueblan la noche, regresan para cerciorarse de que no han sido olvidados del todo. Una diminuta pluma de colibrí mecida por el viento, cayendo desde los altos árboles precede a su llegada desde los tiempos más remotos.

Brasilia, octubre de 2007

Glosario

ANACONDA: boa americana de grandes dimensiones que habita en la cercanía de los ríos.

ANÉLIDO: se aplica a los gusanos de cuerpo dividido en segmentos iguales.

ARAGUATO: mono aullador de pelaje hirsuto de color leonado oscuro.

ARAPAIMA: pez grande de varios metros de largo muy codiciado por su exquisita carne.

AUTANA: montaña mítica de los Piaroa ubicada en el estado Amazonas.

BANIVA: grupo indígena venezolano de la familia arawak que habita hacia el río Guainía.

BÁQUIRO: cochino de monte de carne apreciada en la selva.

CABALLITO DEL DIABLO: libélula.

CABOCLO: mestizo, como todos nosotros.

CANDIRÚ: pez diminuto y con espinas que suele alojarse en las zonas íntimas de los bañistas.

CEIBA: árbol bombacáceo americano de tronco grueso y de color ceniciento.

CERBATANA: trozo de caña ahuecado que se usa para disparar dardos. Nombre de insecto.

CIERVO VOLANTE: escarabajo de gran tamaño con una cornamenta que usa para el combate.

CINERARIA: nombre que se aplica a diversas plantas compuestas del género *Senecio*.

COATÍ: mamífero plantígrado americano de color pardo y con cola.

COLIBRÍ: pájaro americano muy pequeño que chupa el néctar de las flores.

CURARE: veneno muy activo con el cual untan sus flechas algunos pueblos de la Amazonia.

CURIARA: embarcaciones ligeras y alargadas de uso común en los ríos suramericanos.

CHABONO: casa comunal donde conviven varias familias indígenas.

CHAMÁN: hombre sabio cuyo conocimiento es puente entre los dioses y los hombres.

CHIGÜIRE: el mayor de los roedores americanos que vive cercano a los ríos.

CHIMÓ: pasta de tabaco y sal de urao que suele masticar la gente del campo.

CHINCHORRO: hamaca de red pequeña que es usada para dormir.

EL DORADO: población mítica y legendaria de la Guayana venezolana.

ESTIGIA: río de los Infiernos a los que daba 9 veces la vuelta formando una laguna.

EWAIPANOMAS: pequeños guerreros cuya existencia reportó Walter Ralegh y De Vries.

FICUS: plantas moráceas de hojas ovaladas, grandes y fuertes.

GUACHARACA: ave gallinácea de América.

GZU: voz desconocida, probablemente sagú.

HORMIGAS SAUBAS: género de insectos himenópteros que viven en la selva.

HUACARÍ: especie de mono blanco, de cabeza roja y rapada que habita en la selva Amazónica.

IMBAUBA: árbol de hojas grandes y dentadas muy apreciado por los perezosos.

JACARANDÁ: género de plantas bignontáceas de América, de flores azules.

JAGUAR: félido de gran tamaño; especie de pantera americana.

MALARIA: paludismo, enfermedad producida por varias especies de mosquitos anófeles.

MANATÍ: mamífero sirenio americano, herbívoro que mide varios metros de largo.

MANOA: uno de los nombres de la mítica ciudad de El Dorado.

MANTIS RELIGIOSA: Insecto dictióptero zoófago, de 6 a 8 centímetros de longitud.

MAROA: población del Estado Amazonas, ubicada a las orillas del río Guainía.

MATAPALO: árbol anacardiáceo americano que produce el caucho.

MORICHE: especie de palma de la América intertropical.

OMAGUAS: país o reino donde se encontraba El Dorado en alguna zona de la Guayana.

PAUJÍ: especie de pavo silvestre que lleva un penacho de plumas en la cabeza.

PLATANAL: comunidad Yanomami a orillas del Orinoco en su parte alta.

PECARÍ: cerdo americano cuya carne es muy apreciada en la selva.

PERICO: loro pequeño, nombre vulgar que se le da a la cocaína en algunos países.

PIRARUCÚ: pez grande de los ríos tropicales de exquisita carne.

PIRÚ: árbol de la América tropical.

RAYA: pez aplanado de los ríos llaneros cuya picadura suele ser muy dolorosa.

SAN JUAN DE MANAPIARE: población venezolana en la confluencia del río Manapiare.

SASAFRÁS: árbol lauráceo, cuya madera se utiliza como sudorífico.

TACAMAJACA: árbol gutífero de América que produce una resina amarillenta.

TAMANDUÁ: mamífero desdentado parecido al oso hormiguero, pero más pequeño.

TAPIR: danta americana, mamífero perisodáctilo de Asia y América del Sur.

TARÁNTULA: nombre de arañas muy grandes que se alimentan de roedores y pequeños pájaros.

TEPUY: mesetas de arenisca cuyas cimas planas llegan a tener más de mil metros de altitud.

TRAGAVENADO: boa americana de gran tamaño que habita cerca de los ríos llaneros.

YANOMAMI: comunidad indígena venezolana que habita en el Alto Orinoco.

YACABÓ: pájaro negro de colores brillantes cuyo canto anuncia la muerte en la selva.

Índice

Pájaros difuntos

Este libro se terminó de imprimir
en la fundación imprenta de la cultura
en el mes de septiembre de 2008

caracas - venezuela

WILFREDO MACHADO (Barquisimeto, Lara, 1956)

Escritor y editor. En 1995 obtiene el Premio Municipal de Narrativa con la obra *Libro de animales*. En el 2003 ganó el Premio de la Fundación para la Cultura Urbana con la obra *Poética del humo*. Ha publicado *Contracuerpo* (Fundarte, 1988), *Fábula y muerte del ángel* (Dharma ediciones, 1990), *Manuscrito* (Editorial Ananda, 1990), *Antología* (Espacios Unión, 1991), *Libro de animales* (Monte Ávila, 1994; Alfadil, 2003) y *Poética del humo* (Fundación para la Cultura Urbana, 2003). Sus cuentos han aparecido en numerosas antologías venezolanas e hispanoamericanas. Actualmente se desempeña como agregado cultural de la República Bolivariana de Venezuela en Brasil.

Diario de la gentepájaro, su primera novela, navega sobre las aguas del río Orinoco, a través de las páginas del diario de viaje de un explorador perdido en el Amazonas a mediados del siglo XIX. Internándonos en la selva, la escritura se densifica hasta el delirio alucinatorio y los estallidos de la figuración zoomórfica, recreando un mundo de hombres pájaros, que intentan arrebatar la aparente racionalidad de la visión humana, hasta imbricarse en la realidad contemporánea (finales del siglo XX) y socavar su ilusoria "normalidad". Juego de tiempos y geografías, la novela no deja cabo suelto, y sujeta al lector a los surcos de un imaginario repleto de identidades encontradas, simbolismos e ingenio.









